Made with AI
DEVORADORES
DE CADÁVERES
MICHAEL
CRICHTON

Título original: Eaters of the dead.
Traducción: Lucrecia Moreno de Saez y María José Sobejano.
Ultramar Editores
ISBN: 84-7386-331-3

Digitalizado por Anelfer.
Gracias a Bizien que aportó los primeros capítulos.
Septiembre de 2002

Para WILLIAM HOWELLS

«No elogies el día hasta que llegue la noche;
a una mujer, hasta que haya sido quemada;
el hielo, hasta que haya sido atravesado;
la cerveza, hasta que haya sido bebida.»
PROVERBIO VIKINGO

«La maldad es antigua.»
PROVERBIO ÁRABE

INTRODUCCIÓN

El manuscrito de Ibn-Fadlan representa el relato testimonial más antiguo que se conoce sobre la vida y la sociedad de los vikingos. Se trata de un documento extraordinario que describe con vivido detalle hechos transcurridos hace más de mil años. El manuscrito no nos ha llegado intacto a través de este larguísimo período de tiempo. Sin embargo, su propia historia es tan original y notable como el texto.

Origen del manuscrito

En junio del año 921 de la Era Cristiana, el califa de Bagdad envió a un miembro de su corte, Ahmad Ibn-Fadlan, como embajador ante el rey de los búlgaros. lbn -Fadlan permaneció ausente tres años en su viaje y en realidad nunca llegó a cumplir su misión, porque durante el trayecto se encontró en medio de una comunidad de hombres nórdicos y vivió muchas aventuras junto a ellos.

Cuando por fin volvió a Bagdad, Ibn-Fadlan registró sus experiencias en un informe oficial a la corte. Hace mucho tiempo que desapareció este manuscrito original, y para reconstruirlo debemos basarnos en fragmentos Parciales conservados en fuentes posteriores.

El más conocido de éstos es el léxico geográfico en idioma árabe escrito por Yakut Ibn-Abdallah. en el siglo xin. Yakut incluye una docena de Pasajes textuales extraídos del relato de Fadlan, relato que tenía, a la sazón, trescientos años. Cabe suponer que Yakut utilizó una copia del original. A pesar de ello, estos Pocos pasajes han sido traducidos y vueltos a traducir muchas veces Por eruditos de épocas más recientes.

Otro fragmento fue descubierto en Rusia en 1817 y publicado en alemán por la Academia de San Petersburgo en 1823. Este material contiene ciertos pasajes ya Publicados por J. L. Rasmussen en 1914. Rasmussen utilizó un manuscrito que halló en Copenhague y que luego se perdió. Los orígenes de este manuscrito son dudosos. En aquella época hubo asimismo traducciones suecas, francesas e inglesas, pero todas ellas son ostensiblemente inexactas y en apariencia no incluyen material nuevo.

En 1878 se descubrieron dos manuscritos más en la colección privada- de antigüedades de sir John Emerson, embajador británico en Constantinopla. Sir John era uno de esos coleccionistas ávidos cuyo entusiasmo por las adquisiciones superaba su interés por las piezas adquiridas. Dichos manuscritos se encontraron después de su muerte. Nadie sabe dónde ni cuándo los obtuvo.

Uno es una geografía en árabe escrita por Ahinad Tusi, cuya fecha, relativamente precisa, es 1047 de la Era Cristiana. Esto aproxima cronológicamente el manuscrito de Tus¡ al original de lbn Fadlan, que, según se presume, fue escrito aproximadamente

entre los años 924 y 926 de la Era Cristiana. No obstante, los eruditos consideran el manuscrito de Tus¡ como la fuente menos fidedigna. El texto está lleno de errores y de incongruencias, y si bien cita extensamente a un tal lbn Fagih que visitó las tierras del norte, muchas autoridades se resisten a aceptar su material.
El segundo manuscrito es el de Amin Razi, cuya fecha aproximada es 1585 a 1595 de la Era Cristiana. Está escrito en latín y según su autor es una traducción directa del texto árabe de Ibn Fadlan. El manuscrito Razi contiene algún material sobre los turcos oguz y varios pasajes inéditos relativos a las batallas con los monstruos de la niebla.
En 1934 se descubrió un texto definitivo en latín medieval en el monasterio de Xymos, cerca de Tesalónica al noreste de Grecia. Este manuscrito se centra mayormente en comentarios sobre las relaciones de Ibn Fadlan con el califa y sobre sus experiencias con los habitantes de las tierras del norte. El autor y fecha del manuscrito de Xymos son igualmente inciertos.
La tarea de colacionar esta serie de versiones y que abarcan más de un milenio, 'das en árabe, latín, alemán, francés, danés, sueco e inglés, es una empresa de magnas proporciones. Sólo una persona de gran erudición y energía podría haberlo intentado, y en 1951 alguien lo intentó, en efecto. Per Fraus-Dolus, profesor *emeritus* de literatura comparada de la Universidad de Oslo compiló todas las fuentes conocidas y emprendió la colosal tarea de la traducción, que llevó a cabo hasta su muerte en 1957. Algunos fragmentos de su traducción aparecieron en los *Anales del Museo Nacional de Oslo*, 1959-1960, pero no despertaron mucho interés entre los expertos, tal vez a causa de que esa publicación tiene una circulación reducida.
La traducción de Fraus-Dolus es absolutamente literal. En su Propia introducción a la obra, Fraus-Dolus comenta que «es parte de la naturaleza de los idiomas que una traducción agradable no sea exacta y que una traducción exacta encuentre su propia belleza sin ayuda de nadie».
En la preparación de esta traducción completa Y comentada de la versión de Fraus~Dolus he hecho pocos cambios. Omití algunos pasajes repetidos, hecho que señalo en, el texto. Cambié la estructura de los párrafos, comenzando con uno nuevo -el soliloquio directo de cada personaje, lo cual obedece a las convenciones modernas-. He omitido las marcas diacríticas de los nombres árabes. Por fin, en ciertos pasajes he alterado la sintaxis original, por lo general mediante la transposición de cláusulas subordinadas, con el fin de facilitar su comprensión.

Los vikingos

El retrato de los vikingos trazado por Ibn-Fadlan difiere bastante de la tradicional visión europea de este pueblo. Las primeras descripciones europeas de los vikingos fueron registradas por el clero, únicos observadores de la época que sabían escribir, quienes veían a estos nórdicos paganos con especial horror. He aquí un pasaje especialmente hiperbólico, citado por D. M. Wilson y perteneciente a un autor irlandés del siglo XII:

> *En una palabra, aun cuando existieran cien cabezas de acero templadas sobre un cuello, y cien lenguas afiladas, ágiles, frías, brillantes y metálicas en cada cabeza, además de cien voces volubles y estentóreas, no lograrían contar ni narrar, enumerar ni relatar cuánto sufrieron los irlandeses, tanto hombres como mujeres, tanto laicos como clérigos, tanto viejos como jóvenes, tanto nobles como villanos, en cuanto a crueldad, injurias, opresión en cada casa y en manos de esa gente temeraria, iracunda y puramente pagana*.

Los eruditos actuales reconocen que estos relatos escalofriantes sobre las incursiones de los vikingos son sumamente exagerados. No obstante, los autores, europeos tienden todavía a reducir a los escandinavos a la condición de bárbaros sedientos de sangre, extraños a la corriente principal de la cultura y las ideas occidentales. A me nudo se ha adoptado tal actitud a expensas de cierta lógica. Por ejemplo, David Talbot Rice escribe:

> *Entre los siglos VII y XI el papel de los vikingos fue tal vez de una influencia mayor que la de cualquier otro grupo étnico de Europa occidental.. Los vikingos eran, en efecto, grandes viajeros que llevaron a cabo sorprendentes hazañas de navegación. Sus ciudades eran grandes centros comerciales. Su arte era original, creativo, y marcó rumbos. Podían enorgullecerse de una bella literatura y de una cultura desarrollada. ¿Fue en realidad una civilización? Debe admitirse, a mi juicio, que no lo fue... Carecía del toque de humanismo que es el sello de la civilización.*

La misma actitud se refleja en la opinión de lord Clark:

> *Cuando consideramos las sedas islándicas, que figuran entre las grandes obras literarias del mundo, debemos admitir quelos nórdicos crearon una cultura. ¿Mas era una civilización ... ? Civilización significa algo más: energía, voluntad y poder creador, algo que los nórdicos no tenían, pero que, en la época en. que vivieron, comenzaba a reaparecer en Europa occidental. ¿Cómo puedo definirlo? Pues bien, en pocas palabras, un sentido de permanencia. Los nómadas y los invasores vivían en una continua transitoriedad. No sentían la necesidad de mirar hacia delante más allá del mes siguiente o del próximo viaje o de la próxima batalla. Y por esta razón no se les ocurrió construir casas de piedra ni escribir libros.*

Cuanto mayor cuidado ponemos en la lectura de estas opiniones, más ilógicas resultan. La verdad es que cabe preguntarse por qué estos eruditos europeos altamente educados e inteligentes consideran con tanta ligereza a los vikingos, con apenas unas palabras formuladas de paso. ¿Y por qué la preocupación sobre la cuestión semántica de si los vikingos tuvieron una «civilización»? La situación resulta explicable si se reconoce un prejuicio europeo que data de largo tiempo y que surge de puntos de vista tradicionales sobre la prehistoria europea.

Todo niño de Occidente aprende que el Cercano Oriente es la «cuna de la civilización» y que las primeras civilizaciones surgieron en Egipto y en Mesopotamia, nutridas por las cuencas del Nilo, el Tigris y el Éufrates. Desde allí la civilización se propagó a Creta y a Grecia y luego a Roma, para llegar por fin a los bárbaros de Europa septentrional.

Se ignora qué hacían estos bárbaros mientras aguardaban el advenimiento de la civilización. Y la pregunta no suele formularse. El énfasis residía en el proceso de diseminación que el fallecido „Gordon Childe resumió como «la irradiación de la barbarie europea por la civilización oriental». Los expertos actuales han apoyado este punto de vista, como ya hicieron los griegos y los romanos. Geoffrey Bibby afirma: «La historia de Europa septentrional y oriental es contemplada desde el oeste y desde el sur con todo el prejuicio de hombres que se consideraban a sí mismos civi1izados y a los otros, bárbaros.»

Con este enfoque los escandinavos son sin duda los más alejados de la fuente de la civilización y, como es lógico, los últimos en haberla adquirido. Cabe admitir, pues, que

se les considere como los últimos bárbaros, como una espina dolorosa en el costado de otras zonas europeas empeñadas en absorber la sabiduría y la civilización de Oriente.
La dificultad reside en que esta visión tradicional de la prehistoria europea ha sido en gran parte destruida en los últimos quince años. El perfeccionamiento de las técnicas de gran precisión para la fijación de fechas basadas en el uso del carbono ha creado la confusión en la antigua cronología sobre la que se apoyaban las viejas ideas sobre la difusión. Actualmente parece irrefutable que los europeos levantaban enormes tumbas megalíticas antes de que los egipcios construyesen sus pirámides. Stonehenge es más antigua que la civilización micénica en Grecia. La metalurgia en Europa bien puede haber precedido el desarrollo de las artes del metal en Grecia y Troya.
El significado de estos descubrimientos no ha sido aclarado aún, pero indudablemente hoy resulta imposible considerar a los europeos prehistóricos como salvajes que holgazaneaban a la espera de los beneficios de la civilización oriental. Por el contrario, los europeos parecen haber dominado técnicas suficientemente importantes como para trabajar grandes masas de piedra y tenido asimismo el considerable conocimiento de la astronomía que les permitió construir Stonehenge, el primer observatorio del mundo.
Cabe, por tanto, poner en tela de juicio la predilección europea por la civilización oriental y el concepto mismo de la barbarie europea, el cual exige una revisión. Si tenemos presente el legado de la llamada barbarie, los vikingos adquieren nueva importancia y podemos someter a nuevo examen lo que se conoce de los escandinavos del siglo X.
En primer lugar, debemos reconocer que los vikingos nunca constituyeron un grupo claramente unificado. Lo que vieron los europeos fueron grupos dispersos y aislados de hombres de mar procedentes de una extensa zona geográfica -Escandinavia es mayor que Portugal, España y Francia reunidas- y que zarpaban desde sus estados feudales con fines de comerciar, cometer actos de piratería o ambas cosas. Los vikingos no distinguían mucho entre esas dos actividades. Es necesario comentar aquí que se trata de una tendencia compartida por muchos navegantes, desde los griegos hasta los isabelinos.
De hecho, para tratarse de gente carente de civilización que no «sentía la necesidad de mirar más allá de la próxima batalla», los vikingos revelan una conducta inusitadamente estable y a determinados fines. Como prueba de la extensión de su comercio, la moneda árabe aparece en Escandinavia ya en el año 692 de la Era Cristiana. Durante los cuatrocientos años subsiguientes los mercaderes-piratas vikingos llegaron hacia el oeste hasta Terranova, hacia el sur hasta Sicilia y Grecia (donde dejaron inscripciones talladas sobre los leones de Delos) y hacia el este hasta los Urales en Rusia, donde los mercaderes nórdicos establecieron contacto con las caravanas que llegaban por la ruta de la seda a China. Los vikingos no fueron constructores de imperios y es común afirmar que su influencia en este vasto territorio no fue permanente. No obstante, fue lo bastante para que dejaran sus nombres en numerosas localidades de Inglaterra, mientras en Rusia dieron su nombre a la nación misma (nombre derivado del de una tribu nórdica, la Rus). En cuanto a la influencia más sutil de su vigor pagano, de su energía implacable y de su sistema de valores, el manuscrito de lbn Fadlan muestra cuántas de las actitudes típicas de los nórdicos han perdurado hasta el día de hoy. En verdad hay algo notablemente familiar a la sensibilidad moderna en la forma de vida de los vikingos, a la vez que un elemento de producto atractivo.

Acerca del autor

Convendría decir algo acerca de Ibn-Fadlan, el hombre que nos habla con una voz tan personal, a pesar de haber pasado ésta por el filtro de mil años y por el de transcriptores y traductores provenientes de tantas tradiciones lingüísticas y culturales diferentes.

Sabemos poco o nada de su historia personal. parecer, era un hombre culto y, a juzgar por sus hazañas, no pudo haber tenido mucha edad. Manifiesta explícitamente pertenecer a la familia del califa, a quien no admiraba en particular. En este sentimiento le acompañaban muchos, por cuanto el califa Al-Muqtadir fue depuesto dos veces y por último asesinado por uno de sus propios oficiales.

De la sociedad de su tiempo sabemos algo más. En el siglo X Bagdad, la Ciudad de la Paz, era la ciudad más civilizada de la Tierra. Dentro de sus célebres murallas circulares vivían más de un millón de habitantes. Bagdad era el centro de la actividad intelectual y comercial dentro de un marco de extraordinaria belleza, elegancia y esplendor. Había jardines perfumados, glorietas sombreadas y frescas y las riquezas acumuladas por un vasto imperio.

Los árabes de Bagdad eran musulmanes fervorosos. No obstante, estaban expuestos al contacto con pueblos distintos que actuaban de manera diferente y tenían creencias también diferentes. Los árabes eran, en realidad, los individuos menos provincianos de ese tiempo, hecho que los convertía en agudos observadores de las culturas extranjeras.

El mismo Ibn-Fadlan fue sin duda un hombre inteligente y observador. Le interesaban tanto los detalles de la vida cotidiana como las creencias de las gentes. Mucho de lo que vio le resultó vulgar, obsceno y bárbaro, pero no perdió mucho tiempo en manifestar indignación. Una vez expresada su censura, pasa inmediatamente a sus obligaciones imparciales. Sus comentarios traslucen una notable imparcialidad.

Su estilo de describir los hechos puede parecer excéntrico para la modalidad occidental. No relata una historia tal como estamos habituados a oírla. Tendemos a olvidar que nuestro propio sentido del drama tiene sus orígenes en la tradición oral, la representación viva por parte de un bardo ante un auditorio que a menudo tiene que haberse mostrado inquietante e impaciente, o bien somnoliento después de una comida copiosa. Nuestras historias más antiguas, la *Iliada*, *BeowuIf* y la *Canción de Roldán*, fueron creadas para ser cantadas por juglares cuya función principal y cuya primera obligación era entretener.

Ibn-Fadlan, en cambio, fue un escritor y su fin principal no era entretener. Tampoco tenía que glorificar a algún mecenas que le escuchase, ni reforzar los mitos de la sociedad en que vivía. Por el contrario, fue un embajador que debió entregar un informe. Su tono es el de un auditor de impuestos, no el de un bardo; el de un antropólogo, no el de un dramaturgo. Más aún, a menudo desperdicia los elementos más cautivadores de su narración para evitar que se interpongan en su relato claro y equilibrado.

A veces esta falta de pasión es tan exasperante que no reconocemos la agudeza de Ibn-Fadlan como espectador. Durante siglos después de Ibn Fadlan la tradición entre los viajeros fue escribir crónicas infinitamente especulativas y fantásticas acerca de las maravillas del extranjero, como animales que hablaban, hombres que volaban, encuentros con mariposas gigantes y con unicornios. 'Hace tan sólo ochocientos años había europeos, en otros aspectos sensatos, que rellenaban cuartillas con disparates sobre babuinos africanos que libraban guerras con granjeros, por ejemplo.

lbn-Fadlan nunca especula. Cada una de sus palabras suena a verdad y cuando informa acerca de algo que sólo conoce de oídas, se cuida de señalarlo. Se muestra de igual modo puntilloso en especificar cuando ha sido testigo presencial. Es por ello que utiliza infinidad de veces la frase «Lo vi con mis propios ojos»..

En definitiva, es esta cualidad de total veracidad lo que hace que su relato sea tan horripilante. Su encuentro con los monstruos de la niebla, los devoradores de cadáveres, es descrito con la misma atención al detalle, el mismo cuidadoso escepticismo que caracteriza el resto del manuscrito.
Sea como fuere, el lector podrá juzgar por sí mismo.

MANUSCRITO DE IBN-FADLAN EN EL QUE RELATA SUS EXPERIENCIAS ENTRE LOS NÓRDICOS EN EL AÑO 922 DE LA ERA CRISTIANA

INICIO DEL VIAJE DESDE BAGDAD

¡Loado sea Dios, el Misericordioso, el Compasivo, el Señor de los Dos Mundos, y bendiciones y paz al Príncipe de los Profetas, nuestro dueño y señor Muhammad, a quien Dios bendiga y proteja y confiera durable e ininterrumpida paz y beneficios hasta el Día de la Fe!

Este es el libro de Ahmad Ibn-Fadlan, Ibn-alAbbas, Ibn-Rasid, Ibn-Hammad, cliente de Muhanunad Ibn-Sulayman, embajador de al-Muqtadir ante el rey de los Saqaliba, en el cual relata lo que viera en la tierra de los turcos, los hazars, los saqaliba, los baskirs, los rus y los nórdicos, las historias de sus reyes y su manera de comportarse en muchos quehaceres de su vida.

La carta de Yiltawar, rey de los Saqaliba, llegó a manos del comandante de los fieles, al-Muqtadir. En ella Yiltawar le solicitaba que enviara a alguien capaz de instruirlo en religión y de familiarizarlo con las leyes del Islam, que le construyera una, mezquita y le levantara un púlpito desde el cual llevar a cabo la misión de convertir a su pueblo en todos los distritos de su reino, como asimismo consejo acerca de la construcción de fortificaciones y de obras de defensa. Luego rogaba al califa que hiciera todo esto. El intermediario en este cometido era Dadir-al-Hurami.

El comandante de los fieles, al-Muqtadir, como muchos lo sabemos, no era un califa fuerte y justo, sino más bien inclinado a los placeres y a los discursos lisonjeros de sus funcionarios, quienes le consideraban un tonto y se mofaban de él a sus espaldas. No pertenecía yo a ese grupo ni era amado de forma especial por el califa, por los motivos siguientes.

En Bagdad, la Ciudad de la Paz, vivía un mercader de cierta edad llamado Ibn-Qarin, rico en todas las cosas pero carente de un corazón generoso y de amor a los hombres. Atesoraba su oro Y también a su joven esposa a quien nadie había visto, a pesar de que todos la tenían por una mujer inimaginablemente bella. Cierto día, el califa me envió a entregar un mensaje a Ibn-Qarin. Me presenté en la casa del mercader y solicité ser admitido con mi carta y mi sello. Hasta hoy, ignoro el contenido de esa carta, pero no tiene importancia.

El mercader no estaba en casa, por haberse ausentado al extranjero en misión de negocios. Expliqué al criado que debía esperar su regreso, pues tenía instrucciones del califa de entregar el mensaje exclusivamente en manos de su amo. En vista de ello el criado me permitió entrar en la casa, proceso que requirió algún tiempo, ya que la puerta de la casa tenía numerosos pasadores, cerrojos, barras y pestillos, tal como suele ocurrir en las casas de los avaros. Por fin entré. Permanecí allí todo el día, sediento, pero los servidores del avariento mercader no me ofrecieron ningún refrigerio.

En medio del calor de la tarde, cuando toda la casa estaba silenciosa y mientras dormían los servidores, también yo me sentí somnoliento. Entonces vi delante de mí una aparición vestida de blanco, una mujer joven y bella, que supuse sería la mujer del mercader, a quien ningún hombre había visto nunca. No habló, sino que con gestos me condujo a otro cuarto y una vez allí cerró la puerta con el cerrojo. Gocé de ella sin vacilar y no fue necesario estimularla para ello porque su marido era viejo y sin duda no la satisfacía. Así pasó muy rápidamente la tarde, hasta que oímos al amo que volvía. Inmediatamente la esposa se levantó y me dejó, sin haber pronunciado una sola palabra en mi presencia. Quedé solo y arreglándome las ropas con algo de prisa.

Diré aquí que pude ser sorprendido, de no haber mediado aquellos pasadores y cerrojos que impedían la entrada del avaro en su propia casa. No obstante, el mercader Ibn-Qarin me encontró en el cuarto contiguo, me miró con suspicacia, y preguntó por qué estaba allí en lugar de haber esperado en el patio, el lugar apropiado para un mensajero.

Repliqué que estaba hambriento y fatigado y había ido en busca de alimento y sombra. Era una mentira muy poco convincente y el mercader no me creyó. Se quejó, entonces, al califa, quien, según sé, se sintió secretamente divertido, pero al mismo tiempo obligado a adoptar una expresión de severa censura en público. De ese modo, cuando el gobernante de Sagaiba solicitó al califa el envío de una misión, este mismo Ibn-Qarin, despechado, insistió en que me enviaran a mí. Así pues, fui enviado.

En nuestro grupo estaba el embajador del rey de Saqaliba, llamado Abadallah Ibn-Bastu al-Hazafl, un hombre majadero y altisonante que hablaba demasiado. Estaban también Takin al-Turki y Bars al-Saqlabi, guías para el viaje y, por último, yo. Llevábamos presentes para el rey, su esposa, sus hijos Y sus generales. Llevábamos asimismo ciertas drogas que fueron encomendadas al cuidado de Sausan el-Rasi. Tal era nuestro grupo.

Partimos, pues, el jueves, undécimo día del Safar del año 309 (21 de junio de 921), de la Ciudad de la Paz. Nos detuvimos un día en Nahwaran y desde allí avanzamos a buen paso hasta llegar a al-Daskara, donde permanecimos tres días. Proseguimos sin dar ningún rodeo hasta HuIwan. Allí nos detuvimos dos días. Desde allí proseguimos hacia Qirmisin, donde paramos dos días. Reanudamos el viaje y avanzamos hasta Hamadan, donde nos quedamos tres días. Llegamos luego a Sawar, para quedar allí otros dos, y después partimos hacia Ray, donde permanecimos once días, esperando a Ahmad Ibn-Ali, hermano de el-Rasi, que estaba en Huwar al-Ray. Desde allí proseguimos hasta Huwar al-Ray, donde permanecimos tres días [1].

Nuestra permanencia en Gurganiya fue prolongada. Estuvimos allí varios días del mes de Ragab (noviembre) y durante todos los de Saban, Ramadan y Sawwal. Esta larga estancia fue provocada por un frío de intensas proporciones. Diré que me contaron que dos hombres llevaron camellos a la selva en busca de lumbre. Olvidaron, no .obstante, llevar pedernal y astillas y por ello durmieron a la intemperie sin siquiera contar con una fogata. Cuando despertaron a la mañana siguiente, descubrieron que los camellos estaban congelados como estatuas a causa del frío.

Pude ver que el mercado y las calles de Gurganiya estaban completamente desiertos a causa del frío. Era posible pasearse por las calles sin encontrar ser alguno. Una vez, cuando salía del baño, entré en mi casa y me miré la barba, que era un bloque de hielo. Tuve que descongelarla junto al fuego. Vivía día y noche dentro de una casa contenida dentro de otra, y en cuyo interior se había levantado una tienda turca hecha de paño, en la que yo permanecía envuelto en abundantes ropas y mantas de piel. A pesar de todo ello, a menudo las mejillas a la almohada duran te la noche.

En estos extremos de frío comprobé que la tierra suele e sufrir grandes grietas y que un árbol grande y vetusto puede llegar a partirse en dos mitades.

A mediados del mes de Sawwal del año 309 (febrero del 922), el tiempo comenzó a cambiar, el río comenzó a deshelarse y nos procuramos los elementos necesarios para el viaje. Compramos camellos turcos y botes de piel de camello, como preparación para el cruce de los ríos que deberíamos efectuar en la tierra de los turcos.

Almacenamos provisiones de pan, mijo y carne salada para tres meses. Nuestras amistades en la ciudad nos guiaron en la compra de las ropas que habríamos de necesitar. Estos amigos nos describieron las pruebas que nos aguardaban en términos horripilantes y por nuestra parte imaginamos que exageraban, pero cuando sufrimos las experiencias, todo fue peor de lo que nos habían dicho.

Cada uno de nosotros vistió una chaqueta, sobre ésta un gabán, sobre éste la prenda llamada tulup, cubierta a su vez por un burka, mientras un turbante de paño dejaba libres tan sólo los ojos para poder ver. Llevábamos calzoncillos comunes debajo dé los pantalones, pantuflas y sobre éstas un. par de botas. Cuando uno de nosotros se apeaba del camello, le era imposible moverse a causa de sus ropas.

El doctor en leyes y el maestro y los pajes que viajaban con nosotros desde Bagdad nos dejaron en este punto, temerosos de internarse en esas tierras desconocidas, de modo que yo, el embajador, su cuñado y dos pajes, Takin y Bars, reanudamos el camino [2].

La caravana estaba lista para partir. Tomamos a nuestro servicio a un guía entre los pobladores de la ciudad, cuyo nombre era Qlawus. En seguida nos pusimos en manos de nuestro Dios Altísimo y Todopoderoso e iniciamos la marcha un lunes, el tercer día del mes de Dulqada del año 309 (3 de marzo el 922), desde la ciudad de Gurganiya.

El mismo día hicimos un alto en la población Zamgan, es decir, la puerta de los turcos. Muy temprano al día siguiente, proseguimos hacia Git. Allí nevó tanto que los camellos se hundían en la nieve hasta las rodillas y por tanto tuvimos que detenernos dos días.

Seguimos a buen paso y entramos en la tierra e los turcos sin encontrar a nadie en la estepa estéril y llana. Cabalgamos diez días en medio de un frío intensísimo y de tormentas de nieve ininterrumpidas, en comparación con las cuales el frío sufrido en Chwarezm era comparable a un día de verano, al punto que olvidamos todas las incomodidades sufridas con anterioridad y estuvimos casi a punto de renunciar al viaje.

Un día, cuando habíamos sufrido el tiempo frío más inclemente, Takin, el paje, iba cabalgando aa mi lado y junto a él uno de los turcos, quien conversaba con él en su propio idioma. Takin se echó a reír y me dijo:

-Este turco me dice: «¿Qué querrá el Señor de nosotros? Está matándonos de frío. Si supiéramos lo que quiere, se lo daríamos.»

Yo repuse:

-Dile que sólo quiere que digan: «No hay otro Dios que Alá.»

El turco rió y dijo:

-Si lo supiera, lo diría.

Llegamos a un bosque donde había bastante madera seca y nos detuvimos. La caravana encendió fogatas, nos calentamos, nos quitamos las ropas y la tendimos a secar [3].

Volvimos a hacernos a la marcha y cabalgamos todos los días desde la medianoche hasta la hora de las plegarias de la tarde, apresurándonos a partir de mediodía. Cuando hubimos cabalgado quince noches, llegamos a una gran montaña de rocas macizas. De estas rocas brotan manantiales, cuya agua forma estanques. Desde allí proseguimos la travesía hasta que llegamos al lugar donde residía una tribu turca llamada de los oguz.

---

[1] Este pasaje expresa el estilo habitual de las descripciones que hace Ibn-Fadlan de sus viajes. Tal vez la cuarta parte de todo el manuscrito está escrito en esté estilo y se limita a enumerar los nombres de las poblaciones y el número de días pasados en cada una. La mayor parte de este material ha sido omitido. Según parece, Ibn-Fadlan viaja hacia el norte y por fin, se ven obligados a detenerse para invernar.

[2] A través del manuscrito lbn-Fadlan nunca se muestra preciso en cuanto al tamaño y composición del grupo. No es posible saber a ciencia cierta si su aparente negligencia refleja la suposición de que el lector conoce la composición de la caravana o bien consecuencia de la pérdida de pasajes del texto. Ciertas convenciones sociales pueden haber influido, ya que lbn-Fadlan nunca manifiesta que su grupo es de más de unos pocos individuos, cuando en realidad alcanzaba, probablemente, un centenar o más y el doble de esta cifra en caballos y camellos. Sin embargo, Ibn-Fadlan no cuenta, literalmente hablando, los esclavos, servidores y miembros de menor importancia de la caravana.

[3] Al parecer, el grupo de Ibn-Fadian estaba aproximándose a una región menos fría, porque no vuelve a aludir a un frío extremo.

COSTUMBRES DE LOS TURCOS OGUZ

Los oguz son nómadas y viven en carpas de paño. Permanecen una temporada en un lugar y luego emprenden el viaje. Sus viviendas están distribuidas aquí y allá según la costumbre nómada. Si bien llevan una vida dura, son como asnos que hubiesen perdido el camino. No tienen lazos religiosos con Dios. Nunca rezan, pero en cambio llaman señores a sus jefes. Cuando uno de ellos so
licita el consejo de su jefe a propósito de algo, le dice: «Señor, ¿qué haré respecto de esto o lo otro? »
Sus empresas están basadas en los consejos que se dispensan exclusivamente entre ellos. Los he ,oído decir: «No hay otro dios que Alá y Mahoma es el profeta de Alá», pero hablan así para aproximarse a los musulmanes y no porque lo crean.
El gobernante de los turcos oguz se llama Yab gu. Tal es el nombre de quien gobierna y todos quienes llegan a gobernar a esta tribu tienen ese nombre. Su subordinado se llama siempre Kudarkin, de modo que todo subordinado a un jefe es llamado Kudarkin.
Los oguz no se lavan después de defecar u orinar, ni tampoco se bañan después de eyacular, ni en ninguna otra ocasión. No tienen ningún contacto con el agua, especialmente en invierno. Ningún mercader ni otros musulmanes pueden hacer sus abluciones en presencia de ellos, salvo durante la noche, cuando los turcos no lo ven, pues se enojan y dicen: «Este hombre quiere hacernos víctimas de un sortilegio, porque está sumergiéndose en el agua», y por tanto le obligan a pagar una multa.
Ningún mahometano puede entrar en territorio turco hasta que un oguz haya accedido a ser su anfitrión, con quien se alberga y a quien trae ropas de las tierras del Islam, además de pimienta, mijo, pasas y nueces para la esposa. Cuando el musulmán llega a casa de su anfitrión, éste le levanta una tienda y le lleva ovejas para que el musulmán pueda sacrificarlas personalmente. Los turcos nunca degüellan las ovejas, sino que las golpean en la cabeza hasta matarlas.
Las mujeres oguz nunca se cubren con velo en presencia de sus propios hombres ni de otros. Tampoco se cubren ninguna parte, del cuerpo en presencia de nadie. Un día nos detuvimos a visitar a un turco y nos sentamos en su tienda. Su mujer estaba presente. Mientras conversábamos, la mujer se descubrió el pubis y se lo rascó, cosa que nosotros vimos. Nos cubrimos el rostro y dijimos: «Con el perdón de Dios.»
Al oír esto, el marido se echó a reír y dijo al intérprete: «Diles que nosotros descubrimos esta parte de nuestras mujeres en presencia de ellos para que la vean y se impresionen, pero no está disponible. Es mejor que cubrirla y, no obstante, permitir su uso.»
El adulterio es desconocido entre ellos. A quienquiera que descubran en adulterio, lo descuartizan en dos partes. Esto se realiza del siguiente modo: Juntan las ramas de dos árboles, atan al culpable a las ramas y luego sueltan las ramas, de manera que el hombre atado a ellas se divide en dos.
El hábito de la pederastia es considerado por los turcos un pecado terrible. Una vez llegó un mercader y se albergó con el clan del Kudarkin. Este mercader permaneció un tiempo con su anfitrión para comprar ovejas. Ahora bien, el dueño de casa tenía un hijo imberbe y el mercader trató de seducirlo. Por- fin, logró que el adolescente cediera a su voluntad. Pero el dueño de casa entró y los sorprendió en *flagrante delito*.
Los turcos querían matar al mercader y también al joven. Sin embargo, después de muchas súplicas por parte del mercader, se le permitió pagar su propio rescate. Pagó al anfitrión doscientas ovejas por lo que había hecho a su hijo y abandonó presurosamente las tierras de los turcos.
Todos los turcos se arrancan las barbas, con excepción de los bigotes.

Las costumbres matrimoniales son como sigue: Uno de ellos pide la mano de una mujer de otra familia por un precio determinado. El precio consiste a menudo en camellos, animales de carga y otros bienes. Nadie puede tomar esposa hasta haber cumplido esta obligación, acerca de la cual debe haber acuerdo con los hombres de la familia. Una vez satisfecha, puede acudir a la vivienda de la novia y tomarla en presencia del padre, la madre y los hermanos, quienes no se lo impiden.

Si muere un hombre dejando esposa e hijos, el mayor de los hijos varones puede tomarla como esposa siempre que no sea su propia madre.

Si un turco se pone enfermo y tiene esclavos, éstos le cuidan y ningún miembro de la familia se le acerca. Se levanta una tienda separada de las viviendas y no sale de ella hasta que muere o bien se cura. Si, por el contrario, es un esclavo o un hombre pobre, le dejan en el desierto y prosiguen el camino.

Cuando muere un hombre destacado, cavan una gran fosa en forma de casa y visten el cadáver con un qurtaq con cinturón y arco y le ponen en una mano una copa de madera llena de bebida alcohólica. Toman luego todos sus bienes y los depositan en esta casa. Por fin ponen en ella el cuerpo. Luego levantan otra casa encima y construyen una especie de cúpula de barro.

A continuación sacrifican sus caballos, ya sea uno o doscientos, tantos como posea, en el lugar de la tumba. Se comen entonces la carne, dejando sólo la cabeza, los cascos, el cuero y la cola, todo lo cual cuelgan de palos de madera y dicen: «.Éstos son los corceles en que cabalga hacia el paraíso.»

Si el hombre ha sido un héroe y ha matado a enemigos, tallan estatuas de madera en un número equivalente al de hombres que mató, las colocan sobre su tumba y dicen: «Éstos son los pajes que le sirven en el Paraíso.»

A veces posponen por un día o dos el sacrificio los caballos, en cuyo caso un viejo seleccionado entre los ancianos los alborota diciendo: «Vi en sueños al hombre muerto y me dijo: "Aquí me ves. Mis camaradas me han alcanzado y tenía pies demasiado débiles para seguirlos. No puedo alcanzarlos y he quedado solo." » En este caso la gente ata a sus caballos y los cuelga sobre la tumba. Al cabo de unos días vuelve a acercarse y dice: «He visto en un sueño al muerto y me dijo: "Informad a mi familia que me he recobrado de mi trance." » De este modo el anciano preserva las costumbres de los oguz, pues si no lo hiciera podría desatarse entre los vivos el deseo de quedarse con caballos del muerto [1].

Por fin continuamos nuestro viaje por el reino turco. Una mañana, un turco salió a nuestro encuentro. Era de rasgos desagradables, sucio de aspecto, despreciable en su actitud y rastrero por naturaleza. El turco me dijo: «Alto», y toda la caravana se detuvo, obedeciendo su orden. Dijo él entonces: «Ni uno de vosotros puede pasar.» Le dijimos: «Somos amigos del Kudarkin.» El hombre rió y dijo: «¿Quién es el Kudarkin? Me cago en sus barbas.»

Ninguno de nosotros supo qué hacer al oir estas palabras, pero el turco dijo: «*Bekend* -es decir, pan en la lengua de Chwarezn. Le di unas cuantas hogazas de pan, que el hombre tomó antes de decirnos-: Podéis seguir. Me he compadecido de vosotros.»

Llegamos al distrito del comandante militar, cuyo nombre era Etrek ibn-al-Qatagan. El comandante hizo levantar tiendas para nosotros y nos invitó a ocuparlas. Él tenía una gran casa, servidores y grandes viviendas. Trajo ovejas para que pudiéramos sacrificarlas y puso a nuestra disposición caballos de silla. Los turcos aluden a él como su mejor jinete y la verdad es que lo comprobé un día cuando corrió una carrera con nosotros y al pasar un ganso volando sobre nosotros, preparó su arco y, guiando su caballo hasta ponerse debajo de él, le disparó una flecha y lo abatió.

Le regalé un vestido de Merv, un par de botas de cuero rojo y cinco gabanes de seda. El comandante los aceptó con estentóreas muestras de agradecimiento. Se quitó entonces el gabán de brocado que llevaba, para ponerse las prendas de honor con que yo acababa de obsequiarle. Vi que el *qartaq* que tenía debajo estaba deshecho y muy sucio, pero es costumbre de ellos que nadie se quite la prenda que usa pegada al cuerpo hasta que se desintegra.
En verdad se arrancaba toda la barba y aun el bigote, de manera que tenía el aspecto de un eunuco. Sin embargo, como he observado, era el mejor de sus jinetes.
Creí que estos hermosos presentes nos ganarían su amistad, pero no habría de ocurrir así. Era un hombre traicionero.
Un día mandó llamar a los jefes más próximos a él, es decir, Tarhan, Yanal y Glyz. Tarhan era el de mayor influencia, un hombre lisiado y ciego a quien le faltaba una mano. El comandante les dijo:
-Éstos son los emisarios del rey de los árabes al jefe de los búlgaros y no querría dejarlos pasar sin antes cambiar ideas con vosotros.
Habló entonces Tarhan:
-Es éste un asunto que desconocemos. Nunca ha pasado el embajador del sultán a través de nuestro territorio desde que lo ocuparon nuestros antepasados. Sospecho que el sultán trama algo contra nosotros. En realidad, ha mandado a estos hombres para levantar a los hazars contra nosotros. Lo mejor será cortar en dos a estos embajadores y apoderarnos de todo lo que tienen.
Otro consejero dijo:
-No; será mejor que nos apoderemos de lo que tienen y los dejemos desnudos para que regresen al lugar del que provienen.
Y otro repuso:
-No; el rey de los hazars tiene prisioneros de nuestro pueblo, de modo que debemos enviar a estos hombres a que paguen rescate por ellos.
Durante siete días discutieron estos puntos, mientras nosotros estábamos en una situación semejante a la muerte. Hasta que acordaron dejarnos pasar. Dimos a Tarham, como prendas de honor dos caftanes de Merv y además pimienta, mijo y unas hogazas de pan.
Y proseguimos el viaje hasta que llegamos al río Bagindi. Allí tomamos nuestros botes de piel de camello, los dispusimos el uno junto al otro y cargamos los artículos de los camellos turcos. Cuando cada uno de los botes estuvo lleno, ocuparon lugares en ellos grupos de cinco, seis o cuatro hombres. Todos cortaron ramas de abedul y las usaron como remos, remando todo el tiempo mientras el agua arrastraba los botes y los hacía girar sobre sí mismos. Por fin cruzamos el río. En cuanto a los caballos y camellos, pasaron a nado.
Es absolutamente necesario que al cruzar un río se transporte en primer término, y antes que ningún miembro de la caravana, a un grupo de guerreros armados con el fin de establecer la vanguardia que impida un ataque por sorpresa mientras el grueso de la expedición está atravesando el río.
Cruzamos, pues, el río Bagindi y del mismo modo el río llamado Gam. A continuación el Odil, el Adrn, luego el Wars, el Ahti y el Wbna.
Todos ellos son ríos importantes.
Llegarnos entonces al lugar donde habitaban los pecenegs. Éstos habían acampado junto a un lago manso que parecía el mar. Son gente muy morena y robusta y los hombres se afeitan la barba. Son pobres, en comparación con los oguz,
pues entre los oguz vi hombres que poseían hasta diez mil caballos y hasta cien mil ovejas. Los pecenegs, en cambio, son pobres y nos quedamos sólo un día junto a ellos.

Reanudamos la marcha y llegamos al río Gayih. Éste es el río más caudaloso, ancho y de cauce más rápido que encontramos. En verdad vi volcarse un bote de cuero en él y sus ocupantes se ahogaron. Muchos miembros del grupo perecieron, y también muchos camellos y caballos se ahogaron. Cruzamos este río con dificultad. Al cabo de unos días más de marcha cruzamos el río Gaha, luego el Azhn, luego el Suh y luego el Kiglu. Por fin llegamos a la tierrra de los Baskirs [2].

Por fin abandonamos la tierra de los baskirs y cruzamos el río Germsan, el río Urn, el río Urm, el río Wtig, el río Nbasnh y el río Gawsin. Entre estos ríos la distancia implica un viaje de dos, tres o cuatro días en cada caso.

Luego llegamos a la tierra de los búlgaros, que comienza en los márgenes del río Volga

---

[1] Farzan, entusiasta admirador de Ibn-Fadlan, cree que este párrafo revela la agudeza de un antropólogo moderno, que registra no sólo los hábitos de un pueblo, sino también los mecanismos que actúan en el cumplimiento de estos hábitos. Las implicaciones económicas de matar los caballos deun jefe nómada son el equivalente de los impuestos sucesorios de hoy, es decir, tienden a retardar la acumulación de la riqueza heredada dentro de una familia. Si bien es exigido por la religión, no puede haber sido una práctica que gozara de gran favor, como tampoco lo son los impuestos sucesorios hoy en día. Ibn-Fadlan, con toda astucia, señala la manera en que es impuesta a quienes la resisten

[2] El manuscrito de Yakut contiene una breve descripción de la permanencia de Ibn-Fadlan entre los Baskirs. Muchos expertos ponen en duda la autenticidad de estos pasajes. Las descripciones son aburridas e inusitadamente vagas Y en su mayor parte consisten en listas de jefes y nobles. lbn-Fadlan mismo insinúa que no vale la pena ocuparse de los Baskirs, declaración poco habitual en este viajero de curiosidad inagotable

PRIMER CONTACTO CON LOS NÓRDICOS

Con mis propios ojos vi cómo los nórdicos [1] habían llegado con sus mercancías y levantado su campamento sobre las márgenes del Volga. Nunca vi gente tan gigantesca como ellos. Son altos como palmeras y de tez pictórica y rubicunda. No llevan ni camisolas ni caftanes, sino que los hombres llevan una prenda de tejido tosco drapeado sobre un lado, para que una mano quede libre.

Todo nórdico lleva un hacha, una daga y una espada y nunca se los ve sin estas armas. Sus espadas son anchas, con bordes ondeados y de manufactura franca. Desde la punta de las uñas hasta el cuello, todos los hombres están tatuados con imágenes de árboles, seres vivos y otras cosas.

Las mujeres llevan atado al pecho un pequeño estuche de hierro, cobre, plata u oro, según la riqueza y los recursos de sus maridos. Atado a este estuche tienen un anillo y sobre éste una daga, todo ello sobre el pecho. En el cuello llevan collares de cadenas de oro y plata.

Son la raza más sucia que haya creado Dios jamás. No se limpian después de defecar ni se lavan tampoco después de alguna suciedad nocturna, como no lo harían los asnos salvajes.

Llegan desde su propio país, anclan sus barcos en el Volga, que es un anchuroso río, y construyen grandes viviendas de madera sobre la orilla. En cada una de estas casas viven diez o veinte personas, más o menos. Cada uno de los hombres tiene una cama en la cual se sienta con las hermosas muchachas que tiene para vender. Es muy frecuente que goce de alguna de ellas en presencia de un amigo. A veces varios de ellos pueden estar dedicados a esta actividad sexual en un mismo momento, todos en presencia de los otros. De cuando en cuanto un mercader llega a una casa a comprar una muchacha y hallará al amo de ésta abrazándola y sin estar dispuesto a venderla hasta haber saciado su deseo. No se considera que esto sea nada extraordinario.

Todas las mañanas entra una esclava con una vasija de agua que coloca a los pies de su amo. Este se lava la cara y las manos y luego el pelo, peinándoselo sobre la vasija. Hecho esto se suena la nariz y escupe dentro y con ello no deja ninguna suciedad, ya que todo se lo lleva el agua. Cuando ha terminado, la muchacha traslada la vasija hasta el hombre siguiente, quien hace lo mismo. De este modo pasa la vasija de uno a otro hombre, hasta que todos en la casa se han sonado la nariz y escupido en la vasija y se han lavado la cara y el pelo.

Esta es la forma normal de hacer las cosas entre los nórdicos, según he podido verlo con mis propios ojos. A pesar de todo, en la época en que llegamos había cierto descontento entre estos gigantes, descontento que radicaba en lo siguiente:

Su jefe principal, un hombre llamado Wyglif, había enfermado y estaba instalado en una tienda especial a cierta distancia del campamento, provisto de pan y agua. Nadie se le acercaba, ni le hablaba, ni le visitó durante todo el período de su enfermedad. Los esclavos no le alimentaban porque los nórdicos consideran que es necesario recuperarse de cualquier enfermedad recurriendo a las propias fuerzas. Muchos entre ellos creían que Wyglif no volvería a reunirse con ellos en el campamento, sino que, por el contrario, moriría.

Ahora bien, un miembro de la comunidad, un joven noble llamado Buliwyf, fue elegido como nuevo gobernante, pero no fue aceptado mientras el jefe enfermo seguía con vida. Tal era la causa del malestar reinante cuando nosotros llegamos. Sin embargo, no se veían muestras de pesar ni de llanto entre la gente acampada junto al Volga.

Los nórdicos atribuyen gran importancia a los deberes del anfitrión. Reciben a todo visitante con calor y hospitalidad, abundante alimento y ropas y los señores y los nobles

compiten por el honor de haber acordado la hospitalidad más generosa. El grupo de nuestra caravana fue llevado a casa de Buliwyf y nos ofrecieronn una gran fiesta, presidida por el mismo Buliwyf, quien —pude ver— era un hombre alto y fuerte, de tez y pelo y barba muy blancos. Tenía el porte de un conductor.
Como señal de aprecio por el honor de que éramos objeto, hicimos grandes aspavientos de entusiasmo por la comida, no obstante ser ésta vil, aparte de que el festín consistía en buena parte en arrojarse la comida y la bebida y en reír y regocijarse en forma estruendosa. Era común, en medio de este primitivo banquete, que un noble tuviese relaciones con una muchacha esclava en presencia de todos.
Al ver esto, volví la cara y dije:
— ¡Que Dios me perdone!
Y los nórdicos rieron muchísimo al ver mi confusión. Uno de ellos hizo la traducción del comentario de que según ellos Dios mira con favor tales placeres abiertos. Me dijo, en efecto:
—Ustedes, los árabes, son como viejas. Tiemblan frente al espectáculo de la vida.
Como respuesta, dije:
—Soy un invitado entre ustedes, y Alá sabrá guiarme hacia la virtud.
Esto fue motivo de nuevas risas, aunque no veo por qué habrían de haberlo considerado gracioso.
Es costumbre de los nórdicos reverenciar la guerra. En verdad estos hombres enormes pelean sin cesar.
Nunca están en paz, ya sea entre ellos o bien entre las diferentes tribus de su especie. Cantan canciones bélicas en las que se ensalza el coraje y consideran que la muerte del guerrero es el más alto honor.
En el banquete de Buliwyf uno de los presentes cantó una canción de valor y de batalla que encantó a todos, a pesar de que nadie prestaba mucha atención. La fuerte bebida que consumen los nórdicos muy pronto los transforma en animales y asnos enloquecidos. En mitad de la canción hubo eyaculación y también combate mortal en medio de una riña de ebrios entre dos guerreros. El bardo no cesó de cantar a través de todos estos hechos. En verdad vi la sangre que brotaba salpicándole la cara. El se la enjugó sin hacer una pausa en su canto.
Esto me impresionó mucho.
Ahora bien, este Buliwyf, que estaba tan ebrio como el resto, ordenó que yo les cantara una canción. Se mostró muy insistente. Como no deseaba que se enfadara, recité del Corán mientras el intérprete repetía mis palabras en su propia lengua nórdica. No me acogieron mucho mejor que a su propio juglar y más tarde rogué el perdón de Alá por el tratamiento de que fueron objeto sus palabras sagradas y asimismo por la traducción [2] que, según pude intuir, no tenía sentido, ya que el intérprete mismo estaba también ebrio.
Habíamos permanecido dos días con los nórdicos y teníamos el plan de salir por la mañana, cuando el traductor nos informó que el jefe Wyglif había muerto. Me empeñé entonces en observar lo que aconteció con posterioridad.
Primero le colocaron en su tumba, sobre la cual se levantó un techado y le dejaron en ella durante un período de diez días hasta que hubieron [3] terminado de cortar y coser sus ropas. Reunieron además sus bienes y los dividieron en tres porciones: la primera, para la familia; la segunda, para la compra de las ropas que le confeccionaron, y la tercera, para adquirir bebida fuerte, por la eventualidad de que algún día una muchacha se resignara a morir y fuese quemada junto a su amo.

En cuanto al consumo de alcohol, se abandonan a él en forma alocada y lo beben día y noche como ya he señalado. No deja de ser frecuente que alguien se muera con una copa en la mano.
La familia de Wyglif preguntó a todas sus muchachas y pajes:
—¿Quién de ustedes morirá con él? Una de ellas repuso:
—Yo.
Desde el momento en que pronunció dicha palabra, dejó de ser libre. De haber cambiado de parecer, no se lo habrían permitido.
La muchacha que había hablado fue encomendada al cuidado de otras dos que debían vigilarla, acompañarla adondequiera que fuese y aun, en ciertos casos, lavarle los pies. Otros se ocuparon del muerto, cortando sus prendas mortuorias y preparando todo lo que sería necesario. Durante todo este tiempo la muchacha se dio a la bebida y al canto y se mostró contenta y alegre.
Entre tanto, Buliwyf, el noble destinado a ser el próximo rey o jefe, debió hacer frente a un rival cuyo nombre era Thorkel. No le conocía yo, pero era feo y repugnante, un hombre moreno en medio de esta gente de raza blanca y sonrosada. Se había dispuesto a ser jefe él mismo. Todo esto me lo contó el traductor, ya que no había indicios en los preparativos fúnebres de que hubiese algo que no marchaba como de costumbre.
Buliwyf no dirigió los preparativos por no ser de la familia Wyglif, pues es la regla que sea la familia quien prepara el funeral. Buliwyf se unía a los festejos y regocijo generales y no actuaba en verdad como un rey, salvo durante los banquetes por la noche, en que se sentaba en el sitial alto reservado al rey.
He aquí cómo se sentaba. Cuando un nórdico es rey de verdad, se sienta a la cabecera de la mesa en una gran silla de piedra con brazos también de piedra. Tal era la silla de Wyglif, pero Buliwyf no se sentó en ella como lo hacía un hombre normal. En lugar de ello se sentó en uno de los brazos, posición de la cual caía cuando bebía en exceso o cuando reía demasiado. La costumbre era que no se sentase en la silla hasta haber sido enterrado Wyglif.
Durante todo este tiempo Thorkel tramaba un complot y conferenciaba con los demás nobles. Llegué a enterarme de que sospechaban que yo era un hechicero o mago, lo cual me causó zozobra. El traductor, que no creía en estos chismes, me dijo que Thorkel afirmaba que yo había sido la causa de que Wyglif muriera para que Buliwyf fuera el próximo rey. Debo decir, no obstante, que no tuve nada que ver con ello.
Al cabo de unos días intenté marchar con mis hombres, Ibn Bastu, Takin y Bars, pero los nórdicos no nos permitieron irnos y dijeron que debíamos quedarnos hasta el funeral a la vez que nos amenazaban con las dagas que llevaban siempre. En vista de esto nos quedamos.
Cuando llegó el día en que se debería quemar el cuerpo de Wyglif y a la muchacha, acercaron su barco hasta que tocó la playa. Alrededor de la embarcación se dispusieron cuatro asientos de madera de abedul y otros trozos de leña, así como grandes figuras de madera que representaban personajes.
Entretanto, la gente comenzó a caminar de un lado a otro, pronunciando palabras que yo no comprendía. La lengua de los nórdicos no es grata al oído y es, además, difícil de comprender. El jefe muerto estaba a cierta distancia en su tumba, de la cual no le habían retirado aún. A continuación trajeron una litera, la colocaron en el barco y la cubrieron con tela entretejida de oro de Grecia y con almohadas del mismo material. Llegó entonces una anciana, a quien llaman el ángel de la muerte, quien distribuyó los artículos personales sobre la litera. Era ella quien se ocupaba de la confección de las ropas funerarias y de todos los demás elementos. También debía ella matar a la

muchacha. Vi a esta vieja con mis propios ojos. Era morena, maciza y tenía una expresión hosca.
Cuando llegaron a la tumba, apartaron el techado y sacaron al muerto. Vi entonces que estaba totalmente ennegrecido, debido al frío reinante en la región. Cerca de él, en la tumba, habían dispuesto bebida alcohólica, frutas y un laúd, todo lo cual retiraron en aquel momento. Excepto por su color, el difunto Wyglif no había cambiado.
Vi entonces a Buliwyf y a Thorkel de pie el uno junto al otro, dando grandes muestras de amistad durante la ceremonia, si bien era evidente que tales muestras eran todas falsas.
Vistieron al rey Wyglif con pantalones, polainas y un caftán de tela de oro y le pusieron en la cabeza un gorro de tejido con oro adornado con piel de marta. Le llevaron entonces a una tienda en el barco y allí le sentaron en la litera acolchada, le sostuvieron con almohadas y le llevaron bebida fuerte, fruta y albahaca, todo lo cual dejaron a su lado.
Trajeron luego un perro, que seccionaron en dos, arrojando las mitades en el barco. Colocaron junto al cuerpo todas las armas y en seguida dos caballos a los que hicieron correr hasta que estuvieron sudorosos, momento en el cual Buliwyf mató a uno de ellos con su espada y Thorkel al segundo, despedazándolos ambos con sus espadas y arrojando los trozos dentro del barco. Buliwyf mató su caballo con menos limpieza, hecho que pareció significar algo entre los observadores, si bien yo no pude comprender en qué consistía.
Trajeron luego dos bueyes, que también despedazaron y arrojaron dentro del barco y, por fin, un gallo y una gallina, que mataron y arrojaron en el interior.
La muchacha que había elegido morir se paseaba entretanto de un lado a otro, entrando en cada una de las tiendas diseminadas en el lugar. El ocupante de cada una tenía relaciones con ella y decía:
—Dile a tu amo que hice esto sólo por amor a él.
Era ya tarde en el día. Condujeron a la muchacha hacia un objeto que habían construido, algo semejante al marco de una puerta, y cuando ella apoyó los pies sobre las manos de los nombres, la levantaron para que mirara por encima del marco. La muchacha murmuró algo en su idioma y la bajaron. Otra vez la levantaron, le permitieron bajar y por tercera vez repitieron esta acción. Luego le entregaron una gallina, que la muchacha decapitó arrojando lejos la cabeza.
Pregunté al intérprete qué había hecho la muchacha. Este replicó:
—La primera vez dijo: «Mirad, veo a mi padre y a mi madre.» La segunda vez. «Mirad, veo sentados a todos mis parientes muertos», y la tercera: «Mirad, veo a mi amo sentado en el Paraíso. El Paraíso es tan hermoso, tan verde... Con él están sus hombres y sus jóvenes. Me llaman, de modo que llévenme hasta él».
La llevaron, pues, al barco. Allí se quitó sus dos brazaletes y se los entregó a la anciana a quien llamaban el ángel de la muerte, encargada de asesinarla. También se quitó dos aros de los tobillos y se los pasó a sus dos servidoras, las hijas del ángel de la muerte. Por fin la levantaron dentro del barco, pero no le permitieron entrar todavía a la tienda.
En aquel punto llegaron hombres armados con escudos y lanzas y le entregaron una copa de bebida fuerte. La muchacha la aceptó, cantó sobre ella y la bebió. El intérprete me dijo que había dicho: «Con esto me despido de mis seres queridos.» Le entregaron luego otra copa, que también tomó antes de comenzar una larga canción. La vieja le ordenó que la bebiera sin más y que entrara en la tienda donde estaba su amo.
Para entonces tuve la impresión de que la muchacha estaba confusa [4]. Hizo un ademán, como si fuera a entrar en la tienda, pero de pronto la vieja la aferró de los cabellos y la arrastró al interior. En aquel momento los hombres empezaron a golpear

sus escudos con las lanzas con el fin de ahogar el ruido de los gritos, que podrían haber aterrado a las otras muchachas y llevarlas a resistirse a morir con sus amos en el futuro.
La siguieron al interior de la tienda seis hombres, cada uno de los cuales tuvo conocimiento carnal de ella. Hecho esto la colocaron junto a su amo, donde dos de los hombres le tomaron los pies y otros dos las manos. La vieja conocida como el ángel de la muerte le ató una soga alrededor del cuello y entregó los extremos a los dos hombres restantes para que tiraran de ellos. Mientras la vieja le hundía una espada en las costillas, los dos hombres la estrangularon con la soga hasta que murió.
Los parientes del difunto Wyglif se aproximaron, y tomando un trozo de madera encendida, volvieron desnudos al barco y lo incendiaron sin mirarlo en ningún momento. Muy pronto estuvo en llamas la pira funeraria y el barco, la tienda, el hombre y la muchacha, y todo el resto desaparecieron en una violenta tormenta de fuego.
A mi lado, uno de los nórdicos hizo un comentario al intérprete. Pregunté a éste qué le había dicho y recibí la siguiente respuesta:
—Ustedes los árabes —dijo— deben ser gente muy estúpida. Toman al hombre más venerado y amado y le arrojan a la tierra para que le devoren las alimañas y los gusanos. Nosotros, en cambio, le quemamos en un instante para que sin la menor demora pueda entrar en el Paraíso.
En verdad en menos de una hora barco, maderos y muchacha se habían convertido, junto con el hombre, en cenizas.

[1] En realidad la palabra usada por Ibn Fadlan aquí era «Rus», nombre particular de esta tribu de nórdicos. En el texto llama a veces a los escandinavos por el nombre de cada tribu y a veces los llama «Varangios» como término genérico. Los historiadores de hoy reservan el nombre de Varangio a los mercenarios escandinavos empleados por el Imperio bizantino. Para evitar confusiones en esta traducción se emplea siempre el término «nórdicos».
[2] Los árabes siempre se han mostrado aprensivos frente a una traducción del Corán. Los sheiks más antiguos sostenían que no era posible traducir el libro sagrado, convicción basada, seguramente, en consideraciones religiosas. Sin embargo, cuantos han intentado una traducción se muestran de acuerdo por razones estrictamente seculares. El árabe es en sí una lengua concisa y el Corán está compuesto como poesía, siendo por tanto más concentrado aún. Las dificultades de transmitir el significado literal, para no mencionar ya la gracia y la elegancia del árabe original han llevado a los traductores a presentar su obra con largos prólogos y profusas disculpas.
Al mismo tiempo el islamismo es una forma del pensamiento activa y expansiva, y el siglo X fue uno de los períodos que marcaron la cumbre de su divulgación. Tal expansión requirió sin duda las traducciones para uso de los conversos y se llevaron a cabo muchas, pero ninguna feliz desde el punto de vista de los árabes.
[3] Esto resultó ya en sí sorprendente para un observador árabe que provenía de un clima cálido. La práctica musulmana exige un entierro inmediato, a menudo el día mismo del deceso, después de una breve ceremonia de abluciones rituales y plegarias.
[4] O posiblemente «demente». Los manuscritos en latín dicen *cerritus*, pero el árabe de Yakuy dice «confusa» o «deslumbrada».

CONSECUENCIAS DEL FUNERAL DE LOS NÓRDICOS

Estos escandinavos no encuentran motivo de pesar en la muerte de un hombre. El hombre pobre y el esclavo son objeto de indiferencia para ellos, y aun un jefe no será capaz de arrancarles lágrimas ni de provocarles tristeza. La misma noche del funeral del jefe llamado Wyglif hubo un gran festín en los grandes recintos de la colonia de nórdicos.

A pesar de todo percibí que no todo marchaba bien entre estos bárbaros. Cambié opiniones con mi intérprete y éste se expresó así:

—Es plan de Thorkel verle morir y luego desterrar a Buliwyf. Thorkel se ha ganado el apoyo de algunos nobles, pero hay disensión en todas las casas y en todos los sectores.

Sumamente preocupado, dije:

—No tengo nada que ver en este asunto. ¿Cómo debo actuar?

El intérprete dijo que debería huir, si podía, pero si me atrapaban, sería prueba de mi culpabilidad y se me trataría como a un ladrón. Se trata a los ladrones del siguiente modo: Los nórdicos le llevan hasta un grueso árbol, le atan con una soga resistente, le cuelgan del árbol y le dejan colgar de él hasta que se pudre y se desintegra por la acción del viento y la lluvia.

Al recordar asimismo que había eludido con dificultad la muerte en manos de Ibn-al-Qatagan, opté por actuar como lo había hecho antes, es decir, me quedé entre los nórdicos hasta que me diesen el salvoconducto para proseguir mi viaje.

Pregunté a mi intérprete si convendría que ofreciera regalos a Buliwyf y a Thorkel con el fin de auspiciar mi partida. Me dijo que no debería ofrecer regalos a los dos y que no estaba decidido aún quién de los dos sería el jefe. Agregó seguidamente que esto resultaría claro un día y una noche más tarde, ni más ni menos.

Es verdad, en efecto, que los nórdicos no tienen formas establecidas de elegir un nuevo jefe cuando el anterior muere. La fuerza en el uso de las armas tiene mucha importancia, pero también la tienen la lealtad de los guerreros y de los señores nobles. En algunos casos no hay sucesor seguro al gobierno y estábamos en presencia de una situación como ésta. Mi intérprete me aconsejó esperar y a la vez rezar. Así lo hice.

Se produjo entonces una intensa tormenta sobre las márgenes del río Volga, tormenta que duró dos días con copiosa lluvia y fuertes vientos, y pasada la cual se instaló en el suelo una neblina glacial. Era espesa y blanca y no era posible ver a una docena de pasos de distancia.

Ahora bien, estos gigantescos guerreros nórdicos que en virtud de su inmensa talla, fuerza en el uso de las armas y crueldad de carácter no tienen nada que temer en todo el mundo, temen en cambio la neblina o cerrazón que traen las tormentas.

Los hombres de esta raza se esfuerzan por ocultar su temor aun entre ellos mismos. Los guerreros ríen y se chancean con exageración y hateen un despliegue irrazonable de conducta despreocupada. De este modo prueban lo contrario y la verdad es que su intento de disimular es infantil, tan ostensible es su comedia de no ver la verdad. Y al mismo tiempo todos y cada uno de ellos en todo el campamento ofrecen plegarias y sacrifican gallinas y gallos, y si se pregunta a uno de ellos el motivo del sacrificio, responderá:

—Hago sacrificios por el éxito de mi comercio.

O bien:

—Hago sacrificios en honor de tal o cual miembro muerto de mi familia.

Aducirá cualquier otra razón, y por fin añadirá:

—Y también porque se levante la niebla.

Diré que me resultó extraño que gente tan vigorosa y guerrera como aquella temiese tanto algo, que fingiera no temerlo. Además, entre todos los motivos razonables de temor, la neblina o cerrazón parecían ser, en mi opinión, en gran medida inexplicables.
Dije a mi intérprete que un hombre puede temer el viento o bien las tormentas arrolladoras de arena, o las inundaciones, o los terremotos, o el trueno y el rayo en el cielo, ya que todo ello puede dañar al hombre y aun matarlo, o, en fin, destruir su vivienda. Comenté, en cambio, que esa niebla o neblina no encerraba ninguna amenaza de daño. La verdad es que era la menos importante de todos los elementos que sufren cambios.
El intérprete replicó que me faltaban las creencias propias de un hombre de mar. Dijo que muchos marinos árabes se mostraban de acuerdo con los nórdicos, en cuanto se refería a sentir malestar al verse envueltos por la niebla [1]. Así ocurría —dijo— que todos los hombres de mar sienten ansiedad en presencia de la niebla o neblina porque tal condición acrecienta el peligro de viajar por agua.
Dije que esto era sensato, pero que cuando la niebla se deposita sobre la tierra en lugar del agua, no comprendía la razón de temer. A esto repuso el intérprete:
—La niebla siempre es temida, venga de donde venga.
Por último dijo que no había ninguna diferencia, sobre tierra o bien sobre el mar, para el punto de vista nórdico.
Me dijo luego que los nórdicos no temían, en el fondo, a la niebla, y que él mismo, como individuo, no la temía. Se trataba de algo de importancia menor, sin mayores consecuencias.
—Es —dijo— un dolor leve dentro de una articulación de algún miembro, que puede sobrevenir con la niebla, pero no tiene mayor importancia.
Por estas palabras inferí que mi intérprete, como los demás, negaba sentir preocupación por la niebla y fingía indiferencia.
Aconteció, sin embargo, que la niebla no se levantó, si bien disminuyó y perdió densidad al avanzar el día. Apareció el Sol como un círculo en el cielo, pero era tan débil que me fue posible mirarlo directamente.
El mismo día llegó un barco nórdico que llevaba a bordo a un noble de su propia raza. Era un hombre joven con una barba rala y viajaba con sólo un séquito reducido de pajes y esclavos, sin ninguna mujer entre ellos. Supuse, pues, que no era un mercader, ya que en esta región los nórdicos venden principalmente mujeres.
Este mismo visitante amarró su barco y se quedó en él hasta la noche y nadie se le acercó ni le saludó a pesar de ser un forastero y estar a la vista de todos.
Mi intérprete dijo:
—Es un pariente de Buliwyf y será recibido esta noche en un banquete.
—¿Por qué permanece a bordo de su barco? —pregunté.
—A causa de la niebla. Es costumbre que permanezca a la vista de todos durante muchas horas para que todos le vean bien y sepan que no es un enemigo que proviene de la niebla —me dijo el intérprete después de muchos titubeos.
En el banquete de la noche vi llegar al joven al gran recinto. Allí le recibieron todos cálidamente y con grandes muestras de sorpresa, especialmente Buliwyf, quien actuó como si el joven acabara de llegar y no hubiese estado a bordo del barco durante tantas horas. Después de los diversos saludos, el joven pronunció una vehemente alocución, que fue escuchada por Buliwyf con inusitado interés. En lugar de beber y jugar con las esclavas escuchó con gran atención al joven, quien hablaba con una voz sonora y áspera. Al finalizar sus palabras, tuvimos la impresión de que el joven estaba al borde de las lágrimas y le pasaron algo para beber.
Pregunté a mi intérprete qué había dicho. He aquí la respuesta:

—Es Wulfgar, hijo de Rothgar, un gran rey del Norte. Es pariente de Buliwyf y solicita su ayuda y su apoyo en una misión de héroe. Wulfgar dice que en las tierras lejanas reina un terror horroroso e indescriptible y frente al cual nadie sabe oponer resistencia y pide a Buliwyf que se apresure a volver a esas tierras para salvar a su pueblo y al reino de su padre, Rothgar. Pregunté a mi intérprete la naturaleza de este terror.
—No tiene un nombre que yo pueda darte —repuso [2]. El intérprete parecía muy perturbado por las palabras de Wulfgar y también estaban perturbados muchos de los nórdicos. En el rostro de Buliwyf observé una expresión sombría y melancólica. Pedí al intérprete detalles de la amenaza.
El intérprete me dijo:
—No es posible pronunciar el nombre, porque está prohibido decirlo, ya que al decirlo puede provocar a los demonios —y mientras hablaba pude ver que le daba miedo tan sólo pensar en estas cuestiones y que tenía una marcada palidez, en vista de lo cual dejé de interrogarle.
Buliwyf, sentado en el alto trono de piedra, estaba silencioso. La verdad es que los nobles y los vasallos y todos los esclavos y servidores estaban también silenciosos. Nadie hablaba en el recinto. El mensajero Wulfgar estaba en pie trente a todos ellos con la cabeza inclinada. Nunca había visto yo tan abatida a esta gente del Norte, habitualmente tan alegre y bulliciosa.
Entró entonces la vieja llamada el ángel de la muerte y se sentó junto a Buliwyf. De una bolsa de cuero extrajo unos huesos, que no sé si eran humanos o de animales, y que arrojó al suelo, murmurando en voz baja y haciendo pases con las manos sobre ellos.
Volvió a levantar los huesos, para arrojarlos otra vez al suelo, y se repitió el procedimiento con nuevas palabras rituales. Y otra vez los dejó caer la anciana antes de dirigirse a Buliwyf.
Pregunté al intérprete qué había dicho, pero él no me prestó atención.
Buliwyf se puso en pie y levantó su copa de bebida alcohólica y, dirigiéndose a todos los nobles y guerreros reunidos allí, pronunció un discurso bastante extenso. Uno por uno, varios de los guerreros se pusieron en pie y le miraron. No todos se levantaron, sin embargo, pero pude contar once de ellos, y Buliwyf se declaró satisfecho con este número.
Vi asimismo que Thorkel parecía estar altamente satisfecho con lo que ocurría y que había adoptado una posición mucho más majestuosa, a pesar de que Buliwyf no reparaba en él ni tampoco le demostraba odio ni interés, aunque ambos habían sido enemigos hasta hacía pocos minutos.
En aquel momento el ángel de la muerte, la anciana, me señaló con un gesto y dijo algo, retirándose acto seguido del recinto. Y por fin mi intérprete habló y dijo:
—Buliwyf es llamado por los dioses a que abandone este lugar con gran rapidez, dejando tras sí todas las preocupaciones y cuidados para actuar como héroe y rechazar la amenaza del Norte. Esto es lo indicado, y además debe llevar consigo once guerreros. Además, debes acompañarle.
Le dije que estaba cumpliendo una misión diplomática ante los búlgaros y que debía seguir sin más tardanza las instrucciones de mi Califa.
—El ángel de la muerte ha hablado —dijo mi intérprete—. El grupo de Buliwyf debe contar con trece hombres y uno de ellos no debe ser nórdico. Por tanto, tú serás ese hombre.
Argüí que no era guerrero. La verdad es que formulé toda clase de objeciones y súplicas que juzgué capaces de surtir algún efecto entre este rudo grupo de individuos. Exigí que mi intérprete transmitiera mis palabras a Buliwyf, pero éste se volvió y abandonó el recinto luego de decir estas últimas palabras:

—Prepárate como juzgues necesario. Saldrás con nosotros al amanecer.

[1] Es interesante que el término tanto árabe como el latino signifique de forma literal «enfermedad».

[2] Los riesgos de la traducción resultan evidentes en esta oración. El árabe original de Yakuy dice «No hay nombre que yo pueda hablar». El manuscrito de Xymos emplea el verbo latino *dare*, con el significado de «no puedo darle nombre», lo cual implica que el intérprete no conoce la palabra en una lengua no nórdica. El manuscrito Razi, que también incluye las palabras del intérprete en forma más detallada, utiliza la palabra *edere*, con el significado de «No hay nombre que yo pueda hacerte conocer». Esta es la traducción más correcta. El nórdico tiene literalmente miedo de pronunciar la palabra, y con ello evocar la presencia de los demonios. En latín, *edere* tiene un sentido de «Dar nacimiento a» y «evocar», además de su significado literal «provocar». Los párrafos que siguen confirman este sentido del significado.

EL VIAJE A LAS TIERRAS LEJANAS

De esta manera se me impidió proseguir el viaje hacia el reino de Yiltawar, rey de Saqaliba, y con ello cumplir la misión encomendada por al-Muqtadir, Comandante de los Fieles y Califa de la Ciudad de la Paz. Di las instrucciones que pude a Dadir al-Hurami y también a los pajes Takin y Bars. En seguida me despedí de ellos y nunca supe nada más de sus peripecias.

En cuanto a mí, no hallaba mi situación diferente de la de un muerto. Estaba embarcado en uno de los barcos nórdicos, navegando río arriba por el Volga en dirección al Norte con doce de estos hombres, cuyo nombre era:

Buliwyf, el jefe; su lugarteniente o capitán, Etchgow; sus señores y nobles, Higlak, Skeld, Weath, Roneth, Haiga, sus guerreros y soldados valerosos Helfdane, Edgtho, Rethel, Haltaf y Herger [1]. También estaba yo entre ellos, sin poder comprender su idioma ni sus costumbres, ya que mi intérprete también había quedado en el campamento. Fue sólo por casualidad y por la gracia de Alá que uno de los guerreros, Herger, resultó ser un hombre de dotes inesperadas, que conocía algo de latín. Ello me permitió enterarme por Herger de los hechos que acontecieron. Herger era un joven guerrero muy alegre. En apariencia hallaba comicidad en todo y especialmente en mi propia depresión por el hecho de tener que viajar con ellos.

Estos nórdicos son, según afirman ellos mismos, los mejores navegantes del mundo y vi en su actitud un gran amor por los mares y el agua. Del barco diré lo siguiente: tenía veinticinco pasos de longitud y un ancho de ocho o algo más y era de excelente construcción, hecho de madera de roble. Era enteramente negro. Contaba con una vela cuadrada de tela y con aparejos de sogas de piel de foca trenzada [2]. El timonel iba en pie sobre una pequeña plataforma junto a la popa y manipulaba un timón fijado a un lado de la nave en el estilo de los romanos. El barco tenía bancos para remeros, pero nunca se empleaban, sino que se dependía más bien de la vela. La proa ostentaba, en lugar de mascarón, la eficie tallada en madera de un feroz monstruo marino, tal como los que se ven en otros veleros nórdicos. Había asimismo una cola en la popa. Sobre el agua la nave era muy estable y resultaba grato navegar en ella, lo que sumado a la confianza de los guerreros me reanimó un poco.

Junto al timonel había un lecho de pieles dispuestas sobre redes y otras pieles para cubrirse. Era el lecho de Buliwyf. Los demás guerreros dormían aquí y allí en cubierta, envueltos también en pieles y yo hice lo mismo.

Viajamos río arriba durante tres días, pasando junto a numerosas poblaciones pequeñas en las orillas. No nos detuvimos frente a ninguna de ellas. Llegamos entonces a otro centro más importante en una curva del Volga. Había allí centenares de personas, así como una ciudad de buen tamaño, y en el centro de ella, un kremlin o fortaleza con paredes de barro, todo ello de dimensiones imponentes. Pregunté a Herger cómo se llamaba aquel lugar.

—Es la ciudad de Bulgar —dijo—, del reino de Saqaliba. Es el kremlin del Yiltawar, rey de los Saqaliva.

—Este es precisamente el monarca ante quien fui enviado como emisario por mi Califa —repliqué yo, y con muchos ruegos solicité que se me permitiera desembarcar para cumplir la misión de mi Califa. Llegué a exigir esto y aun a mostrarme enfadado hasta el punto de que podía osar hacerlo.

La verdad es que los nórdicos no me prestaron atención. Helger se negaba a responder a mis peticiones y exigencias, y por fin se rió en mis mismas barbas y concentró la atención en la navegación del barco. Así, pues, éste pasó de largo frente a la ciudad de Bulgar, tan cerca de la costa, que alcancé a oír los gritos de los mercaderes y el balido

de las ovejas. Estaba, no obstante, indefenso y no podía hacer nada, salvo contemplar el espectáculo frente a mis ojos. Al cabo de una hora también me impidieron hacer esto, por cuanto la ciudad de Bulgar se encuentra, como dije ya, en una curva del río y muy pronto desapareció de mi vista. De tal manera entré y salí de Bulgaria [3].

Transcurrieron ocho días más de navegación, siempre por el Volga. Alrededor de la cuenca del río el terreno era cada vez más montañoso. Llegamos por fin a un brazo del río, llamado por los nórdicos río Oker, y allí tomamos el brazo izquierdo y proseguimos nuestro trayecto diez días más. El aire era frío y el viento fuerte y había aún mucha nieve en el suelo. Hay además extensos bosques en esta región, que los nórdicos llaman Vada.

Llegamos en ese punto a una población de gentes del Norte, Massborg. No era una ciudad, sino un campamento con unas pocas casas de madera, de gran tamaño, según el estilo propio de la región. Esta ciudad vive de las ventas de alimentos a los mercaderes que van y vienen por esta ruta. Dejamos nuestro barco en Massborg y viajamos por tierra a caballo durante dieciocho días. Era ésta una región montañosa y accidentada además de intensamente fría y me sentí muy agotado por los rigores del viaje. Los nórdicos nunca viajan de noche. Tampoco suelen navegar de noche, sino que prefieren atracar su barco al atardecer y esperar hasta el alba antes de reanudar el trayecto.

A pesar de ello se registró un hecho. Durante nuestros viajes la duración de la noche se acortó tanto que no daba tiempo para cocinar siquiera una olla llena de carne. Tuve en verdad la impresión de que tan pronto como me tendía a dormir me despertaban los nórdicos para decirme: «Vamos, es ya de día; debemos proseguir el viaje.» Tampoco era el sueño muy reparador en estos fríos lugares.

Me explicó asimismo Herger que en estas regiones del Norte el día es largo durante el verano y la noche muy larga durante el invierno, y que rara vez son de la misma longitud. Me dijo luego que todas las noches debería buscar la cortina del cielo. Una noche en que hice esto, vi en el cielo luces pálidas y arrasadas, de color verde y amarillo y a veces azul, que colgaban como un cortinado en las alturas, aunque a los nórdicos no les parece nada extraño.

Debimos viajar a continuación descendiendo desde la región montañosa para internarnos en otra de bosques. Los bosques de las tierras nórdicas son fríos y espesos, con árboles gigantescos. Es una tierra húmeda y fría y en algunos puntos tan verde que los ojos duelen a causa de la intensidad del color. En cambio en otros puntos es negra, sombría y amenazadora.

Viajamos durante siete días más a través de los bosques y debimos soportar mucha lluvia. Con frecuencia es típico de esta lluvia caer de forma tan copiosa que resulta opresiva. En algunos momentos llegué a temer ahogarme, por estar el aire tan impregnado de agua. En otros, cuando el viento soplaba la lluvia, ésta era como una tormenta de arena que hace arder la piel y los ojos y a la vez enceguece [4].

Estos nórdicos no temían a los salteadores en los bosques, y ya fuese porque eran tan vigorosos o bien porque no había bandidos, la verdad es que nunca nos sorprendió ninguno. La región del Norte está muy despoblada, o por lo menos tal fue mi impresión durante mis viajes por ella. Con frecuencia solíamos viajar de siete a diez días sin encontrar una población, hacienda o vivienda.

Viajábamos de la siguiente manera: Por la mañana nos levantábamos y por no poder haber hecho nuestras abluciones, montábamos a caballo y cabalgábamos hasta mediodía. Entonces uno u otro de los guerreros cazaba algún animal pequeño o bien un ave. Si llovía, se consumía este alimento sin cocer. Llovía muy a menudo y al principio me negué a comer carne cruda, que por otra parte no había sido sacrificada según los ritos o *dabah*, pero pasado algún tiempo opté por comer con el resto, y por decir en voz

baja «en nombre de Dios» con la esperanza de que Dios comprendiera el trance en que me veía. Cuando no llovía, se encendía el fuego con una pequeña brasa encendida que llevaba el grupo y se cocinaba el alimento. Comíamos además moras y hierbas cuyos nombres ignoro. A continuación viajábamos el resto del día hasta llegada la noche, cuando volvíamos a descansar y a comer.
Muchas veces llovía durante la noche y buscábamos refugio debajo de los enormes árboles, pero a pesar de ello nos levantábamos empapados, con nuestras pieles igualmente empapadas. Los nórdicos nunca se quejaban, ya que de verdad que son alegres en todo momento. Sólo yo me quejaba, y mucho. No me prestaban atención.
Por fin dije una vez a Herger:
—La lluvia es fría.
Esto le hizo reír.
—¿Cómo puede ser fría la lluvia? —dijo—. Eres tú quien tiene frío, además de sentirte infeliz. La lluvia no es fría ni infeliz.
Vi que creía en esta tonta afirmación y que me creía tonto por creer lo contrario. Sin embargo, yo opinaba así.
Una noche, mientras estábamos comiendo, dije al comer algo: «En nombre de Dios», y Buliwyf preguntó a Herger qué había dicho yo. Le dije a Herger que era mi creencia que hay que consagrar el alimento y que por ello lo hacía siguiendo mis convicciones. Buliwyf me preguntó entonces:
—¿Es ésta la costumbre de los árabes? Herger actuó como traductor. Repuse entonces:
—No, la verdad es que quien mata al animal debe encargarse de consagrar la comida. Digo estas palabras para no olvidar esto [5].
Los nórdicos hallaron cómico mi comentario. Rieron de buena gana. Buliwyf me dijo entonces:
—¿Sabes dibujar sonidos?
No comprendí bien qué quería decir y le pregunté a Herger, y después de hablar un poco más me di cuenta finalmente que se refería a la escritura. Los nórdicos llaman al discurso de los árabes ruido o sonido. Repliqué a Buliwyf que sabía escribir y también leer.
Me indicó que escribiera algo en el suelo. Bajo la luz de la hoguera, tomé un palo y escribí: «Alabado sea Dios».
Todos los nórdicos contemplaron la escritura. Me dijeron que leyera lo que decía, cosa que hice. Buliwyf se quedó entonces mirando largo rato la escritura con la cabeza hundida en el pecho.
Herger quiso saber:
—¿A qué Dios alabas?
Repuse que alababa al único Dios, cuyo nombre era Alá.
—Un solo dios no puede ser suficiente —objetó Herger.
Viajamos un día más y pasamos otra noche y otro día. Y la noche siguiente Buliwyf tomó un palo y dibujó en la tierra lo que yo había dibujado antes y me mandó que leyera.
Pronuncié las palabras en voz alta:
—Alabado sea Dios.
Al oír esto, Buliwyf quedó satisfecho y vi que me había impuesto una prueba, al memorizar los signos que yo había trazado y volvérmelos a mostrar.
A su vez Etchgow, lugarteniente o capitán de Buliwyf y un guerrero menos alegre que los otros, un hombre severo, más bien, me habló por intermedio del intérprete Herger, quien me dijo:
—Etchgow quiere saber si sabes trazar el sonido de su nombre.

Respondí afirmativamente y, tomando el palo, comencé a hacer trazos en el polvo. Inmediatamente Etchgow se levantó de un salto, me arrebató el palo y pisoteó mi escritura a la vez que gritaba algo enojado.
—Etchgow no desea que dibujes su nombre nunca y debes prometérselo —me dijo Herger.
Me quedé perplejo al ver que Etchgow estaba sumamente enfadado conmigo. También estaban enfadados los otros y me miraban con aprensión e ira. Prometí a Herger no dibujar el nombre de Etchgow ni el de ninguno de los otros. Al oír esto todos expresaron alivio.
No volvió a discutirse mi escritura después de este episodio, pero Buliwyf dio ciertas instrucciones y cada vez que llovía me conducían junto al árbol más grande del lugar y me daban más alimento que antes.
No siempre dormíamos en los bosques ni tampoco los atravesábamos. En el límite de algunos de ellos Buliwyf y otros se internaban con entusiasmo, cabalgando al galope en medio de los árboles espesos, sin preocuparse por nada ni mostrar el menor asomo de temor. En otros casos, frente a otros bosques, se detenía y vacilaba y los guerreros desmontaban, encendían una hoguera y ofrendaban algún tributo de alimento o bien unas pocas hogazas de pan duro o, en fin, un trozo de paño, antes de proseguir el camino. Por último, solían cabalgar por el borde de algunos de los bosques sin internarse en ellos.
Pregunté a Herger la razón de esta actitud. Herger me dijo que algunos bosques eran seguros y otros no, pero no me dio más explicaciones. Le pregunté entonces:
—¿Qué peligros hay en los bosques que hagan a éstos peligrosos?
—Hay cosas que no pueden conquistar los seres humanos, ni matar ninguna espada, ni quemar ningún fuego, y tales cosas se encuentran en los bosques.
—¿Cómo se sabe esto?
Al oír esta pregunta Herger se echó a reír y dijo:
—Ustedes los árabes siempre quieren tener razones para todo. Tienen en el corazón una gran bolsa repleta de razones.
—¿Y a ti no te interesan las razones? —pregunté a mi vez.
—No sirven para nada. Nosotros decimos que «un hombre debe ser moderado, pero no excesivamente sabio», para no correr el riesgo de conocer su destino de antemano. El hombre cuya mente está más libre de cuidados es el que no conoce su destino por anticipado.
Vi entonces que debía conformarme con aquella respuesta. Era verdad, en efecto, que en alguna ocasión, cuando yo formulaba algún tipo de pregunta y Herger la contestaba, si yo no comprendía la respuesta, le hacía otras preguntas a las cuales él volvía a responder. Otras veces, en cambio, al preguntarle algo, me replicaba de forma lacónica, como si mi pregunta no tuviera peso. En estos casos no conseguía arrancarle nada más, salvo un movimiento de cabeza.
En aquel punto reanudamos el viaje. En verdad debo decir que algunos de los bosques de aquellas tierras agrestes del Norte provocan una sensación de temor que no acierto a explicar. Por la noche, sentados alrededor del fuego, los nórdicos contaban historias de dragones y de bestias feroces y también de sus antepasados, quienes habían matado a estos seres. Ellos eran, según afirmaban, la causa de mi temor, a pesar de que las contaban sin temor aparente. En cuanto a los animales que describían, nunca los vi con mis propios ojos.
Una noche oí unos gruñidos que confundí con el rumor del trueno, pero ellos me dijeron que era el grito de un dragón en el bosque. No sé cuál es la verdad, así que transmito tan sólo lo que me dijeron.

La región del Norte es fría y húmeda y rara vez se deja ver el sol, ya que el cielo está siempre gris y cubierto de espesas nubes durante el día. Las gentes de la región son pálidas como el lino y tienen el pelo muy rubio. Después de muchos días de marcha no vi ya a nadie moreno y de verdad que los habitantes de dicha región me miraban con asombro por mil piel atezada y mi pelo oscuro. Muchas veces se acercaba a mí un granjero, su mujer o su hija para tocarme con un gesto acariciante. Herger reía y decía que querían borrarme el color por suponer que lo llevaba pintado sobre la piel. Son gente muy ignorante, sin conocimiento de la gran amplitud del mundo. En muchas oportunidades evidenciaban temerme y no osaban acercárseme mucho. En un lugar cuyo nombre no conozco, un niño dio un grito de terror y huyó a aferrarse a su madre cuando me vio.

Al ver esto los guerreros de Buliwyf lanzaron grandes risotadas de regocijo, pero pude observar lo siguiente: con el correr de los días, los guerreros de Buliwyf dejaron de reír y se mostraron cada vez más malhumorados. Herger me confió que estaban pensando en la bebida que les faltaba desde hacía muchos días. En cada hacienda o vivienda, Buliwyf y sus guerreros pedían bebida alcohólica, pero en estos lugares de gente pobre era frecuente que no la hubiese, ante lo cual se mostraban profundamente desilusionados, al punto que por fin desapareció toda su alegría.

Un día llegamos a una aldea donde los guerreros hallaron bebida y todos se embriagaron rápidamente, bebiendo con desenfreno y con tal avidez que no les preocupaba que el líquido se les derramase por las barbas y las ropas, tan apresurados estaban. En verdad, un miembro del grupo, el solemne guerrero Etchgow se enloqueció tanto con la bebida que cuando montó estaba aún ebrio y cayó del caballo al intentar bajar de él. El caballo le dio una coz en la cabeza

v yo temí por la vida del hombre, pero Etchgow lanzó una carcajada y a su vez dio una patada al caballo.

Nos quedamos en esta aldea por el espacio de dos días. Me sentí muy asombrado de esto, por cuanto los guerreros habían mostrado hasta entonces mucho empeño y prisa en la prosecución del viaje. Ahora, en cambio, renunciaban a todo para beber y dormir luego bajo los efectos de la embriaguez. El tercer día Buliwyf dispuso que emprendiéramos la marcha, y los guerreros y yo proseguimos nuestro camino, sin que ellos hallaran nada extraño en la pérdida de dos días.

No estoy muy seguro de cuántos días más viajamos. Sé que en cinco ocasiones cambiamos caballos, pagando por los nuevos con oro y con los pequeños caracoles verdes que los nórdicos parecían apreciar mucho más que ningún otro objeto en el mundo. Y, por fin, llegamos a una aldea llamada Lenneborg, junto al mar. El mar estaba gris y también el cielo, y había un aire frío y cortante. En aquel lugar volvimos a embarcarnos.

El aspecto de este barco era semejante al del anterior, aunque era de mayor tamaño. Los nórdicos le habían dado el nombre de *Hlosbokun*, que significa «chivo marino», porque el barco en cuestión se encabritaba sobre las olas como se encabritan los chivos. Otra razón para tal nombre era que el barco era rápido y para esta gente el macho cobrío es el animal que simboliza la velocidad.

Tenía miedo de aventurarme en el mar porque el agua estaba agitada y muy fría. Una mano introducida en ese mar se habría entumecido al instante, tanto frío hacía. A pesar de todo ello los nórdicos estaban alegres y hacían chistes y bebían por la noche en aquella aldea costera de Lenneborg, trabando relaciones con muchas de las mujeres y las muchachas esclavas. Esta era, según me contaron, la costumbre entre los nórdicos antes de emprender un viaje por mar, ya que nadie sabe si habrá de sobrevivir al viaje y por tanto parte en medio de festejos exagerados.

En todas partes nos recibieron con gran hospitalidad, lo cual se consideraba una gran virtud entre esta gente. El más pobre de los granjeros nos ofrecía todo lo que poseía y lo hacía sin temor de que le robáramos o matáramos, sino más bien por bondad y generosidad. Los nórdicos, según me enteré, no permiten a miembros de su raza robar ni matar, y tratan con gran dureza a quienes lo hacen. Mantienen estas creencias a pesar de que la realidad observada entre ellos es que están siempre peleando y ebrios como animales sin razón y matándose mutuamente en duelos feroces. Sin embargo, no consideran esto como matar, y a cualquier hombre que mate, lo matarán.

Asimismo tratan a sus esclavos con gran bondad, cosa que me maravilló [6]. Cuando un esclavo enferma o bien muere en algún accidente, ello no es considerado una gran pérdida y las esclavas deben estar preparadas en cualquier momento para que las someta cualquier hombre en cualquier momento del día o de la noche en público o a solas. No hay afecto hacia los esclavos, pero tampoco se observa brutalidad hacia ellos y siempre son vestidos y alimentados por sus amos.

Me enteré de algo más. Cualquier hombre puede tener relaciones sexuales con una esclava, pero en cambio la mujer del más humilde campesino es respetada por los jefes y los nobles entre los nórdicos, de la misma manera que respetan a sus propias mujeres. Asediar a una mujer libre que no tiene condición de esclava es un delito, y me dijeron que podrían colgar a un hombre por ello, aunque yo nunca vi que lo hicieran.

Se considera una gran virtud la castidad entre las mujeres, pero en pocos casos vi que se practicara, pues el adulterio no es considerado como de gran importancia, y si la mujer de cualquiera, de rango elevado o bajo, es de naturaleza lasciva, las consecuencias de ello no se consideran graves. Esta gente es muy liberal en estas cuestiones y los hombres del Norte afirman que las mujeres son tortuosas y no conviene confiar en ellas. Parecen estar muy resignados a este hecho y aluden a él con su habitual aire alegre.

Pregunté a Herger si era casado y me dijo que tenía mujer. Con la mayor discreción le pregunté luego si era casta. Se rió abiertamente de mi pregunta y me dijo:

—Yo navego por los mares y aun puedo no regresar, o bien estar ausente muchos años. Mi mujer no está muerta.

De esto deduje que su mujer le era infiel y que a él no le importaba.

Los nórdicos no consideran a ningún hijo un bastardo si su madre es casada. Los hijos de las esclavas son, a veces, esclavos y, otras, libres. Cómo se decide esto no lo sé.

En algunas regiones se marca a los esclavos con un corte en la oreja. En otras, los esclavos llevan un collar de hierro para señalar su condición. En otras, los esclavos no llevan marcas distintivas, siguiendo con ello una costumbre local.

La pederastía es desconocida entre los nórdicos, si bien dicen que otros pueblos la practican. Ellos mismos afirman no preocuparse por esta costumbre, y como no se practica entre ellos, no prevén castigo para ella.

Todo esto y más aprendí en el curso de mis conversaciones con Herger y mediante la observación mientras mi grupo viajaba. Vi asimismo que en cada lugar donde nos deteníamos la gente preguntaba a Buliwyf qué misión le llevaba y que cuándo se informaban de la naturaleza de dicha misión, algo que yo no comprendía por el momento, él, sus guerreros y también yo éramos tratados con el mayor respeto, recibiendo sus plegarias, sacrificios y prendas de buenos deseos.

En el mar, como dije, los nórdicos se vuelven alegres y exuberantes, aun cuando el océano esté agitado y peligroso, para mi gusto y también para mi estómago, en el cual tenía una sensación sumamente desagradable y agitada. La verdad es que sufrí vómitos y luego pregunté a Herger por qué estaban todos tan felices.

—Es porque pronto estaremos en la tierra de Buliwyf, en el lugar llamado Yatlam, donde viven su padre, su madre y toda su familia, a quienes no ve desde hace largos años.
A esto repliqué:
—¿No vamos, entonces, a la tierra de Wulfgar?
—Sí —repuso Herger—, pero es de rigor que Buliwyf rinda homenaje a su padre y a su madre.
Por los rostros de todos los otros señores, nobles y guerreros, vi que estaban tan contentos como el mismo Buliwyf. Pregunté a Herger el motivo de ello.
—Buliwyf es nuestro jefe, y nos sentimos felices por él y por el poder que tendrá muy pronto.
Quise saber en qué consistía aquel poder de que hablaba.
—Es el poder de Runding —repuso Herger.
—¿Y qué poder es ese?
—El poder de los antepasados, el poder de los gigantes.
Los nórdicos creen que en épocas pasadas el mundo estaba poblado por una raza de hombres gigantescos que posteriormente desaparecieron. No se consideran descendientes de estos gigantes, aunque han recibido algunos de los poderes que ellos poseían, por un proceso que no comprendo muy bien. Estos paganos creen asimismo en muchos dioses que también son gigantes y también tienen mucho poder. Los gigantes de quienes hablaba Herger, en cambio, eran hombres, no dioses, o por lo menos tuve esa impresión.
La noche que desembarcamos sobre una costa rocosa con piedras del tamaño del puño de un hombre, Buliwyf acampó allí con sus hombres y toda la noche bebieron y cantaron alrededor de la fogata. Herger participó de la celebración y no tuvo la paciencia de explicarme el significado de los cantos, de modo que no puedo decir qué decían en ellos, aparte de que se sentían muy felices. Al día siguiente llegarían a la casa de Buliwyf, la tierra llamada Yatlam.
Partimos con las primeras luces del alba y hacía tanto frío que me dolían los huesos y tenía el cuerpo magullado por la playa rocosa, zarpamos con un mar enfurecido y un viento arrollador. Navegamos toda la mañana y durante este período el entusiasmo de los hombres se intensificó al punto que se volvieron como niños o como mujeres. Para mí era motivo de asombro ver a estos hombres enormes y musculosos reír y chillar como un harén del Califa. Ellos, en cambio, no hallaban nada poco varonil en esta conducta.
Había un cabo, un saliente de roca gris sobre el mar, también gris, y más lejos de aquel punto, me dijo Herger, estaba la ciudad de Yatlam. Me esforcé por ver esta famosa tierra de Buliwyf cuando el barco de los nórdicos dobló el cabo. Los guerreros reían y lanzaban ovaciones estruendosas y adiviné que se cambiaban muchos chistes groseros y se formulaban planes para tomar a las mujeres cuando desembarcaran.
Hubo entonces un olor a humo sobre el mar y vimos el humo y todos los hombres callaron. Al doblar el cabo pude ver con mis propios ojos que la ciudad estaba en llamas y cubierta de olas de humo negro. No había signos de vida.
Buliwyf y sus guerreros desembarcaron y recorrieron la ciudad de Yatlam. Había cadáveres de hombres y mujeres y niños, algunos consumidos por las llamas, otros destrozados por espadas, una gran cantidad de cadáveres. Buliwyf y sus guerreros no dijeron nada y aun en estas circunstancias no hubo muestras de pesar, llanto o congoja. Nunca he visto ninguna raza que acepte la muerte como los nórdicos. Yo mismo me sentí horrorizado ante este espectáculo, pero ellos, aparentemente, no.
Por fin dije a Herger:

—¿Quiénes hicieron esto?
Herger señaló el interior, los bosques y colinas más retiradas del océano gris. Había niebla sobre estos
bosques. Sin hablar, Herger señaló en esa dirección. Le pregunté:
—¿Fueron las nieblas?
Y él repuso:
—No preguntes más. Lo sabrás antes de lo que habrías deseado.
A continuación sucedió lo siguiente. Buliwyf entró en una casa quemada y humeante y volvió a nosotros con una espada en la mano. Era una espada grande y pesada y tan caliente por culpa del fuego que la llevaba con un trozo de tela envuelto en el pomo. En verdad era la espada más grande que había visto yo en toda mi vida. Tenía la longitud de mi propio cuerpo y una hoja aplanada y tan ancha como dos palmos. Tan grande y pesada era que aun Buliwyf jadeaba al llevarla. Pregunté a Herger acerca de la espada y él respondió:
—Es Runding.
Luego Buliwyf ordenó embarcarse a todo su contingente de hombres y volvimos a zarpar. Nadie de los guerreros dirigió una mirada hacia la ciudad incendiada de Yatlam. Sólo yo hice esto y vi las ruinas humeantes y más lejos la niebla en las colinas.

[1] Wulfgar permaneció en tierra. Jensen manifiesta que los nórdicos acostumbran retener al mensajero como rehén y es por ello que los «mensajeros apropiados eran hijos de reyes o de nobles de gran alcurnia, o bien otras personas que tuviesen algún valor en su comunidad, lo cual los hacía rehenes importantes». Olaf Jorgensen afirma que Wulfgar se quedó porque tenía miedo de regresar.

[2] Algunos de los autores más antiguos consideraban, según parece, que esto significaba que la vela estaba bordeada con sogas. Existen dibujos del siglo XVIII que ilustran estas velas de los vikingos con bordes de cuerda. No hay pruebas de que éste haya sido el caso. Ibn Fadlan quería decir que las velas estaban aparejadas en la acepción náutica del término, es decir, colocadas en el ángulo requerido para recibir mejor el viento, mediante el uso de cuerdas de piel de foca como cables.

[3] Es probable que el lector se encuentre en este momento enteramente confundido en cuanto a la geografía. La Bulgaria de hoy es uno de los Estados balcanes, limitada por Grecia, Yugoslavia, Rumania y Turquía. En cambio, entre los siglos IX y XV hubo otra Bulgaria, sobre las márgenes del Volga, aproximadamente seiscientos kilómetros al Sur de Moscú. Era a este país hacia donde debía dirigirse Ibn Fadlan. La Bulgaria sobre el Volga era un reino muy disperso, aunque de cierta importancia, y su ciudad capital, Bulgar, era famosa y rica cuando la ocuparon los mogoles en el año 1237. Se cree que la Bulgaria del Volga y la Bulgaria balcánica estaban pobladas por grupos de inmigrantes de un mismo origen que abandonaron la región próxima al mar Negro entre los años 400 y 600 de la Era Cristiana, aunque no se sabe nada concreto. La vieja ciudad de Bulgar se encuentra en la región de Kazan de hoy.

[4] Por provenir de una región desértica, era natural que Ibn Fadlan se sintiera impresionado por los opulentos tonos verdes y por la lluvia abundante.

[5] Este es un sentimiento típicamente musulmán. En contraste con el cristianismo, religión a la que se asemeja en muchos aspectos, el islamismo no subraya un sentido del pecado original surgido de la caída del hombre. El pecado, para un musulmán, consiste en olvidar cumplir los ritos diarios prescritos por la religión. Como corolario, es más grave olvidar del todo el rito que recordarlo y no cumplirlo, ya sea por circunstancias atenuantes, o bien por imposibilidad personal de hacerlo. Así, pues, Ibn Fadlan dice, en efecto, que tiene presente la conducta adecuada, aun cuando no está actuando conforme con ella. Esto es mejor que nada.

[6] Otros testigos presenciales no concuerdan con la descripción hecha por Ibn Fadlan del tratamiento de los esclavos y del adulterio y por tanto ciertas autoridades ponen en tela de juicio su confiabilidad como observador social. En realidad se registraban, probablemente, grandes variantes entre una tribu y otra en cuanto al tratamiento aceptado de los esclavos y de las esposas infieles.

EL CAMPAMENTO DE TRELBURG

Por espacio de dos días navegamos a lo largo de una costa llana, entre numerosas islas que conforman la tierra de Dans y por fjn llegamos a una región de ciénagas con una red de riachuelos que desembocaban en el mar. Estos ríos no tienen nombre, sino que cada uno de ellos es llamado «wyk» y la gente que habita sobre ellos son llamados «wykings», que significa para los nórdicos los guerreros, o vikingos, que navegan río arriba con sus barcos y atacan las poblaciones por este medio [1].

Ahora bien, en aquella región pantanosa nos detuvimos en un punto llamado Trelburg que me dejó maravillado. No se trata de una ciudad, sino más bien de un campamento militar, poblado por guerreros y unas pocas mujeres y niños. Las defensas de este fuerte están construidas de forma esmerada y con la calidad artesanal de los romanos.

Trelburg se encuentra en la confluencia de dos riachuelos que desembocan en el mar. La parte principal de la ciudad está rodeada por un muro circular de barro cuya altura equivale a la de cinco hombres en pie el uno sobre el otro. Sobre este círculo de barro se levanta un cerco de madera para mayor protección. Fuera del círculo hay un foso lleno de agua cuya profundidad ignoro.

Estas obras de barro son de una construcción excelente y de una simetría y perfección que rivaliza con todo Ío conocido por nosotros. Hay más aún: en el sector de la ciudad que mira hacia tierra firme hay un segundo semicírculo o muro alto con otro foso exterior.

La ciudad misma se encuentra dentro del círculo interior, que tiene cuatro puertas sobre los cuatro puntos cardinales de la tierra. Cada puerta es de roble sólido con pesados herrajes de hierro y cuenta con numerosos centinelas. Muchos centinelas se pasean también por lo alto del muro y vigilan día y noche.

Dentro de la ciudad hay dieciséis viviendas de madera, todas iguales. Son casas alargadas, según las califican los nórdicos, con paredes que se curvan hacia dentro y les dan el aspecto de botes colocados con la abertura hacia abajo a los cuales les hubiesen cortado los dos extremos. Están dispuestas de la siguiente manera: cuatro casas largas situadas con precisión para formar un cuadrado. Hay cuatro de estos cuadrados, o sea, dieciséis casas en total [2] .

Cada una de estas casas largas cuenta con un único acceso y ninguna de ellas tiene este acceso de manera que sea visible desde los otros. Pregunté la causa de ello y Herger me dijo:

—Si atacan el campamento, los hombres deben correr a las defensas y las puertas de salida están distribuidas de tal manera que los hombres pueden correr sin atropellarse ni confundirse. Por el contrario, cada uno de ellos puede llegar con toda libertad a su puesto de defensa.

Ocurre, pues, que dentro de cada cuadrado una casa tiene una puerta sobre el Norte; la siguiente, una puerta sobre el Este; la que sigue, una puerta sobre el Sur, y la última, una puerta sobre el Oeste. Lo mismo sucede en cada uno de los otros cuadrados.

Vi luego que a pesar de ser los nórdicos hombres de gran talla, las puertas son tan bajas que aun yo debo inclinarme mucho para entrar en las casas. Cuando le pregunté acerca de esto a Herger, repuso:

—Si nos atacan, un guerrero solo tiene que permanecer dentro de la casa y cortar con su espada la cabeza de todos los que intentan entrar. Las puertas son tan bajas que las cabezas quedan debidamente inclinadas para decapitarlas.

En verdad comprobé que desde todo punto de vista Trelburg era una ciudad construida con fines de actividad bélica y defensa. No había ningún comercio en ella, como señalé ya. Dentro de las casas largas hay tres secciones o cuartos, cada uno de ellos con una

puerta. El más grande es el del centro, que es al mismo tiempo un lugar dotado de un pozo para quemar desperdicios.
Vi seguidamente que la gente de Trelburg no era como los demás nórdicos a lo largo del Volga. Esta era gente muy limpia para pertenecer a la raza. Se lavaba en el río y hacía sus necesidades fuera de las casas. En todo eran, en fin, muy superiores a los grupos que había conocido hasta entonces. Diré, sin embargo, que no son verdaderamente limpios, salvo en términos comparativos.
La sociedad en Trelburg está compuesta en su mayoría por hombres, y las mujeres son todas esclavas. No hay esposas entre estas mujeres y todas las que hay allí son tomadas con toda libertad según los deseos de los hombres. Los habitantes de Trelburg se alimentan con pescado y un poco de pan. No hacen agricultura ni cultivos, a pesar de que la tierra húmeda que rodea la ciudad es apropiada para ello. Pregunté a Herger por qué no había agricultura y me dijo:
—Estos son guerreros. No labran la tierra.
Buliwyf y su contingente fueron recibidos con amabilidad por los jefes de Trelburg, que son varios, el principal de ellos, uno llamado Sagard. Sagard es un hombre fuerte y valeroso, casi tan grande como Buliwyf.
Durante el banquete de la noche, Sagard preguntó si Buliwyf tenía una misión, así como el motivo de sus viajes. Y Buliwyf le informó acerca de la petición de Wulfgar. Herger me tradujo todo, aunque en verdad habia pasado ya bastante tiempo entre estas gentes como para haber aprendido unas cuantas palabras en su idioma. He aquí la esencia de la conversación entre Sagard y Buliwyf.
Sagard habló en los siguientes términos:
—Es sensato de parte de Wulfgar cumplir la misión de mensajero a pesar de ser el hijo del rey Rothgar, ya que varios de los hijos de Rothgar están disputando entre ellos.
Buliwyf le dijo que no se había enterado, o palabras por el estilo. Por mi parte sospeché que no estaba muy sorprendido, aunque en verdad Buliwyf no se sorprendía de nada. Tal era su papel como conductor y héroe entre ellos.
Sagard volvió a hablar:
—Sí, Rothgar tiene cinco hijos y tres fueron asesinados por uno de ellos, Wiglif, un hombre astuto [3] cuyo inspirador en esta empresa es el heraldo del viejo rey. Sólo Wulfgar se ha mantenido fiel y ahora ha partido.
Buliwyf manifestó a Sagard que se alegraba de saber esta noticia, que tendría muy presente, y en este punto la conversación terminó. En ningún momento mostraron Buliwyf o sus guerreros la menor sorpresa ante las palabras de Sagard y de ello inferí que es común que los hijos del rey se maten entre ellos para apoderarse del trono.
También es posible que de tiempo en tiempo un hijo asesine a su padre, el rey, para apoderarse del trono y tampoco se ve en ello nada extraordinario, pues los nórdicos lo consideran semejante a cualquier riña de ebrios registrada entre sus guerreros. Los nórdicos tienen un proverbio que dice: «Cuídate la espalda» y creen que todo hombre debe estar siempre preparado para defenderse, incluyéndose en esto al padre trente a su propio hijo.
Cuando partimos pregunté a Herger por qué había una fortificación adicional en el lado de tierra firme de Trelburg, sin que la hubiera en el lado sobre el mar. Los nórdicos son gente de mar que atacan desde allí. A pesar de este hecho, Herger me explicó:
—Es la tierra de donde proviene el peligro.
Le pregunté entonces:
—¿Por qué es peligrosa la tierra?
Y él repuso:
—Por las nieblas.

En el momento de alejarnos de Trelburg los guerreros se congregaron y golpearon sus escudos con sus lanzas y nos despidieron con gran bullicio al hacerse a la vela nuestro barco. Esto, me dijeron, era para atraer la atención de Odin, uno de sus muchos dioses, de modo que el tal Odin viese con buenos ojos el viaje de Buliwyf y sus doce hombres.
Aprendí esto asimismo: que el número 13 es importante para los nórdicos, porque la luna crece y muere trece veces en el curso de un año, según los cálculos de ellos. Por esta razón, todas sus cuentas de cierto valor deben incluir el número 13. Así, Herger me dijo que el número de casas en Trelburg era de trece más tres, en lugar de decir dieciséis, como habría dicho yo.
Aprendí luego que estos nórdicos tienen la noción de que el año no concuerda con exactitud con los trece pasajes de la luna, y por ello el número trece no es estable ni está fijo en sus mentes. El decimotercer pasaje es considerado mágico y misterioso y Herger dice que «Por ello te eligieron como número trece, por ser un extraño».
La verdad es que estos nórdicos son supersticiosos y no recurren al sentido común, a la razón ni a la ley. A mis ojos aparecían como niños iracundos, pero como estaba entre ellos, callé. No tardé en sentirme satisfecho de mi discreción, cuando se produjeron los hechos siguientes:
Hacía algún tiempo que habíamos zarpado de Trelburg cuando recordé que nunca con anterioridad habían hecho los habitantes de una ciudad aquel ruido con sus escudos en una ceremonia de partida, para invocar a Odin. Se lo comenté, pues, a Herger.
—Es verdad —repuso él—. Hay una razón especial para este llamamiento a Odin, ya que en este momento estamos en el mar de los monstruos.
Hallé que esto era prueba de su superstición. Pregunté si alguno de los guerreros había visto a estos monstruos en alguna oportunidad.
—En verdad todos los hemos visto —dijo él—. ¿De qué otro modo podíamos estar enterados acerca de ellos? —por su tono de voz adiviné que me consideraba un tonto por mi incredulidad.
Pasó un tiempo más y entonces hubo una gran algarabía, en medio de la cual todos los guerreros de Buliwyf se pusieron a señalar al mar, mirando con atención y gritando entre ellos. Pregunté a Herger qué había ocurrido.
—Estamos ya entre los monstruos —dijo, señalando a su vez.
Diré aquí que el océano en esta región es en extremo turbulento. El viento sopla con gran fuerza y vuelve las olas del mar blancas de espuma, escupiendo agua a los rostros de los marinos y mostrándoles falsas imágenes. Me quedé contemplando el mar muchos minutos y no pude ver ningún monstruo. No tenía, por tanto, motivos para creer lo que decían los guerreros.
En aquel momento uno de ellos lanzó un grito, invocando a Odin, un alarido de súplica, repetido muchas veces con el mismo fervor, y vi al monstruo con mis propios ojos. Tenía la forma de una serpiente gigantesca que no levantaba la cabeza fuera del agua. A pesar de ello pude ver cómo enroscaba y agitaba el cuerpo, aparte de que era muy largo y más ancho que el barco de los nórdicos y de color negro. El monstruo marino arrojaba al aire una columna de agua, como una fuente, y luego se hundía y levantaba una cola partida en dos, como la lengua bifurcada de una víbora. Era, no obstante, enorme esta cola y cada una de sus dos secciones era más grande que la copa de una palmera.
Vi en seguida otro monstruo, y otro, y otro. Aparentemente eran cuatro o tal vez seis o siete. Cada uno actuaba lo mismo que los otros, curvándose en el agua, lanzando un chorro y levantando una cola gigantesca partida en dos. Al verlos los nórdicos gritaron a Odin pidiéndole ayuda y no pocos entre ellos cayeron de rodillas sobre cubierta, temblando de terror.

En verdad vi con mis propios ojos a los monstruos marinos que rodeaban nuestro barco en el océano, y después, pasado algún tiempo, se fueron y no volvimos a verlos. Los guerreros de Buliwyf reanudaron sus tareas de maniobra en la embarcación y nadie habló de los monstruos, aunque yo seguí con mucho miedo durante largo rato, y Herger me dijo que tenía la cara tan pálida como la de un nórdico. A continuación dijo riendo:
—¿Y qué dice Alá de todo esto?
No supe qué contestarle [4] .
Ya de noche desembarcamos y encendimos una fogata. Pregunté a Herger si los monstruos marinos solían atacar a los barcos en alta mar y, de hacerlo, cómo lo hacían, pues no había podido ver la cabeza de ninguno de estos monstruos.
Herger por toda respuesta llamó a Etchgow, uno de los nobles y lugartenientes de Buliwyf. Etchgow era un guerrero solemne que nunca se mostraba alegre, salvo cuando estaba ebrio. Herger manifestó que había estado a bordo de un barco atacado. Etchgow, por su parte, me dijo lo siguiente: «...que los monstruos marinos eran más grandes que nada existente en la superficie de la tierra y más grandes que ningún barco sobre el mar, y que cuando atacan pasan por debajo de la embarcación y la levantan por los aires y la apartan a un lado como si fuera un trozo de madera, para aplastarla por fin con la cola bifurcada. Etchgow me dijo que su barco había tenido treinta hombres a bordo y que sólo él y dos más sobrevivieron por la gracia de los dioses.» Etchgow hablaba con un tono normal, lo cual para él era bastante serio, y consideré que decía la verdad.
También me contó Etchgow que los nórdicos saben que los monstruos atacan a los barcos porque quieren copular con ellos, por suponer erróneamente que éstos son de su misma especie. Por esta razón los nórdicos no construyen sus barcos de un tamaño excesivo.
Herger me dijo que Etchgow es un gran guerrero, afamado en la batalla, y que es necesario creer todo lo que dice.
Durante los dos días subsiguientes navegamos entre las islas de la tierra danesa y en el tercero atravesamos un estrecho. Allí temí ver mayor cantidad de monstruos marinos, pero no vimos ninguno y por fin llegamos a un territorio llamado Venden. Estas tierras de Venden son montañosas e impresionantes y los hombres de Buliwyf se aproximaron a ellas con cierta aprensión, después de haber sacrificado una gallina, que arrojaron al mar del siguiente modo: primero arrojaron la cabeza desde la proa, y después arrojaron el cuerpo por la popa, junto al timonel.
No nos detuvimos en esta nueva tierra de Venden, sino que navegamos siguiendo la costa, hasta que por fin llegamos al reino de Rothgar. Mi primera impresión fue la siguiente: Muy alta sobre un acantilado, dominando un mar gris y violento, había una construcción inmensa de madera, sólida e imponente. Dije a Herger que era un espectáculo magnífico, pero éste y todos sus compañeros, encabezados por Buliwyf, no hacían más que lamentarse y agitar la cabeza. Pregunté a Herger el motivo de ello y me dijo:
—Rothgar es llamado Rothgar el Vanidoso, y este gran edificio es el sello de un hombre vanidoso.
—¿Por qué dices eso? —pregunté—. ¿Por sus dimensiones y esplendor? —en verdad, a medida que nos aproximábamos, vi que la gran construcción estaba ricamente ornamentada con relieves y adornos de plata que relucían desde lejos.
—No —repuso Herger—. Digo que Rothgar es vanidoso por el lugar donde ha situado su población. Desafía a los dioses a que le derriben y pretende ser más que un simple hombre, y por ello es castigado.
Nunca vi una fortaleza más inexpugnable; de modo que comenté a Herger:
—No es posible atacar esto. ¿Cómo podrían derribar a Rothgar?

Herger se rió de mí antes de responder:
—Ustedes los árabes son increíblemente tontos y no saben nada de las cosas de este mundo. Rothgar merece el infortunio que ha caído sobre él y sólo nosotros podremos salvarlo si acaso es posible.
Estas palabras me intrigaron más aún. Miré a Etchgow, el lugarteniente de Buliwyf, y vi que estaba en pie en el barco y que ponía cara de valiente, a pesar de que le temblaban las rodillas. Y no era la violencia del viento lo que las hacía temblar. Tenía miedo. Todos tenían miedo. Y yo ignoraba el motivo.

[1] Hay opiniones encontradas entre los eruditos modernos en cuanto al origen del término «vikingo», pero la mayoría se muestra de acuerdo con Ibn Fadlan en cuanto a que proviene de «vik», o sea arroyo o riachuelo.

[2] La exactitud de los datos de Ibn Fadlan han sido confirmados por hallazgos arqueológicos concretos. En 1968 se excavó la base militar de Trelleborg, en el Oeste de la Zelandia, en Dinamarca. Este lugar corresponde exactamente a la descripción hecha por Ibn Fadlan en cuanto a dimensiones, características y estructura de la población.

[3] Literalmente, «hombre de dos manos». Como se verá claramente más adelante, los nórdicos eran ambidiestros en la lucha, y la capacidad de cambiar de mano las armas era considerada como algo admirable. Así, pues, un hombre ambidiestro es astuto. En seguida se agregó una connotación parecida a la palabra «cambiante», que actualmente significa embustero y evasivo, pero con anterioridad tenía un sentido positivo de «lleno de recursos, lleno de maniobras».

[4] Esta descripción de lo que era sin duda un grupo de ballenas es discutida por muchos expertos. Aparece en el manuscrito de Razi tal como se reproduce aquí, pero en la traducción de Sjögren es mucho más breve y en ella aparecen los nórdicos como haciendo objeto de una broma muy complicada al árabe. Los nórdicos conocían las ballenas y las distinguían de los monstruos marinos, según Sjögren. Otros eruditos, incluso Hassan, dudan que Ibn Fadlan pueda haber ignorado la existencia de la ballena, como parece ser el caso aquí.

EL REINO DE ROTHGAR EN LA TIERRA DE VENDEN

El barco había amarrado a la hora de las plegarias de mediodía y pedí perdón a Alá por no haber hecho la súplica. La verdad es que no había podido rezar en presencia de los nórdicos, por considerar ellos que mis plegarias eran una maldición, y por tanto haberme amenazado de muerte si rezaba en presencia de ellos.
Cada uno de los guerreros a bordo vistió la ropa de batalla, que consistía en las prendas siguientes: primero botas y polainas de lana áspera, y sobre esto un largo gabán de gruesa piel que les llegaba a las rodillas. Sobre este gabán se colocaron cotas de malla que todos tenían salvo yo. Después de esto cada hombre tomó su espada y se la ajustó al cinturón, tomó su escudo blanco de cuero y su lanza, se colocó un casco de metal o de cuero en la cabeza [1] y todos quedaron vestidos del mismo modo, salvo Buliwyf, que era el único que llevaba la espada en la mano por su gran tamaño.
Los guerreros observaron la gran fortaleza de Rothgar, se maravillaron ante el techado resplandeciente y la calidad de la artesanía y convinieron en que no había otra como ella en el mundo con sus altos techos inclinados y sus ricas tallas. Con todo no evidenciaban respeto en sus comentarios.
Por fin desembarcamos y avanzamos por un camino pavimentado con piedras hasta la gran fortaleza. El golpear de las espadas y el choque de las cotas de malla hacían considerable ruido. Cuando hubimos recorrido una corta distancia, vimos junto al camino cabeza cortada de un buey y puesta sobre un palo. La muerte de este animal databa de poco tiempo.
Todos los nórdicos suspiraron y miraron con aire melancólico este portento, que, por el contrario, no me decía nada. Para entonces estaba yo habituado a la costumbre de ellos de matar un animal tan pronto como sentían el menor nerviosismo o eran objeto de la menor alarma. Con todo, aquella cabeza de buey tenía una importancia especial.
Buliwyf paseó la mirada por los campos de propiedad de Rothgar y vio una granja aislada del tipo que suelen verse con frecuencia en estas tierras. Las paredes de la casa eran de madera, unida con una especie de pasta de paja y barro que es necesario reponer después de las lluvias que se registran a menudo. El techo está hecho de paja y madera. Dentro de las casas hay sólo un suelo de tierra apisonada y una chimenea, aparte del estiércol, ya que los granjeros duermen encerrados con sus animales por el calor que les suministran éstos, quemando más tarde el estiércol en sus hogares. Buliwyf dio orden de que entráramos en esta casa y emprendimos, pues, la marcha a través de los campos, que estaban verdes, pero anegados de humedad. Una o dos veces el grupo se detuvo para estudiar el terreno antes de proseguir, pero no hallaron en el suelo nada importante. Por mi parte tampoco advertí nada. A pesar de ello Buliwyf no tardó en ordenar una vez más a su gente que detuviera la marcha y al mismo tiempo señaló la tierra húmeda. Vi entonces, con mis propios ojos, huellas en el suelo; en verdad muchas huellas. Pertenecían a pies mucho más feos y aplanados que nada conocido en la creación. Cada dedo terminaba en la marca hundida de alguna uña o garra curvada, de manera que si bien la forma recordaba la del pie humano, a la vez no era humano. Lo vi con mis propios ojos y apenas pude creer lo que ellos me mostraban.
Al ver esto, Buliwyf y sus guerreros agitaron la cabeza y los oí a todos repetir una y otra vez una palabra: «wendol», «wedlon», o algo semejante. El significado de esa palabra era desconocido para mí e intuí que no correspondía preguntárselo a Herger en aquel momento, porque mostraba tanta aprensión como el resto. Reanudamos la marcha a buen paso hacia la granja, encontrando en cada trecho mayor número de estas huellas con garras en el suelo. Buliwyf y sus guerreros marchaban despacio, pero no lo hacían

por cautela. Ninguno de ellos sacó sus armas. Creo que sentían más bien un temor que no alcanzaba a comprender, pero que al mismo tiempo compartía con ellos.
Por fin llegamos a la hacienda y entramos en la casa. Allí vi con mis propios ojos el siguiente espectáculo: había allí un hombre joven y de proporciones agraciadas cuyo cuerpo había sido descuartizado. Había aquí un torso, allí un brazo, más allá una pierna. La sangre estaba en grandes charcos en el suelo y sobre las paredes, el techo y en cada superficie en tal abundancia que la casa toda parecía haber sido pintada de rojo. Había también una mujer en las mismas condiciones y un niño menor de dos años al que le habían arrancado la cabeza y cuyo cuerpo no era más que un muñón sangriento.
Todo esto vi con mis propios ojos, y era el espectáculo más horroroso que hubiese visto jamás. Tuve vómitos y me quedé desmayado una hora, para volver a vomitar cuando volví en mí.
Nunca comprenderé la manera de ser de los nórdicos, porque mientras yo estaba enfermo de horror, ellos se volvieron tranquilos y fríos frente a aquella carnicería. Contemplaron todo y lo apreciaron con serenidad, discutieron las marcas de garras en los miembros y la forma en que habían desgarrado la carne de las víctimas. Se prestó mucha atención al hecho de que faltaban todas las cabezas. Comentaron asimismo lo más diabólico de todo, un detalle que aún hoy no puedo dejar de recordar sin estremecerme.
El cuerpo del niño había sido mordisqueado por dientes horribles en la región de carnes blandas detrás del muslo y en la del hombro. Este horror también lo vi con mis propios ojos.
Los guerreros de Buliwyf tenían una expresión grave en el rostro y furia en los ojos cuando abandonamos la casa. Siguieron estudiando minuciosamente la tierra blanda alrededor del edificio y notaron que no había huellas de cascos de caballos. Esta fue una observación importante para ellos, aunque a la sazón no comprendí el por qué. Tampoco prestaba mucha atención a nada, por sentirme acongojado y físicamente enfermo.
Al atravesar los campos Etchgow hizo un descubrimiento, que consistió en lo siguiente: un pequeño trozo de piedra, más pequeño que el puño de un ni§o, pulido y tallado de manera primitiva. Todos los guerreros se agruparon para examinarlo y yo entre ellos.
Vi que representaba el torso de una mujer embarazada sin cabeza, brazos o piernas, sólo el torso con su gran abdomen hinchado y más arriba dos mamas voluminosas y caídas [2]. Hallé la imagen sumamente cruda y fea, pero nada más. Por el contrario los nórdicos se mostraron de pronto trémulos y pálidos de terror y las manos les temblaban tanto que por fin Buliwyf dejó caer la figurita al suelo y la destrozó con el pomo de su espada, dejándola hecha mil añicos. Seguidamente varios de los guerreros se sintieron enfermos y vomitaron allí mismo. El horror era unánime y yo no comprendía el motivo de él.
Seguimos entonces el trayecto hacia la gran fortaleza de Rothgar. Nadie habló durante nuestra marcha, que duró cerca de una hora. Todos los nórdicos estaban aparentemente ensimismados, absortos en pensamientos amargos y sobrecogedores, pero a pesar de ello ya no evidenciaban temor.
Finalmente un heraldo a caballo nos salió al encuentro y se cruzó en nuestro camino, impidiéndonos avanzar. Después de observar las armas que llevábamos y el porte del grupo y de Buliwyf, nos gritó una advertencia:
Herger me dijo:
—Desea saber nuestro nombre, y además ahora mismo.
Buliwyf dio una respuesta al heraldo y por el tono adiviné que Buliwyf no estaba de humor para cambiar cortesías. Me dijo Herger entonces:
—Buliwyf está diciéndole que somos subditos del rey Rothgar, con quien queremos hablar.

A poco Herger volvió a traducir:
—Buliwyf dice que Rothgar es un gran rey —pero el tono con que dijo esto expresaba lo opuesto.
Este heraldo nos permitió proseguir la marcha hacia la fortaleza y nos dijo que esperáramos fuera mientras él comunicaba al rey nuestra llegada. Así lo hicimos, a pesar de que Buliwyf y su séquito no estaban satisfechos con semejante acogida. Se oyeron murmullos y quejas, por cuanto está dentro del espíritu de los nórdicos ser hospitalarios y no consideraban una cortesía que les dejaran fuera. A pesar de ello, esperaron y también se quitaron el armamento de lanzas y espadas, pero no sus corazas, dejando todas las armas apoyadas contra los muros de la fortaleza.
El edificio principal de ésta estaba rodeado por otras viviendas, según la costumbre de los nórdicos. Eran construcciones alargadas con paredes curvadas, como en Trelburg, pero su distribución era diferente, pues en este lugar no formaban cuadrados. Tampoco se veían fortificaciones ni murallas de piedra. Por el contrario, desde la gran fortaleza y las casas alargadas junto a ellas bajaba la carretera hasta una planicie extensa y verde en la que había una casa de campesinos aquí y allá, y más lejos, las colinas y el borde del bosque.
Pregunté a Herger de quién eran aquellas casas largas, y me dijo:
—Algunas pertenecen al rey y otras a la familia real y a los nobles, mientras otras son para la servidumbre y para los miembros de menor rango de la corte —añadió que aquél era un lugar muy difícil, y no pude comprender el significado de tal comentario.
Entonces nos permitieron entrar en el gran hall del rey Rothgar, que en verdad afirmo debe ser considerado una de las maravillas del mundo y tanto más por estar en esas primitivas regiones del Norte. La fortaleza es llamada entre los subditos de Rothgar con el nombre de Hurot, pues los nórdicos dan nombres de personas a los objetos de su vida, edificios, barcos y especialmente armas. Ahora diré que este Hurot, la gran fortaleza de Rothgar, era tan grande como el palacio principal de nuestro Califa y su interior tenía ricas incrustaciones de plata y aun algunas de oro, metal que es sumamente raro en el Norte. En todos lados se veían diseños y adornos del mayor esplendor y riqueza de artesanía. Era en verdad un monumento al poder y la majestad del rey Rothgar.
El mismo rey Rothgar estaba sentado en el extremo más distante del gran recinto, un espacio tan vasto que él quedaba muy lejos y apenas alcanzábamos a verle. Detrás y junto a su hombro derecho estaba el mismo heraldo que nos había interceptado. El heraldo hizo un discurso que Herger me tradujo de este modo:
—Aquí, ¡oh rey!, hay una banda de guerreros del reino de Yatlam. Acaban de llegar del mar y su jefe es un hombre llamado Buliwyf. Solicitan tu permiso para que te comuniquen su misión, ¡oh, rey! No les prohibas quedar aquí. Tienen el porte de nobles y por su aspecto su jefe tiene que ser un valiente guerrero. Salúdalos como nobles, ¡oh, rey Rothgar!
Nos dijeron entonces que nos aproximásemos al rey Rothgar.
El rey Rothgar parecía un hombre próximo a la muerte. No era joven, tenía cabellos blancos, una tez muy pálida y el rostro surcado de arrugas de pesar y de temor. Nos miró con aire suspicaz, frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos, o bien quizá estaba casi ciego. No lo sé. Por fin comenzó a hablar lo que Herger me tradujo:
—He oído hablar de este hombre, pues yo envié por él para que cumpliera una misión de héroe. Es Buliwyf y le conocí cuando era un niño, cuando yo viajé a través del mar al reino de Yatlam. Es hijo de Miglac, quien fue entonces mi generoso anfitrión y ahora su hijo viene a mí en medio de mis circunstancias de necesidad y de dolor.
Rothgar dio orden entonces de que se llamara a los guerreros al hall, que se les dieran presentes y que comenzaran los agasajos.

En seguida habló Buliwyf, pronunciando un largo discurso que Herger no me tradujo, ya que mientras hablaba Buliwyf, hablar él mismo habría sido una falta de respeto. Con todo, el sentido era el siguiente: que Buliwyf se había enterado de las dificultades de Rothgar, que lamentaba estas dificultades y que la tierra de su propio padre había sido destruida por las mismas dificultades. Venía, por tanto, a salvar el reino de Rothgar de los males que lo acosaban.

A pesar de todo, no sabía yo bien a qué llamaban males estos nórdicos, o cómo los consideraban, a pesar de haber visto, por mi parte, la obra de las bestias que despedazaban a sus víctimas.

El rey Rothgar volvió a hablar que deseaba decir algo antes de que llegaran sus guerreros y nobles. Dijo lo siguiente, según me contó Herger:

— ¡Oh, Buliwyf!, conocí a tu padre cuando yo era un joven que acababa de subir a mi trono. Ahora soy viejo y tengo el corazón destrozado. Tengo la cabeza agobiada. Mis ojos lloran de vergüenza cuando debo reconocer mi debilidad. Como ves, mi trono es casi un desierto árido. Mis tierras están convirtiéndose en un páramo. Lo que estos demonios han provocado en mi reino no puedo describírtelo. A menudo durante la noche mis guerreros cobran valor con la bebida y juran derribar a los demonios. Pero luego, cuando la tétrica luz del alba avanza por los campos cubiertos de niebla, vemos cuerpos ensangrentados en todas partes. Es tal la tristeza que siento, que no puedo hablar más.

Trajeron un banco y dispusieron la comida delante de nosotros. Pregunté a Herger qué significaba el término «demonios» a los que aludía el rey. Herger se enfadó y me dijo que no debía volver a preguntárselo.

Aquella noche hubo una gran fiesta y el rey Rothgar y la reina Weilevv, vestida con ropas cubiertas de piedras preciosas y de oro, agasajaron a los señores y guerreros y nobles del reino de Rothgar. Estos nobles no formaban un grupo de hombres que causara buena impresión, por ser viejos y beber demasiado, además de que muchos de ellos estaban lisiados o heridos. Había en los ojos de todos ellos la mirada hueca del terror y también su alegría era hueca.

Estaba presente también el hijo llamado Wiglif, de quien he hablado con anterioridad, el hijo de Rothgar que había asesinado a tres de sus hermanos. Este hombre era joven y esbelto, con una barba rubia y ojos que nunca miraban nada con fijeza, sino que pasaban de un objeto a otro sin cesar. Tampoco miraba a nadie a los ojos. Al verlo Herger, dijo:

—Es un zorro.

Esto quería decir, no obstante, que era una persona escurridiza y voluble, de una conducta falsa, ya que los nórdicos creen que el zorro es capaz de asumir cualquier forma que desee.

Hacia la mitad de la fiesta, Rothgar envió a su heraldo a las puertas de Hurot y a poco el heraldo volvió y dijo que aquella noche no bajaría la niebla. Hubo gran alegría y regocijo ante este anuncio de que la noche sería despejada. Todos estaban contentos, salvo Wiglif.

En un momento determinado, Wiglif se puso en pie y dijo:

—Bebo en honor de nuestros invitados y especialmente de Buliwyf, guerrero valiente y leal que ha venido a ayudarnos en la situación que sufrimos, aunque... puede resultar una prueba demasiado difícil para que él triunfe en ella.

Herger me hizo la traducción en un susurro y decidí que había en las palabras de Wiglif el elogio y el insulto mezclados.

Todos los ojos se volvieron hacia Buliwyf en espera de su réplica. Buliwyf se levantó, miró a Wiglif y dijo:

—No temo a nada, ni aun al demonio implacable que se arrastra en la noche para asesinar a los hombres en medio del sueño —supuse que se refería al wendol, pero Wiglif palideció y aferró la silla en que estaba sentado.
—¿Te refieres a mí? —preguntó Wiglif con voz temblorosa.
Buliwyf repuso en estos términos:
—No, pero tampoco te temo a ti, como no temo a los monstruos de la niebla.
El joven Wiglif insistió, pero Rothgar le ordenó que volviera a sentarse. Wiglif dijo entonces a todos los nobles reunidos:
—Este Buliwyf, llegado de tierras extrañas, tiene un aspecto de gran soberbia y de gran fuerza. Sin embargo, yo he dispuesto algo para someterlo a prueba, porque el orgullo puede cegar a cualquier hombre.
Vi entonces suceder lo siguiente: un guerrero vigoroso, sentado a una mesa próxima a la puerta, detrás de Buliwyf, se levantó con viveza, blandió una lanza y la dirigió a la espalda de Buliwyf. Todo esto ocurrió en menos tiempo del que lleva a un hombre respirar [3]. Sin embargo, Buliwyf se volvió, esgrimió su propia lanza y con ella atravesó al guerrero en pleno pecho, levantándole sobre su cabeza y arrojándole contra un muro. De este modo quedó el guerrero ensartado en la lanza, con los pies agitándose sobre el suelo, dando de puntapiés. El mango de la lanza estaba enterrado en la pared del hall de Hurot.
El guerrero murió sin lanzar un solo quejido.
Se produjo en aquel momento una gran algarabía y Buliwyf se volvió para hacer frente a Wiglif y dijo:
—Del mismo modo trataré a cualquier otra amenaza —y en aquel momento Herger habló con gran precipitación y a gritos, haciendo muchos gestos en mi dirección. Me sentía muy confundido por todos estos hechos y la verdad es que tenía los ojos clavados en el guerrero muerto fijado a la pared.
Entonces Herger se volvió hacia mí y dijo en latín:
—Cantarás una canción a la corte del rey Rothgar. Le pregunté a mi vez:
— ¿Qué cantaré? No conozco ninguna canción. Herger repuso:
—Canta algo que entretenga al corazón —y en seguida añadió—: No hables de tu único Dios. A nadie le gustan esos disparates.
La verdad es que no sabía qué cantar, ya que no soy trovador. Pasaron varios instantes mientras todos me miraban y reinaba el silencio en el gran recinto. Entonces me indicó Herger:
—Canta una canción sobre reyes y sobre el valor en la batalla.
Señalé que no sabía canciones de este género, pero que podía cantarles una fábula que en mi país era considerada cómica y entretenida. Al oír esto Herger comentó que había hecho una buena elección. Les conté entonces al rey Rothgar, a su reina Weilew, a su hijo Wiglif y a todos los nobles y guerreros reunidos allí, la historia de las babuchas de Abu Kassim, que todos conocen [4]. Hablé con despreocupación y con la sonrisa en los labios y al principio los nórdicos se mostraron complacidos y rieron y se golpearon el abdomen.
Pero entonces tuvo lugar un extraño suceso. A medida que proseguía mi relato, los nórdicos cesaron de reír y poco a poco se volvieron melancólicos, hasta que cuando terminé de hablar no hubo risas, sino un silencio mortal.
Herger me dijo:
—No podías saberlo, pero ese no es un relato que merezca risa y ahora yo deberé arreglar las cosas.
Hizo entonces un discurso que yo interpreté como una broma referente a mi persona, porque hubo risas generales, y por fin recomenzó el festín.

A continuación la noche pasó sin otros agasajos y todos los guerreros de Buliwyf se comportaron de forma despreocupada. Vi al hijo, Wiglif, mirar con odio a Buliwyf, antes de abandonar el hall, pero Buliwyf no reparó en él, pues prefería las atenciones de las esclavas y de las mujeres libres de la corte. Pasado un tiempo, dormí.

Por la mañana desperté con el ruido de un fuerte martilleo y al aventurarme fuera del gran hall de Hurot vi que todos los habitantes del reino de Rothgar estaban trabajando en la construcción de defensas. Se colócaban éstas en una disposición preliminar. Los caballos traían cantidades de postes para levantar vallas, que los guerreros afilaban en una punta. Buliwyf mismo dirigía el emplazamiento de las defensas, marcando el suelo con la punta de la espada. Para ello no utilizaba la gran espada Runding, sino alguna otra. No sé si existía alguna razón especial.

Hacia mediodía, la mujer llamada el ángel de la muerte [5] vino y arrojó al suelo unos huesos, sobre los cuales hizo unas invocaciones cantadas y después anunció que la niebla volvería aquella noche. Al oír esto Buliwyf ordenó que cesara todo el trabajo y que se preparase un gran banquete. Todo el mundo obedeció y dejó sus actividades. Pregunté a Herger cuál podía ser el objeto del banquete, pero él repuso que le hacía demasiadas preguntas. Es verdad, también, que mi pregunta fue inoportuna, ya que en aquel momento Herger dirigía sus atenciones a una esclava rubia que le brindaba sonrisas cálidas.

Al anochecer, Buliwyf congregó a todos sus guerreros y les dijo:

—Prepárense para un combate —y todos recibieron la orden y se desearon mutua suerte, mientras a nuestro alrededor se hacían los preparativos para el banquete.

El banquete nocturno fue muy semejante al de la noche anterior, aunque estaba présente un número menor de los nobles y señores de Rothgar. En verdad me enteré de que muchos de los nobles se habían negado a asistir por temer lo que podría suceder en la fortaleza de Hurot aquella noche. Según parecía, el lugar era el centro del interés del demonio en la zona, o bien codiciaba la fortaleza, o algo semejante. No pude captar bien el sentido.

No me divertí durante el banquete a causa de la aprensión que me inspiraba lo que podría suceder a corto plazo. No obstante ello, ocurrió el episodio siguiente: uno de los nobles de cierta edad hablaba latín y también algunos de los dialectos ibéricos por haber viajado a la región del califato de Córdoba cuando era más joven y yo trabé conversación con él. En estas circunstancias fingí poseer conocimientos que en realidad no tenía, como se verá.

El noble me habló en estos términos:

—¿De modo que tú eres el extranjero que hará el número trece?

Respondí afirmativamente.

—Debes ser en extremo valiente —dijo el anciano— y te saludo por tu valor.

Di alguna respuesta trivial a esto, en el sentido de que yo era sólo un cobarde en comparación con los miembros del séquito de Buliwyf, lo cual no era más que la verdad.

—No importa —dijo el viejo, quien estaba ya bastante embriagado, por haber bebido el aguardiente de la región, una sustancia repugnante que llaman hidromiel, y es muy potente—, tienes que ser un hombre de gran valor para hacer frente al *wendol*.

Intuí entonces que había llegado el momento de enterarme de algunos puntos concretos. Repetí al viejo un dicho de los nórdicos que Herger me había mencionado una vez: «Los animales mueren, los amigos mueren, y yo moriré, pero una cosa nunca muere, y es la reputación que dejamos detrás al morir.»

El viejo echó a reír mostrando una boca desdentada al oír esto. Le agradó ver que conocía el proverbio nórdico, y dijo entonces:

—Así es, pero el *wendol* también tiene su reputación.
A lo que repuse con la mayor indiferencia:
—¿Sí? No lo sabía.
El viejo dijo que como era extranjero consentiría en informarme en cuanto al wendol, y me dijo lo que sigue:
—El nombre de wendol o windon es muy antiguo, tan antiguo como cualquiera de los pueblos de las regiones del Norte, y quiere decir «la niebla negra». Para los nórdicos significa una niebla que trae consigo, bajo la protección de la noche, a unos demonios negros que asesinan y matan y comen la carne de los seres humanos [6]. Son velludos y asquerosos al tacto y al olfato. Son feroces y astutos. No hablan lenguaje conocido por ningún hombre y sin embargo hablan entre ellos. Vienen con la niebla de la noche y desaparecen con el día, donde no hay nadie que ose seguirlos.
El viejo me dijo asimismo:
—Puedes conocer las regiones donde habitan los demonios de la niebla negra de muchas maneras. De vez en cuando, algunos guerreros a caballo pueden cazar un ciervo con perros, persiguiéndolo por colinas y valles a través de kilómetros de bosques y de terreno abierto. A continuación el ciervo llega a algún lago pantanoso de montaña, o una ciénaga de aguas amargas y allí se detendrá, ya que prefiere que los galgos lo hagan pedazos a entrar en aquella región abominable. De este modo nos enteramos de las zonas donde viven los wendol y sabemos que ni aun los animales osan entrar en ellas.
Manifesté un asombro exagerado ante estas noticias con el objeto de arrancar más información al viejo. En aquel momento me vio Herger y me dirigió una mirada amenazadora, pero fingí no reparar en él.
El viejo prosiguió:
—En época lejana la niebla negra era temida por todos los nórdicos de todas las regiones. Desde la de mi padre y el padre de mi padre y el padre de éste, ningún nórdico vio nunca la niebla negra y algunos de los guerreros jóvenes contaban con que nosotros, viejos tontos, recordásemos las antiguas leyendas de sus horrores y depredaciones. Sin embargo, los jefes de los nórdicos en todos los reinos, aun en Noruega, siempre han vivido preparados para el retorno de la niebla negra. Todas nuestras poblaciones y nuestras fortalezas están protegidas y defendidas en el lado de tierra firme. Desde los tiempos del padre de mi abuelo nuestras gentes han procedido de este modo y nunca hemos visto a la niebla negra. Ahora, no obstante, ha vuelto.
Pregunté qué les hacía suponerlo, y bajando la voz, él me dio su respuesta:
—La niebla negra ha vuelto a causa de la vanidad y la debilidad de Rothgar, quien ha ofendido a los dioses con su tonto esplendor y tentado a los demonios con la colocación de su gran fortaleza, que carece de protección en el costado sobre tierra firme. Rothgar es viejo y sabe que no será recordado por batallas libradas y ganadas, y por ello construyó este espléndido edificio, comentario de todo el mundo y que halaga su vanidad. Rothgar actúa como un dios, a pesar de ser un hombre, por lo cual los dioses han enviado a la niebla negra para que caiga sobre él y le enseñe la humildad.
Dije a este anciano que tal vez no amaban a Rothgar en el reino. Me respondió entonces:
—Ningún hombre es tan perfecto que esté libre de todo defecto, ni tampoco tan malvado que no valga nada. Rothgar es un rey justo y durante su reinado todos han prosperado. La sabiduría y opulencia de su gobierno residen en esta fortaleza, y son espléndidas. Su único defecto consiste en haber olvidado la defensa, ya que tenemos un proverbio que dice: «Ningún hombre debe alejarse un solo paso de sus armas». Rothgar no tiene armas. Tampoco tiene dientes y es débil. La niebla negra, en fin, se filtra con toda libertad sobre nuestra tierra.

Quise saber más, pero el viejo estaba fatigado y se apartó de mí durmiéndose poco después. En verdad la comida y la bebida servidas por la hospitalidad de Rothgar eran abundantes y muchos de los nobles y señores congregados se mostraban somnolientos.
De la mesa de Rothgar diré lo siguiente: que cada comensal tenía su mantel y su plato, además de cuchara y cuchillo, que la comida consistía en cerdo y cabra hervidos, además de pescado, pues los nórdicos prefieren las carnes hervidas a las asadas. Había, además, repollos y cebollas en abundancia y manzanas y avellanas. Me dieron por último una carne algo dulce y muy suculenta que no había probado yo hasta entonces. Según me dijeron era carne de alce o de reno.
La horrible bebida llamada hidromiel está hecha de miel fermentada. Es el líquido más agrio, más negro y más repugnante que haya inventado jamás nadie, y con todo es tan potente como cualquiera de las bebidas que se conocen. Bastan unos pocos sorbos para que el mundo comience a girar. Por suerte yo no bebí, loado sea Alá.
Advertí en aquel momento que Buliwyf y su séquito no bebían aquella noche o bien bebían con gran moderación y que Rothgar no vio en ello un insulto, sino
que lo consideró más bien como algo esperado. No había viento. Las velas y lumbre en el recinto de Hurot no se movían, pero estaba muy húmedo y frío. Pude ver con mis propios ojos que afuera la niebla llegaba en grandes olas desde las colinas y que bloqueaba la luz plateada de la luna, vistiendo todo de tinieblas.
Al avanzar la noche, Rothgar y su reina se retiraron a dormir y las macizas puertas de Hurot fueron cerradas con barras y cerrojos, mientras los nobles y señores que aún quedaban allí caían todos en un sopor de embriaguez y roncaban con estrépito.
Buliwyf y sus hombres, vestidos aún con sus armaduras, recorrieron entonces el recinto, apagando las velas y cuidando la lumbre para que ardiera con poca intensidad. Pregunté a Herger qué quería decir esto y me dijo que rogara por mi vida y fingiera dormir. Me dieron un arma, una espada corta, que no me consoló mucho, ya que no soy guerrero, y lo sé muy bien.
En verdad todos los hombres fingieron dormir y Buliwyf y sus subditos se tendieron junto a los cuerpos dormidos de los señores del rey Rothgar, quienes roncaban de verdad. No sé cuánto tiempo esperamos, pues creo haber dormido algo yo mismo. De pronto me desperté del todo con una rapidez que no era natural. No me sentía ya somnoliento, sino repentinamente tenso y despierto, tendido aún como estaba sobre una piel de oso en el suelo del gran recinto. Reinaba la oscuridad. Las velas apenas ardían y una leve brisa murmuraba y agitaba las llamas amarillas.
Oí entonces un ruido sordo, como un gruñido, semejante al de un cerdo que hurga el suelo y que me llegó con la brisa y al mismo tiempo percibí un olor fétido como el de un cadáver que está en descomposición desde hace un mes y sentí gran temor. Aquel sonido de cerdo, ya que no puedo darle otro nombre, aquel gruñido, jadeo, resuello, se volvió más y más fuerte y más excitado. Provenía de fuera, de un costado de la fortaleza. En seguida llegó el mismo ruido de otro costado y luego del siguiente. La verdad es que estábamos rodeados.
Me apoyé sobre un codo, con el corazón en la boca, y miré a mi alrededor. Nadie entre los guerreros dormidos se movió, aunque allí estaba Herger con los ojos muy abiertos. Y también estaba allí Buliwyf, dejando escapar fuertes ronquidos, pero con los ojos igualmente abiertos. Esto me hizo deducir que todos los guerreros de Buliwyf aguardaban para librar batalla con los wendol, cuyos ruidos rasgaban el aire ya.
Por Alá, no hay terror más grande que el de un hombre que ignora su causa. ¡Cuánto tiempo permanecí tendido sobre la piel de oso, escuchando los gruñidos de los wendol y oliendo su asqueroso hedor! ¡Cuánto tiempo aguardé no sé qué, el comienzo de un combate más terrible en perspectiva que lo que podría ser en la realidad! Recordé esto,

que los nórdicos tienen palabras de elogio que suelen grabar en las tumbas de sus nobles guerreros y que dicen: «No huyó de la batalla.» Nadie en el séquito de Buliwyf huyó aquella noche, a pesar de estar todos rodeados por el ruido y el hedor, a veces más intensos, a veces más débiles, a veces de una dirección, a veces de otra. Con todo, seguían esperando.

Llegó entonces el momento más temido. Cesaron todos los ruidos. Hubo un silencio total, salvo los ronquidos de los hombres y el ligero crujido del fuego.

Y entonces sobrevino el violentísimo embate contra las sólidas puertas del hall de Hurot y las puertas sé abrieron con violencia, y un hálito de aire pestilente hizo apagar todas las luces, entrando la niebla negra en el recinto. No conté cuántos eran, pero la verdad es que parecían ser millares de siluetas negras y jadeantes, a pesar de que quizá no eran más de cinco o seis figuras enormes y negras que apenas parecían hombres, aunque a la vez tenían forma de hombres. El aire apestaba a sangre y muerte. Sentí un frío indescriptible y me estremecí. Nuestros guerreros seguían inmóviles.

De pronto, con un alarido aterrador capaz de despertar a los muertos, Buliwyf se incorporó de un salto y con ambos brazos agitó la gigantesca espada Runding, que silbó como una llama chisporroteante al cortar el aire. Y sus guerreros se levantaron a un mismo tiempo y todos se unieron a la batalla. Los gritos de los hombres se mezclaban con los gruñidos de cerdo y con los olores de la niebla negra y en Hurot hubo terror y confusión y un gran destrozo y destrucción.

En cuanto a mí, no tenía estómago para luchar, pero con todo me atacó uno de estos monstruos de la niebla, que al acercarse casi junto a mí, me permitió ver ojos relucientes inyectados en sangre, en verdad ojos que relucían como ascuas, así como oler el hedor nauseabundo y me sentí levantado en el aire y arrojado a través del recinto como un guijarro lanzado por un niño. Al golpear mi cuerpo la pared caí al suelo, donde permanecí desvanecido un tiempo, hasta tal punto que todo lo que me rodeaba se volvió muy confuso.

Recuerdo con toda claridad el contacto de estos monstruos, especialmente el aspecto velludo de sus cuerpos, por cuanto estos monstruos de la niebla tienen pelo tan largo y tan espeso como el de un perro, que les cubre todo el cuerpo. Recuerdo asimismo el aliento fétido del monstruo que me arrojó lejos.

Cuánto tiempo duró la batalla no sé decirlo, pero terminó de forma súbita, instantánea. Y entonces la niebla negra se retiró con paso cauteloso, gruñendo y apestando, sin aliento, dejando tras ella una destrucción y muerte impresionante.

He aquí el resultado de la batalla: De los hombres de Buliwyf había tres muertos: Roneth y Haiga, ambos señores, y Edgtho, un guerrero. Al primero le habían desgarrado el pecho; al segundo le habían quebrado la columna vertebral; al tercero le habían arrancado la cabeza en la forma que había visto yo ya con anterioridad. Todos estos guerreros estaban muertos.

Había otros dos heridos, Haltaf y Rethell. Haltaf había perdido una oreja y Rethell dos dedos de la mano derecha. Ninguno de los dos estaba mortalmente herido, de manera que no se quejaban, pues es costumbre de los nórdicos soportar las heridas de la batalla con entereza y agradecer sobre todo el haber conservado la vida.

En cuanto a Buliwyf y Herger y el resto, estaban empapados en sangre como si se hubiesen bañado en ella. Diré ahora algo que muchos no creerán. Sin embargo, es verdad. Nuestros hombres no mataron a ninguno de los monstruos de la niebla. Todos ellos habían huido arrastrándose, algunos heridos de muerte, tal vez. A pesar de todo, escaparon.

Herger habló en estos términos:

—Vi a dos de ellos llevarse a un tercero, muerto.

Tal vez sucedió así, ya que en general todos dieron crédito a esto. Me enteré entonces de que los monstruos de la niebla nunca dejan a ninguno de sus miembros entre la sociedad de los hombres y que, por el contrario, son capaces de correr riesgos extremados para rescatarlos de la vista de los hombres. Son capaces, además, de hacer cualquier cosa para conservar la cabeza de una víctima, y por ello no pudimos encontrar la de Edghto en ninguna parte. Los monstruos se la habían llevado.

Entonces habló Buliwyf, y Herger me tradujo:

—Miren todos, he conservado un trofeo de los sangrientos hechos de esta noche. Pueden ver aquí el brazo de uno de los demonios.

En efecto, Buliwyf levantó el brazo de uno de los monstruos de la niebla cortado a la altura del hombro por la gran espada Runding. Todos los guerreros se congregaron para examinarlo." He aquí lo que yo vi: Era en apariencia un brazo pequeño, con una mano anormalmente grande. En cambio el brazo y el antebrazo no concordaban con ella, a pesar de ser musculosos. Toda la superficie estaba cubierta de pelo espeso y enmarañado, salvo la palma de la mano. Debo señalar, en fin, que el brazo apestaba como el resto de aquellas bestias, con el hedor fétido de la niebla negra.

En aquel punto todos los guerreros vitorearon a Buliwyf y a su espada Runding. Colgaron entonces el brazo del monstruo de una de las vigas del gran hall de Hurot para que fuese admirado por todos los habitantes del reino de Rothgar. Así terminó la primera batalla con los wendol.

[1] Las versiones conocidas de los escandinavos los hacen aparecer siempre con cascos provistos de cuernos. Esto es un anacronismo. En la época de la visita de Ibn Fadlan hacía más de mil años que no se llevaban ya aquellos cascos, desde la Primera Edad de Bronce.

[2] La figurita que se describe corresponde con exactitud a varias tallas descubiertas por arqueólogos en Francia y en Austria.

[3] *Ducere spiritu:* literalmente «inhalar».

[4] La historia de las babuchas de Abu Kassim es muy antigua dentro de la cultura árabe y era bien conocida por Ibn Fadlan y sus conciudadanos de Bagdad.

Existe en muchas versiones y se la puede relatar en forma breve o bien extensa, según el entusiasmo del narrador. En términos resumidos, Abu Kassim es un rico mercader y además un avaro que desea ocultar el hecho de que es rico con el fin de obtener mejores negocios en sus actividades. Para ofrecer la apariencia de pobreza, lleva un par de babuchas especialmente viejas y gastadas, con la esperanza de engañar así a todos, pero nadie se engaña. En lugar de ello, todos hallan que es tonto y ridículo.

Un día Abu Kassim hace un negocio muy favorable para él negociando con la cristalería y decide celebrarlo no en la forma aceptada de invitar a sus amigos a un festín, sino invitándose exclusivamente al lujo egoísta de hacer una visita a los baños públicos. Deja sus ropas y calzado en la antesala y un amigo le reprocha las babuchas viejas e inapropiadas. Abu Kassim replica que todavía sirven y entra en el baño con su amigo. Más tarde entra un juez de gran influencia en el baño y se desviste, dejando un elegante par de babuchas. Entre tanto Abu Kassim parte y no puede encontrar su viejo par. En lugar de éste encuentra un par de babuchas nuevas y hermosas y por suponer que se trata de un presente de su amigo, se las pone y se va.

Cuando el juez se dispone a partir, le faltan sus propias babuchas y todo lo que halla es un par de babuchas ordinarias y viejas que según saben todos pertenecen al avaro Abu Kassim. El juez se enfada. Envía a los sirvientes en busca de las babuchas que faltan y pronto las encuentran calzando los pies del ladrón, quien es llevado a la corte a comparecer ante el magistrado y luego condenado a pagar una severa multa.

Abu Kassim maldice su mala suerte y cuando está de regreso en casa arroja las babuchas, causa de su mala suerte, por la ventana, donde caen en el barroso río Tigris. Unos días más tarde unos pescadores recogen sus redes y encuentran entre los peces las babuchas de Abu Kassim. Los clavos salientes de éstas les han desgarrado las redes. Enfurecidos, arrojan |as babuchas empapadas por una ventana abierta. La ventana es, por casualidad, la de Abu Kassim y las babuchas caen sobre la cristalería que acaba de comprar y la hacen añicos.

El corazón de Abu Kassim está destrozado y su pesar es el que sólo puede sentir un avaro incorregible. Jura que las malditas babuchas no le harán mayores daños y para estar seguro de ello sale al jardín con una pala y las entierra. Da la casualidad que el vecino de la casa contigua ve a Abu Kassim cavando, tarea inferior, digna tan sólo de un sirviente. El vecino imagina que si el amo de la casa está realizando dicha tarea él mismo, debe de ser con el objeto de enterrar un tesoro. En vista de ello el vecino acude al Califa y denuncia a Abu Kassim, ya que según la legislación del país, todo tesoro que se halle en la tierra es propiedad del Califa.

Abu Kassim es llamado a comparecer ante el Califa, y cuando manifiesta haber enterrado tan sólo un par de babuchas viejas, la corte ríe estruendosamente frente a la flagrante tentativa del mercader de ocultar su actividad verdadera e ilegal. El Califa se enfada al pensar que el mercader le halla suficientemente tonto como para creer una mentira tan ridicula, y conforme con ello aumenta el monto de la multa. Abu Kassim se siente como herido por el rayo al oír la sentencia, pero a pesar de ello se ve obligado a pagar la multa.

En este punto Abu Kassim está empeñado en deshacerse definitivamente de las viejas babuchas. Para asegurarse de que no habrá de tener nuevas dificultades hace una peregrinación a un punto lejano de la ciudad y deja caer las babuchas a un pozo, contemplando cómo se hunden en el fondo del agua. Ocurre, no obstante, que el pozo sirve para proveer de agua a la ciudad y en un momento dado las babuchas tapan las cañerías. Al enviarse a guardias a subsanar la obstrucción, descubren las babuchas y las reconocen, pues todos conocen las babuchas del notorio avaro. Abu Kassim vuelve a comparecer ante el Califa, acusado de ensuciar el agua de la ciudad y la multa que debe pagar esta vez es mucho más elevada que la anterior. Le devuelven, en fin, las babuchas. Abu Kassim decide quemarlas, pero todavía están mojadas, y en vista de ello las pone en el balcón a secar. Las ve un perro y se pone a jugar con ellas. Una de las dos se le cae de entre los dientes y al caer a la calle, debajo, golpea a una mujer que pasa. La mujer está embarazada y la fuerza del golpe le provoca un aborto. El marido acude a la corte y reclama compensación por los daños y perjuicios, que recibe en cantidades generosas. Abu Kassim, astutamente literal, dice que esta historia ilustra los males que pueden recaer sobre un hombre que no cambia sus babuchas con la frecuencia debida. Existe sin duda otro significado subyacente, el concepto del hombre que no consigue librarse de una carga, y esta idea fue la que perturbó tanto a los nórdicos.

[5] No es el mismo «ángel de la muerte» que acompañaba a los nórdicos en las márgenes del Volga. En apariencia cada iribú tenía una anciana que cumplía funciones de hechicera y a la cual se aludía como «ángel de la muerte». Es por tanto un término genérico.

[6] Los escandinavos se sentían en apariencia más impresionados por el sigilo y la crueldad de estos seres que por el hecho de que fueran caníbales. Jensen sugiere que el canibalismo podría resultar repulsivo a los nórdicos porque hacía más difícil el acceso al Valhalla, pero no hay pruebas que sustenten tal punto de vista.

Para Ibn Fadlan, sin embargo, con su extensa erudición, el concepto del canibalismo puede haber estado relacionado con dificultades después de la muerte. El Devorador de Muertos es una figura conocida en la mitología egipcia, una bestia temible con cabeza de cocodrilo, tronco de león y lomo de hipopótamo. Este Devorador de Muertos come a los malvados después de haber sido juzgados.

Conviene recordar que durante una gran parte de la historia de la Humanidad el canibalismo ritual en una u otra forma, por un motivo u otro, no dejaba de ser frecuente ni extraordinario. El hombre de Pekín y el de Neanderthal eran, según se cree, caníbales. También lo fueron, en diversas épocas, los escitas, los chinos, los irlandeses, los peruanos, los mayorunas, los jagas, los egipcios, los aborígenes australianos, los mao-ríes, los griegos, los hurones, los iroqueses, los pawnees y los ashanti.

Durante el período en que Ibn Fadlan estuvo en Escandinavia, otros mercaderes árabes estaban en China, donde registraron el hecho de que la carne humana, a la que se referirían como cordero de dos patas, se vendía en forma abierta y legal en los mercados.

Martinson sugiere que los nórdicos hallaban el canibalismo wendol repelente porque creían que la carne de los guerreros era suministrada a las mujeres, especialmente a la madre del wendol. No hay evidencia de esta hipótesis tampoco, pero sin duda habría hecho más vergonzosa la muerte de un guerrero.

HECHOS QUE SIGUIERON A LA PRIMERA BATALLA

En verdad, las gentes de las tierras del Norte nunca actúan como seres humanos que razonan y tienen sentido común. Después del ataque de los monstruos de la niebla y de su rechazo por los hombres de Buliwyf, entre los cuales me contaba yo, los del reino de Rothgar no hicieron nada.

No hubo festejos, ni festines, ni regocijo, como tampoco ningún despliegue de alegría. Desde los confines del reino llegaban los subditos para admirar el brazo colgante del demonio, suspendido en el gran hall, y expresaron gran asombro y extrañeza. En cambio, Rothgar, aquel anciano casi ciego, no manifestó ningún placer ni entregó a Buliwyf y sus hombres regalos, ni le ofreció festines, esclavos, plata, ropas lujosas u otros símbolos de honores.

En lugar de dar muestras de agrado, el rey Rothgar tenía la cara larga y se mostró muy solemne. En apariencia, tenía más miedo aún que antes. Por mi parte, aunque no lo dije en voz alta, sospeché que Rothgar prefería la situación anterior al momento en que fue derrotada la niebla negra.

Tampoco había cambiado Buliwyf en su actitud. No pidió ceremonias, fiestas, bebida ni comida. Los nobles que habían muerto con valentía durante la batalla de la noche fueron colocados en seguida en fosas techadas con madera y dejados allí durante diez días. Había cierta prisa en realizar esta tarea.

Sin embargo, fue sólo en esta ceremonia de sepultar a los guerreros muertos cuando Buliwyf y sus compañeros se mostraron contentos o se permitieron sonreír. Pasado un tiempo mayor entre los nórdicos aprendí que siempre sonríen ante cualquier muerte ocurrida en la batalla, ya que tal placer se refiere al muerto y no a la gente que vive aún. Se sienten complacidos con la muerte de un guerrero. También creen en lo contrario, es decir, que expresan pesar cuando alguien muere durante el sueño o en su lecho. Se expresan sobre estos hombres en los siguientes términos: «Murió como una vaca en el pesebre.» No es un insulto, pero sí un motivo para lamentar la muerte.

Los nórdicos creen que la forma en que muere un hombre determina su condición en la vida del más allá, y sobre todo aprecian la muerte de un guerrero en plena batalla. Una muerte «tendido en la paja» es vergonzosa.

Se dice de cualquier hombre que muere durante el sueño que ha sido extrangulado por la «maran» o yegua de la noche. Este ser es una mujer, lo cual da el carácter de vergonzoso a la muerte, pues morir a manos de una mujer es la más degradante de las muertes.

Afirman asimismo que morir desarmado es degradante. El guerrero nórdico duerme, pues, siempre con sus armas, de modo que si llega la «maran» durante la noche tendrá sus armas a mano. Rara vez muere un guerrero de alguna enfermedad o a causa de los achaques de la vejez. Oí hablar de un rey llamado Ane, quien alcanzó una edad tal que se volvió como un niño, sin dientes y alimentado con los alimentos propios de un niño de corta edad y pasaba todos sus días en cama, bebiendo leche de un cuerno. Sin embargo, esto me fue contado como algo muy poco frecuente en las tierras del Norte. Con mis propios ojos vi sólo unos pocos hombres que habían llegado a la ancianidad. Quiero significar por ancianidad el período en el cual la barba no sólo es blanca, sino que comienza a caerse.

Muchas de sus mujeres alcanzan una edad avanzada, especialmente las que tienen funciones como las de la vieja bruja que llamaban el ángel de la muerte. Se cree que estas mujeres poseen poderes mágicos para curar heridas, echar sortilegios, ahuyentar las influencias maléficas y predecir sucesos futuros.

Las mujeres de los pueblos del Norte no riñen entre ellas y a menudo las vi interceder en una disputa o duelo entre dos hombres para contener la ira cada vez mayor. Hacen esto en especial cuando los guerreros se encuentran abotargados y confusos por la bebida. Ello ocurre a menudo.
Ahora bien, los nórdicos, tan aficionados a beber, y a beber a cualquier hora del día o de la noche, no bebieron nada al día siguiente de la batalla. Muy pocas veces les pasó Rothgar la copa, y cuando lo hizo se la rechazaron. Hallé esto sumamente curioso y se lo mencioné por fin a Herger.
Herger se encogió de hombros con el gesto típico de los nórdicos para expresar despreocupación o indiferencia.
—Todos tienen miedo —dijo.
Pregunté por qué habrían de tener aún motivos para temer. Herger repuso:
—Es porque saben que la niebla negra volverá.
Debo admitir aquí que sentía en aquel momento la arrogancia de un guerrero, a pesar de que en verdad sabía bien que no me correspondía adoptar tal actitud. A pesar de ello, me sentía regocijado por haber sobrevivido y, por otra parte, la gente de Rothgar me acordaba el tratamiento de miembro de un grupo de valerosos guerreros. Con gran osadía dije:
—¿A quién le preocupa eso? Si vuelven, los derrotaremos por segunda vez.
Diré que me mostré más vanidoso que un pavo real y me avergüenzo ahora al recordar cómo me daba aires entonces. Herger respondió:
—El reino de Rothgar no cuenta con guerreros o nobles capaces de luchar. Hace mucho que murieron todos y nosotros debemos defender el reino sin ayuda. Ayer éramos trece y hoy somos diez, y de estos diez dos están heridos y no pueden pelear como hombres enteros. La niebla negra está enfadada y se tomará una venganza terrible.
Manifesté a Herger, quien había sufrido unas heridas de menor cuantía en la refriega, aunque nada tan desagradable como las marcas de garras en mi propio rostro y que yo exhibía con orgullo, que no tenía el menor temor de lo que pudiesen hacer los demonios. Herger repuso lacónicamente que yo era árabe y no comprendía nada de las costumbres en las tierras del Norte, repitiendo que la venganza de la niebla negra sería terrible y completa.
—Volverán —dijo—, como Korgon.
No sabía yo qué quería decir aquella palabra.
—¿Qué es Korgon? —pregunté. Herger me dijo:
—Es el dragón luciérnaga, que se lanza sobre la gente desde el aire.
Aquello parecía en verdad descabellado, pero yo había visto ya los monstruos marinos, ni más ni menos como ellos afirmaban que vivían en el mar, y observé además la expresión tensa y fatigada de Herger, aparte de haber percibido que creía en la existencia del dragón luciérnaga.
—¿Cuándo vendrá Korgon? —quise saber.
—Tal vez esta noche.
En verdad estaba aún hablando Herger cuando vi que Buliwyf, a pesar de no haber dormido en toda la noche y tener los ojos enrojecidos y pesados de cansancio, estaba dirigiendo una vez más la construcción de las defensas alrededor de la fortaleza de Hurot. Todos los habitantes del reino estaban trabajando, inclusive los niños, las mujeres y los viejos, así como los esclavos, bajo la dirección de Buliwyf y su lugarteniente Etchgow.
He aquí lo que hicieron: En el perímetro de Hurot y de los edificios adyacentes, las viviendas del rey Rothgar y de algunos de sus nobles, las toscas chozas de los esclavos de estas familias y algún que otro granjero que vivía cerca del mar, en todo este sector,

Buliwyf levantó una especie de cercado hecho con lanzas cruzadas y palos con puntas bien afiladas. Este cercado no era más alto que el hombro de un hombre, y si bien las puntas eran afiladas y amenazadoras, yo no alcanzaba a comprender qué valor podrían tener como defensas, ya que los hombres podrían escalar el cercado con facilidad.
Hablé de ello a Herger, pero me llamó un árabe tonto. Herger estaba de pésimo humor.
Se construyó después una defensa exterior que consistía en un foso fuera del cercado, a un paso y medio de distancia. Este foso era muy extraño. No era profundo, ya que no tegía más profundidad que la altura de las rodillas y en tramos tenía aún menos. No estaba cavado de manera uniforme, y en ciertos puntos era de poca profundidad y en otros más hondo, formando pequeños trozos. En algunos puntos había además lanzas cortas clavadas con la punta hacia arriba.
No alcanzaba a comprender el posible valor de este foso más que el del cercado, pero no quise preguntar nada más a Herger, sabedor del mal humor que tenía. En lugar de hacer preguntas me dediqué a ayudar en los trabajos tan bien como podía, deteniéndome sólo una vez para tomar a una mujer esclava en el estilo de los nórdicos, ya que con todo el movimiento de la noche de batalla y los preparativos del día me sobraban las energías.
Quiero mencionar aquí que en el curso de mi viaje con Buliwyf y sus guerreros por las aguas del Volga, Herger me había hablado de ciertas mujeres desconocidas de quienes, especialmente si eran bonitas o seductoras, se debía desconfiar. Me dijo que en el interior de los bosques y en los lugares remotos de las tierras del Norte vivían mujeres llamadas del bosque. Estas mujeres atraen a los hombres con su belleza y con la dulzura de sus palabras, pero cuando un hombre se aproxima a ellas, descubre que son huecas en la parte posterior y además apariciones. Entonces las mujeres del bosque hacen presa de un sortilegio al hombre seducido y éste se convierte en su cautivo.
En efecto, Herger me había advertido en estos términos, y debo decir con verdad que me aproximé a esta mujer esclava con gran aprensión, porque no la conocía. Le palpé la espalda con una mano y ella se echó a reír. Sabía por qué la había tocado, porque quería estar seguro de que no era un fantasma del bosque. En aquel momento me sentí un tonto y me maldije por haber creído en una superstición pagana. He descubierto, no obstante, que si todos cuantos rodean a uno creen algo en particular, muy pronto uno mismo se sentirá tentado a compartir la misma creencia. Así sucedió en mi caso.
Las mujeres de los pueblos nórdicos son tan blancas como los hombres y también de gran estatura, hasta el punto de la que la mayoría de ellas me miraban por encima de mi cabeza. Tienen ojos azules y llevan el cabello muy largo, aunque éste es muy fino y se enreda con facilidad. Para evitarlo se lo arrollan alrededor del cuello y de la cabeza. Para sostenerlo han inventado toda clase de horquillas y alfileres de plata o de madera ornamentada. Esto constituye su principal adorno. Además la mujer del hombre rico lleva collares hechos con cadenas de oro y de plata, como he dicho con anterioridad. Asimismo son aficionadas las muje- | res a los brazaletes de plata, en forma de dragones o j serpientes, que llevan en el brazo entre el codo y el j hombro. Los diseños de los nórdicos son intrincados y entrelazados, como si pretendieran representar la trama de las ramas de los árboles o bien serpientes. Todos estos diseños son de una gran belleza [1].
Se consideran los nórdicos jueces perspicaces de la belleza femenina. La verdad es, sin embargo, que todas sus mujeres aparecían a mis ojos famélicas, con cuerpos llenos de ángulos y pómulos muy salientes. Tales cualidades son apreciadas y elogiadas por los nórdicos, aunque una mujer de éstas nunca atraería la menor mirada en la Ciudad de la Paz, sino que, por el contrario, no sería considerada con mejores ojos que un perro hambriento con costillas visibles. Las mujeres nórdicas tienen ni más ni menos costillas como las que he descrito.

No sé por qué las mujeres son tan delgadas, ya que comen con glotonería y tanto como los hombres, y, con todo, no se les cubre el cuerpo de carne.
Tampoco muestran las mujeres ninguna diferencia ni tienen una conducta recatada. Nunca llevan velo y hacen sus necesidades en lugares públicos cada vez que tienen ganas de ello. Igualmente suelen provocar con gran osadía a cualquier hombre que les agrade como si ellas fueran los hombres. Por su parte, los guerreros nunca les reprenden por esta conducta. Lo mismo ocurre aun cuando la mujer es una esclava, ya que, como he dicho antes, los nórdicos son sumamente bondadosos y tolerantes con sus esclavos, especialmente con las mujeres.
Al avanzar el día pude ver con claridad que las defensas de Buliwyf no quedarían terminadas hasta la puesta del sol. Me refiero al cerco de postes y al foso de poca profundidad. Buliwyf también lo comprendió y llamó al rey Rothgar, quien hizo comparecer a la vieja bruja. Esta vieja, muy marchita y con una barba como un hombre, mató una oveja y esparció las entrañas [2] por el suelo. Siguió a esto una especie de cántico monótono que duró mucho tiempo y que involucraba muchas súplicas elevadas al cielo.
Me abstuve también esta vez de preguntar nada a Herger, porque seguía de mal humor. En lugar de hacer esto me limité a observar a los otros guerreros de Buliwyf, que miraban en dirección al mar. El océano estaba gris y agitado, el cielo de color plomo, y soplaba una fuerte brisa hacia tierra firme. Esto satisfizo a los guerreros y adiviné la razón de ello. Una brisa del océano hacia la tierra impediria que cayera la niebla desde las colinas. Así era.
Al caer la noche se interrumpió el trabajo en las defensas, y con mi consiguiente perplejidad Rothgar celebró otro banquete de espléndidas proporciones. Toda aquella noche, según pude presenciar, Buliwyf y Herger y todos los otros guerreros bebieron copiosas cantidades de hidromiel y se divirtieron como si no tuvieran la menor preocupación en el mundo, además de someter a las esclavas antes de hundirse todos en un sueño soporífero y ruidoso.
Me enteré, en fin, de lo siguiente: cada uno de los guerreros de Buliwyf había elegido entre las esclavas una que les gustaba especialmente, si bien ello no implicaba excluir a las otras. Herger me dijo entonces de la mujer que había elegido: «Morirá conmigo, si es preciso.» De estas palabras inferí que cada uno de los guerreros de Buliwyf había elegido una mujer que moriría con él en la pira funeraria y que trataba a esta mujer con mayor cortesía y consideración que a las otras, ya que eran extranjeros en la región y no contaban con esclavas propias a las cuales pudiesen ordenar hacer su voluntad.
Ahora bien, durante los primeros tiempos de mi permanencia entre los Venden, las mujeres nórdicas nunca se me aproximaban, a causa de mi tez y pelo oscuro, pero había en cambio muchos murmullos y miradas dirigidos a mí, así como risitas a hurtadillas. Vi que estas mujeres solían, con todo, colocarse las manos delante de la cara a manera de velo, sobre todo cuando reían. Pregunté a Herger en aquellas ocasiones: «¿Por qué hacen esto?», ya que no quería yo comportarme de manera contraria a las costumbres del Norte.
Herger repuso así:
—Las mujeres creen que los árabes son potros, ya que ello es lo que han oído en forma de rumores.
No diré que la respuesta me haya provocado gran asombro, por la razón que sigue. En todos los países donde he viajado, y por tanto también dentro de las murallas de la Ciudad de la Paz, en verdad en cada localidad donde se congregan hombres para formar una sociedad, he comprobado el mismo fenómeno. Primero, que las gentes de un determinado país creen que sus costumbres son correctas, apropiadas y mejores que

ninguna otra. Segundo, que cualquier forastero, hombre o mujer, es considerado inferior desde todo punto de vista, excepto en cuanto a capacidad generadora. Así, los turcos consideran a los persas amantes extraordinarios, y ellos a su vez consideran a otros pueblos del mismo modo, y así sucesivamente, siendo las razones aducidas a veces las proporciones de los genitales; a veces, la duración del acto sexual, y a veces, en fin, algunas habilidades o posturas especiales.

No puedo afirmar si los nórdicos creen de verdad lo que me dijo Herger, pero puedo asegurar que comprobé el asombro que le producía la cirugía que me habían hecho [3], conforme con una práctica desconocida para ellos por ser unos paganos sucios. En cuanto a sus hábitos en el acto sexual, las mujeres son ruidosas y entusiastas y exudan tan mal olor que me veía obligado a apretarme la nariz mientras duraba el acto. También acostumbran a agitarse, y retorcerse, y rasguñar, y morder, de tal manera que el hombre puede ser arrojado de su cabalgadura, según lo expresan los nórdicos. En cuanto a mí se refiere, mis propios encuentros me proporcionaron más dolor que placer.

Los nórdicos se expresan en los siguientes términos: «Tuve una batalla con esta o esta otra mujer», y exhiben con orgullo los cardenales y lastimaduras de sus camaradas como si fueran verdaderas heridas de guerra. En cambio, nunca vi que ningún hombre hiciera daño a una mujer.

Aquella noche en particular, mientras dormían todos los guerreros de Buliwyf, sentía yo demasiado temor para beber o reír. Temía el regreso de los *wendol*. Sin embargo, no volvieron, y por fin me dormí a mi vez, aunque de forma interrumpida.

Al día siguiente no había vientos y todos los subditos del reino de Rothgar trabajaron con un espíritu de dedicación y de temor. Se hablaba en todas partes del Korgon y de la certeza que abrigaban de que atacaría esa noche. Las marcas de las garras sobre mi rostro me dolían ya, pues se contraían al cicatrizar y me hacían doler cada vez que abría la boca para comer o para hablar. También es verdad que mi fervor de guerrero había desaparecido. Volvía a sentir miedo y trabajaba en silencio junto a las mujeres y los ancianos.

Hacia el mediodía me hizo una visita el noble viejo y desdentado con quien había conversado durante el banquete. Este viejo noble me llevó aparte y me dijo en latín:

—Quiero cambiar unas palabras contigo —dijo, y me condujo a cierta distancia de los que estaban trabajando en las defensas.

Hecho esto representó la gran comedia de examinar mis heridas, que en verdad no eran graves, y mientras examinaba los cortes me dijo:

—Tengo una advertencia para tus compañeros. Hay inquietud en el corazón de Rothgar —todo esto fue dicho en latín.

—¿Cuál es la razón? —pregunté.

—Es el heraldo, y también el hijo, Wiglif, el que está en pie junto al oído del rey —repuso el viejo noble—. Y también el amigo de Wiglif. Wiglif dice a Rothgar que Buliwyf y su gente traman matar al rey y gobernar el reino.

—Eso no es verdad —dije, aunque no estaba seguro de ello. En honor a la verdad, había reflexionado sobre este punto de cuando en cuando. Buliwyf era joven y lleno de vitalidad y Rothgar viejo y débil, y si bien es verdad que las costumbres de los nórdicos son extrañas, también es verdad que todos los hombres son iguales.

—El heraldo y Wiglif tienen envidia de Buliwyf —manifestó el viejo noble—. Emponzoñan el aire junto al oído del rey. Te digo esto para que adviertas a los otros que tengan cuidado, por cuando este asunto es una cuestión digna de un basilisco —en seguida declaró que mis heridas eran de menor cuantía y se alejó.

A poco el noble volvió y dijo:

—El amigo de Wiglif es Ragnar —y se alejó sin mirar hacia atrás.

Lleno de consternación, me dediqué a cavar y trabajar en las defensas hasta que me encontré junto a Herger. El estado de ánimo de Herger seguía tan sombrío como el día anterior. Me saludó con estas palabras:
—No quiero oír preguntas de tonto.
Repuse que no tenía preguntas y le comuniqué lo que me había contado el viejo noble, no olvidando señalar que era una cuestión digna de un basilisco [4]. Al oírme Herger frunció el ceño, dijo unas imprecaciones y golpeó el suelo con los pies, diciéndome que le acompañara junto a Buliwyf.
Buliwyf estaba dirigiendo los trabajos en el foso situado en el extremo opuesto del fuerte. Herger le llamó aparte y le habló con rapidez en el idioma nórdico, haciendo gestos en dirección a mi persona. Buliwyf frunció el ceño, lanzó imprecaciones, golpeó el suelo con los pies, como lo había hecho Herger, y por fin formuló una pregunta. Herger me dijo:
—Buliwyf pregunta quién es el amigo de Wiglif. ¿Te dijo el viejo quién es el amigo de Wiglif?
Respondí que me lo había dicho y que el amigo se llamaba Ragnar. Al oír esto Herger y Buliwyf conversaron algo más entre ellos y discutieron brevemente. Por fin Buliwyf se volvió y me dejó con Herger.
—Está decidido —dijo éste.
—¿Qué está decidido? —quise saber.
—Manten los dientes apretados —dijo Herger, usando la expresión nórdica que significa no decir palabra.
Volví entonces a mi tarea, sin comprender mucho más de lo que había comprendido antes en cuanto a este asunto. Una vez más reflexioné que estos nórdicos eran los hombres más extraños y contradictorios en la faz de la tierra, ya que nunca actúan frente a ningún problema como cabría esperar que actuasen. A pesar de ello seguí trabajando en la construcción de esas tontas vallas y ese foso sin profundidad. Observé, en fin, y esperé.
A la hora de mi plegaria de la tarde observé que Herger había tomado posición para trabajar junto j a un hombre enorme, gigantesco. Ambos siguieron trabajando en cavar el foso el uno junto al otro, durante algún tiempo, y según pude ver, Herger hacía esfuerzos liberados por salpicar de tierra la cara del joven, una cabeza más alto que él y también más joven.
El joven protestaba y Herger se disculpaba, pero no tardaba en volver a arrojar tierra a su compañero. Herger volvía a disculparse. Por fin el joven se enfureció. Tenía el rostro congestionado. No pasó mucho rato sin que Herger lo salpicara otra vez. El joven escupió y se mostró sumamente enfadado, gritando a Herger. Este me reprodujo más tarde los términos de la conversación, pero en el momento su significado no me resultó muy claro. El joven dijo: —Excavas como los perros.
Herger replicó con una pregunta:
—¿Me llamas perro? A esto el joven repuso:
—No, dije que excavas como los perros, arrojando [5] tierra sin cuidado, como un animal.
Habló Herger:
—¿Me llamas animal?
—Equivocas mis palabras —repuso el joven.
A lo cual replicó Herger:
—Es verdad, ya que tus palabras son equívocas y pusilánimes como las de una vieja.

—Esta vieja te hará probar la muerte —dijo el joven, desenvainando su espada. Herger sacó la suya, pues el joven no era otro que Ragnar, el amigo de Wiglif, y entonces pude comprender la intención de Buliwyf en este asunto.
Estos nórdicos son sumamente sensitivos y quisquillosos en lo que toca a su honor. Entre ellos los duelos son tan frecuentes como el acto de orinar y son habituales las luchas a muerte. Estos encuentros pueden seguir de inmediato al insulto o bien, cuando se planea un duelo formal, los contrincantes se encuentran en la encrucijada de tres caminos. Fue en estos términos que Ragnar desafió a duelo a Herger.
He aquí la costumbre nórdica: a la hora fijada los amigos y parientes de los duelistas se congregan en el lugar del encuentro y tienden una piel en el suelo, que fijan con cuatro troncos de laurel. El duelo debe librarse sobre la piel, y cada hombre debe mantener un pie o ambos, siempre, sobre ella. De este modo nunca se apartan demasiado. Los dos combatientes llegan con una espada y cuatro escudos cada uno. Si los tres escudos se les rompen, deberán pelear sin protección y la lucha es a muerte.
Tales eran las reglas, cantadas por la vieja bruja, el ángel de la muerte, junto a la piel estirada, con toda la gente de Buliwyf y la del reino de Rothgar reunida alrededor. Yo estaba allí, no muy cerca del frente, y me rnaravilló que estas gentes fuesen capaces de olvidar la amenaza del Korgon, que tanto las había aterrorizado antes. A nadie le importaba nada en aquel momento, salvo el duelo.
Este fue el modo en que se desarrolló el duelo entre Ragnar y Herger. Herger dio el primer golpe, por haber sido el desafiado, y su espada se hundió con gran fuerza en el escudo de Ragnar. Yo mismo temí por Herger, ya que aquel joven era tanto más joven y vigoroso que él, y la verdad es que el primer golpe de Ragnar hizo caer el escudo de manos de Herger y éste debió pedir su segundo escudo.
A partir de entonces la lucha se desenvolvió de forma violenta. En una oportunidad miré a Buliwyf, pero su rostro estaba impasible. También miré a Wiglif y al heraldo, en el lado opuesto, quienes miraban con frecuencia a Buliwyf mientras arreciaba la lucha.
El segundo escudo de Herger se rompió asimismo y pidió el tercero y último que le quedaba. Estaba muy fatigado y tenía la cara húmeda y roja por el esfuerzo. El joven Ragnar, en cambio, parecía pelear con facilidad y sin esforzarse.
Al romperse su tercer escudo, la situación de Herger se volvió desesperada, o por lo menos tuvimos tal impresión durante un instante. Herger estaba en pie con ambos pies firmemente plantados en el suelo, inclinado y luchando por cobrar aliento, presa de un gran cansancio. Ragnar eligió aquel momento para lanzarse sobre él. Herger entonces le esquivó con la rapidez de un batir de alas de ave y el joven Ragnar hundió su espada en el aire. Herger pasó su propia espada de una mano a la otra, ya que estos nórdicos saben batirse con cualquiera de las dos manos, que son también fuertes por igual. Con gran rapidez Herger se volvió, por fin, y degolló a Ragnar por la espalda con un solo golpe de su espada.
En verdad vi brotar la sangre del cuello de Ragnar y volar la cabeza por los aires y por encima de la multitud. Vi asimismo con mis propios ojos que la cabeza golpeaba el suelo antes de que el cuerpo lo hiciese a su vez. Herger se apartó unos pasos y pude ver entonces que el duelo había sido un engaño en cuanto a su propia participación en él, porque ya no estaba agitado ni sin aliento, sino que estaba en pie sin señales de fatiga ni de respiración afanosa, sostenía su espada sin esfuerzo y tenía todo el aspecto de ser capaz de matar a una docena de hombres más. Dirigió entonces una mirada a Wiglif y le dijo:
—Honra a tu amigo —palabras con que quiso referirse al deber de Wiglif de ocuparse del entierro.

Cuando nos alejamos del lugar del duelo, Herger me dijo que había fingido para que Wiglif supiese que los hombres de Buliwyf no eran tan sólo guerreros vigorosos y valientes, sino además astutos.
—Esto aumentará su temor —añadió Herger—. No osará hablar contra nosotros.
Dudaba yo que tal plan surtiese efecto, pero es verdad que los nórdicos aprecian el engaño más que el más engañoso de los mercaderes de Hazar y el más mentiroso de los mercaderes Bahrain, para quienes el engaño es una forma del arte. La inteligencia en la batalla y en los quehaceres propios de los hombres es considerada una virtud mayor que la fuerza bruta en la guerra.
Con todo, Herger no estaba contento y percibí que tampoco estaba contento Buliwyf. Al aproximarse la noche comenzaron a formarse bancos de niebla en lo alto de las colinas hacia el interior. Pensé que estaba pensando en Ragnar, que había sido joven, fuerte y valiente y que habría sido útil en la batalla que se aproximaba. Herger me lo dijo en los siguientes términos:
—Un hombre muerto no es útil para nadie.

[1] Un árabe habría pensado muy en especial así, ya que el arte religioso islámico tiende a ser no representativo y de una cualidad semejante a la de buena parte del arte escandinavo, que con frecuencia parece estar en favor del diseño puro y exclusivo. Con todo, los nórdicos no tenían prejuicio en cuanto a representar a sus dioses y lo hacían a menudo.

[2] Literalmente «venas». La frase árabe ha llevado a algunos errores entre los eruditos. El Dr. Graham ha escrito, por ejemplo, que los «vikingos predecían el futuro mediante un rito consistente en cortar las venas de ciertos animales y esparcirlas por el suelo». Esto es casi sin lugar a dudas inexacto. La frase árabe para matar un animal es «cortar las venas», e Ibn Fadlan se refería aquí a la costumbre altamente difundida de adivinar mediante la observación de las entrañas. Los lingüistas que manejan continuamente estas expresiones locales muestran cierta afición a discrepar en cuanto a significado. Un ejemplo predilecto de Halstead es la advertencia en inglés «Look out», que significa por lo general que hay que hacer lo opuesto y ocultarse.

[3] Circuncisión.

[4] Ibn Fadlan no describe un basilisco, ya que supone, en apariencia, que sus lectores están familiarizados con este ser mitológico que figura en las creencias más antiguas de casi todas las culturas occidentales. También conocido como quimera, el basilisco es una especie de gallo con cola de serpiente y ocho patas y a veces con escamas en lugar de plumas. Lo que siempre es verdad del basilisco es que su mirada es mortal, como la de la Gorgona. También el veneno del basilisco es en especial mortal. Según algunos relatos, quien hunde su espada en un basilisco verá cómo asciende el veneno por la hoja hasta llegarle a la mano. El hombre se verá entonces obligado a amputarse la mano para salvar su cuerpo.
Es muy probable que sea el sentido del peligro que involucra el basilisco lo que ha dado lugar a su mención aquí. El viejo noble dice a Ibn Fadlan que una confrontación directa con los del complot no resolverá el problema. Un hecho interesante es que una manera de destruir al basilisco era hacer que contemplara su propia imagen en un espejo. Moría entonces a raíz de su propia mirada.

[5] En la escritura árabe y en la latina, *verbera*, ambos verbos significan azotar o «dar de latigazos», en lugar de «arrojar», como se suele traducir este pasaje comúnmente. Se supone por lo general que Ibn Fadlan utilizó la metáfora de «dar de latigazos» con tierra para destacar la ferocidad del insulto, que resulta clara, de todos modos. No obstante ello, puede haber querido transmitir, consciente o inconscientemente, una actitud netamente escandinava frente a los insultos.
Otro autor árabe, al-Tartushi, visitó la ciudad de Hedeby en el año 950 de la Era Cristiana y dijo lo siguiente de los escandinavos: «Son sumamente raros en materia de castigos. Hay sólo tres penas para los delitos. La primera y la más temida es la expulsión de la tribu. La segunda es ser vendido como esclavo y la tercera es la muerte. Las mujeres que cometen delitos son vendidas como esclavas. Los hombres prefieren siempre la muerte. El castigo corporal es desconocido entre los nórdicos.»
Este punto de vista no es del todo compartido por Adam de Bremen, un historiador eclesiástico que en 1075 escribió: «Si se comprueba que las mujeres no han sido castas, se las vende inmediatamente, pero si

se halla a un hombre culpable de traición o de cualquier otro crimen, prefiere que lo decapiten a que le den azotes. No es conocida entre ellos otra forma de castigo fuera del hacha o la esclavitud.»

El historiador Sjögren atribuye gran importancia a la afirmación de Adam de que los hombres prefieren ser decapitados a ser azotados. Esto parecería indicar que el castigo de azotes era conocido entre los nórdicos. El mismo historiador agrega más adelante que los azotes eran con toda probabilidad un j castigo reservado a los esclavos: «Los esclavos son propiedad y desde el punto de vista económico resulta poco conveniente matarlos por delitos menores. Sin duda los azotes eran aceptados como forma de castigo para los esclavos. Puede ser, por tanto, que los guerreros hayan considerado este tipo de castigo como degradante por haber estado reservado a los esclavos.» Sjögren señala asimismo que «todo lo que conocemos acerca de la vida entre los vikingos indica la existencia de una sociedad fundada sobre el concepto de la vergüenza, no de la culpabilidad, que sería el polo de conducta negativo. Los vikingos nunca se sentían culpables por nada, pero defendían su honor con fiereza y evitaban a cualquier precio cometer actos vergonzosos. Someterse al látigo en forma pasiva habría sido considerado muy vergonzoso y mucho peor que la muerte misma».

Estas especulaciones nos traen una vez más el manuscrito de Ibn Fadlan y a su elección de las palabras «azotar con polvo». Por ser el árabe tan meticuloso, cabría preguntar si sus palabras reflejan acaso una actitud islámica. En este sentido debemos recordar que si bien el mundo de Ibn Fadlan se dividía sin duda en cosas y actos sucios y limpios, la tierra en sí no era necesariamente sucia. Por el contrario *tayammun*, o ablución con polvo o arena, se lleva a cabo siempre que no es posible utilizar agua.

Por ello Ibn Fadlan no podía tener una repugnancia especial a la tierra sobre la propia persona. Se habría sentido, en cambio, mucho más disgustado si se le hubiese invitado a beber de una copa de oro, lo cual estaba estrictamente prohibido.

EL ATAQUE DEL DRAGÓN LUCIÉRNAGA KORGON

Con la caída de la noche la niebla se aproximó como un manto desde las colinas, deslizándose con dedos helados entre los árboles, reptando por los campos verdes en dirección al hall de Hurot y a los guerreros de Buliwyf que la aguardaban. En nuestro extremo no había tregua en el trabajo. De un manantial desviamos el agua para llenar el foso de poca profundidad y entonces comprendí el sentido común del plan, ya que el agua ocultaba los palos afilados y los pozos más hondos, de tal manera que el foso resultaba traicionero para cualquier invasor.

Más lejos, las mujeres de Rothgar acarreaban odres de piel de cabra llenos de agua del pozo y con ella empaparon el cerco, la vivienda y todas las superficies del hall de Hurot. También los guerreros de Buliwyf mojaron sus armaduras con agua del pozo. Era una noche húmeda y fría y por suponer yo que se trataba de algún rito pagano, me excusé de mojarme como ellos, pero fue inútil. Herger me empapó de la cabeza a los pies como al resto. Diré que lancé gritos ante el choque del agua fría y exigí que me explicaran la acción.

—El dragón luciérnaga respira fuego —me dijo Herger.

Me ofreció entonces una copa de hidromiel para aliviarme el frío que sentía y bebí esta copa de hidromiel sin detenerme, sintiéndome agradecido por ella.

Era una noche de tinieblas y los guerreros de Buliwyf esperaban la llegada del dragón Korgon. Todos los ojos estaban fijos en las colinas, perdidas y en la niebla de la noche. Buliwyf recorrió personalmente todas las fortificaciones con su gran espada Runding en una mano y dando palabras de estímulo en voz baja a sus guerreros. Todos esperaban en silencio, salvo uno, el lugarteniente Etchgow. Este Etchgow es un maestro en el manejo del hacha. Había hundido un poste de madera bien resistente a cierta distancia y se dedicaba a practicar el lanzamiento de su hacha de mano contra dicho poste, repitiendo el movimiento sin cesar. Tenía, en verdad, muchas hachas que le habían entregado y llegué a contar cinco o seis fijas a su ancho cinturón, además de otras que tenía en las manos o estaban esparcidas por el suelo a su alrededor.

De manera parecida Herger estaba controlando y probando su arco y su flecha, como también lo hacía Skeld, ya que estos dos eran los más diestros arqueros entre los soldados nórdicos. Sus flechas tienen puntas de hierro y son de excelente construcción, con palos muy rectos. En cada aldea cuentan con un hombre que a menudo está lisiado o cojo y que es conocido como el almsmann. Este hombre está encargado de hacer las flechas y también los arcos para los guerreros de la región y por estas alms se le paga con oro, caracoles, o bien, como yo mismo lo he visto, con carne y alimentos [1].

Los arcos de los nórdicos se aproximan en longitud a la de sus propios cuerpos y están hechos de abedul. Los utilizan del siguiente modo: se tira hacia atrás la vara de la flecha hasta que el extremo les toca una oreja, en lugar de un ojo, y desde allí la disparan. El impulso es tal que la flecha puede atravesar el cuerpo de un hombre sin quedarse hundida en él. Del mismo modo puede atravesar una lámina de madera del grosor de un puño de hombre. En verdad vi con mis propios ojos el poder de estas flechas, y yo mismo intenté utilizar uno de sus arcos, pero descubrí que era difícil hacerlo, ya que era demasiado grande y duro para mí.

Estos nórdicos son expertos en todas las formas de la guerra y de la matanza mediante el uso de las diversas armas que aprecian. Hablan de las líneas de batalla, que no tienen referencia alguna a la disposición de los soldados en el campo de lucha. Para ellos todo reside en el combate cuerpo a cuerpo con el hombre que es su enemigo. Las dos líneas de batalla se diferencian en cuanto a las armas utilizadas. La espada de hoja ancha, esgrimida siempre describiendo un amplio arco y nunca para hundirla, es descrita en la

siguiente expresión: «La espada busca la línea del ancho», lo cual significa para ellos el cuello, y por tanto la decapitación. Para la lanza, la flecha, el hacha de mano, la daga y otras armas usadas para hundir en el cuerpo, se expresan así: «Estas armas buscan la línea gorda» [2]. Con estas palabras aluden a la parte central del cuerpo, entre la cabeza y la ingle. Cualquier herida en esta parte central significa para ellos la muerte segura de su contrincante. Creen asimismo que es más eficaz atacar el abdomen, por ser blando, que el pecho o la cabeza.

En verdad Buliwyf y sus hombres habían mantenido una estrecha vigilancia aquella noche, encontrándome yo entre esta guardia. Me provocó una gran fatiga y muy pronto me sentí tan agotado como si hubiese librado una batalla, a pesar de no haberse registrado ninguna. Los nórdicos no estaban fatigados, sino, por el contrario, sumamente alertas. Es verdad que son los seres más vigilantes del mundo y que siempre están preparados para afrontar cualquier batalla o peligro. No hallan nada fatigoso en esta actitud de alerta, que para ellos resulta natural desde que nacen. En todo momento se muestran prudentes y vigilantes.

Al cabo de un rato dormí y Herger me despertó con brusquedad y de la siguiente manera: sentí un golpe seco y el silbido del aire encima de mi cabeza y al abrir los ojos vi una flecha que se estremecía hundida a medias en la madera y a la distancia de un pelo de mi propia nariz. La había disparado Herger, y al ver mi sobresalto, él y el resto estallaron en grandes risotadas. A mí me dijo:

—Si duermes, perderás la batalla.

Le di como respuesta que ello no me resultaría muy duro, según lo que yo pensaba al respecto.

Herger retiró su flecha y al ver que yo estaba ofendido por su broma, se sentó a mi lado y me habló en términos muy amistosos. Aquella noche Herger estaba muy inclinado a hacer chistes y reír. Compartió conmigo una copa de hidromiel y a continuación dijo:

—Skeld está hechizado —y echó a reír.

Skeld no estaba lejos y Herger habló en voz alta, lo cual me hizo comprender que la intención era que Skeld nos oyese. Con todo, Herger estaba hablando en latín, idioma incomprensible para Skeld. Había, pues, en todo ello alguna otra razón que yo no conocía. Entre tanto, Skeld afilaba las puntas de sus flechas y aguardaba la batalla. Dije entonces a Herger:

—¿En qué sentido está hechizado?

—Si no está hechizado —repuso Herger—; puede que esté volviéndose árabe, porque se lava la ropa interior y también el cuerpo todos los días. ¿No has observado tú mismo esto?

Volví a responder que no lo había observado, a lo cual Herger replicó:

—¿Qué ves, entonces?

Rióse mucho por su propio ingenio, el cual yo no compartía ni aun fingía que compartía, ya que no sentía ganas de reír. Herger dijo entonces:

—Ustedes los árabes son demasiado melancólicos. Todo el tiempo se quejan. Nada es digno de risa para ustedes.

Debí decirle que estaba equivocado. Herger me desafió entonces a que le refiriera una historia humorística y yo le conté la del sermón de un predicador famoso. Creo que es bien conocida. Un famoso predicador está en el pulpito de su mezquita y todos a su alrededor, hombres y mujeres, se han congregado para escuchar sus nobles palabras. Un hombre, Hamid, se pone una túnica y un velo y se coloca entre las mujeres. El famoso predicador dice:

—Según la costumbre del Islam, conviene que nadie se deje crecer demasiado largo el pelo pubiano, se trate de hombres o de mujeres.

Alguien pregunta:
—¿Qué se considera largo, noble predicador?
Todos conocen la historia. Es muy grosera. El predicador responde:
—No debe crecer más alto que la cebada.
La mujer palpa debajo de las ropas de Hamid para tocar su bello pubiano y al hacerlo toca el órgano. Sorprendida, deja escapar un grito. Al oírla, el predicador se siente muy complacido y dice al auditorio:
—Todos ustedes deberían aprender a escuchar un sermón como lo ha hecho esta mujer, pues pueden ver cómo le tocó el corazón.
Y la mujer, sorprendida aún, responde así:
—No me tocó el corazón, noble predicador. Me tocó la mano.
Herger escuchó todas mis palabras con el rostro impasible. No rió ni sonrió en ningún momento. Cuando terminé de hablar, me preguntó:
—¿Qué es un predicador?
Al oír esto le dije que era un nórdico estúpido que no conocía nada de la gran amplitud del mundo. Al oír esto, en cambio, rió, aun cuando no había reído al oír mi anécdota.
En aquel momento Skeld lanzó un grito y todos los guerreros de Buliwyf, conmigo entre ellos, nos volvimos para mirar hacia las colinas, detrás del manto de niebla. He aquí lo que vi: Muy alto en el aire brillaba un punto de luz intensa, como una estrella reluciente a gran distancia. Todos los guerreros lo vieron y se oyeron murmullos y exclamaciones entre ellos.
Pronto apareció otro punto de luz, y luego otro, y otro. Conté una docena de ellos antes de dejar de contar. Estos puntos de fuego intenso aparecían en una línea que se ondulaba como una serpiente o, en verdad, como el cuerpo ondulante de un dragón.
—Prepárate —me dijo Herger, añadiendo el dicho común entre los nórdicos—: Suerte en la batalla.
Repetí el mismo voto para él antes que se alejara.
Los puntos relucientes estaban todavía distantes, pero se aproximaban. Oí entonces un ruido que tomé por el de truenos. Era un rumor profundo y lejano que se intensificaba en la atmósfera brumosa, como ocurre siempre cuando hay niebla. Es la pura verdad, en efecto, que cuando hay niebla el susurro de un hombre puede ser oído a una distancia de cien pasos con tanta claridad como si estuviera susurrando a nuestro oído.
Estaba yo ahora alerta, escuchando. Todos los guerreros de Buliwyf tomaron sus armas y quedaron en la misma actitud, observando y aguardando mientras el dragón luciérnaga de Korgon se aproximaba hacia nosotros con truenos y fuego. Cada punto reluciente se agrandó y adquirió un maligno color rojo que parpadeaba y tililaba. El cuerpo del dragón era largo y brillante, visión de aspecto horroroso, y con todo, yo no sentía miedo, ya que había decidido esta vez que éstos eran jinetes con antorchas, lo cual resultó exacto.
Muy pronto, pues, surgieron entre la niebla los hombres a caballo, sombras negras con antorchas levantadas, cabalgaduras negras que relinchaban y cargaban hasta que se inició la batalla. Inmediatamente el aire de la noche se llenó de gritos y alaridos terribles de dolor, ya que la primera carga había caído en el foso y muchos caballos cayeron y despidieron a sus jinetes, cuyas antorchas se apagaron, chisporroteando en el agua. Otros caballos intentaron salvar el foso, sólo para quedar atravesados en los postes afilados. Una sección del cerco se incendió, los guerreros corrían en todas direcciones.
Vi entonces a uno de los caballeros cabalgar a través del cerco en llamas y por primera vez pude ver con claridad a este wendol. Y lo que vi fue lo siguiente: sobre el caballo negro montaba una figura humana vestida de negro, pero su cabeza era la de un oso. Me apresó momentáneamente un miedo terrible y temí que este miedo sólo me provocaría

la muerte, ya que nunca había visto una visión tan de pesadilla. No obstante ello, en aquel mismo instante el hacha de mano de Etchgow se enterró profundamente en la espalda del jinete, el cual fue derribado y cayó. La cabeza de oso se separó entonces de su tronco, y vi que debajo había la cabeza de un hombre.

Con la velocidad del rayo, Etchgow saltó sobre el hombre caído y le apuñaló sobre el pecho, y volviendo el cadáver, le retiró el hacha de la espalda y se alejó corriendo a incorporarse a la batalla. También yo me uní a ella, porque el golpe de una lanza me hizo perder el equilibrio. Había ya muchos caballeros dentro del cerco, con sus antorchas ardientes. Algunos tenían cabeza de oso y otros no. Cuando rodearon la fortaleza trataron de incendiar el gran recinto de Hurot. Tanto Buliwyf como sus hombres lucharon con bravura para impedirlo.

Pude incorporarme en el momento en que uno de estos monstruos de la niebla se abalanzaba sobre mí con su cabalgadura. Juro que hice lo siguiente: me planté con firmeza y esgrimí mi lanza y creí que el choque con el animal me destrozaría. Sin embargo, mi lanza atravesó el cuerpo del jinete, quien dio un alarido horrible, aunque no cayó de su caballo, sino que prosiguió su carrera. Por mi parte, caí de bruces, sin aliento, pero no estaba en verdad herido, sino golpeado.

En el curso de esta batalla Herger y Skeld dispararon sus numerosas flechas y el aire silbaba al paso de ellas y lograron muchos impactos. Vi una flecha de Skeld hundirse en el cuello de un jinete y quedar allí. Vi luego cómo Skeld y Herger juntos atravesaron el pecho de otro, y era tal la rapidez con que ambos volvieron a sacar flechas y a tender sus arcos, que este mismo jinete no tardó en tener cuatro flechas hundidas en el pecho. Los gritos que daba mientras seguía cabalgando eran terribles.

Me enteré, sin embargo, de que esta hazaña era considerada como una lucha de muy mala calidad por Herger y Skeld, porque los nórdicos creen que no hay nada sagrado en un animal. Para ello, pues, el uso principal de las flechas es matar a los caballos con el fin de derribar al jinete. Acerca de esto dicen: «Un hombre derribado de su cabalgadura es sólo medio hombre y dos veces más susceptible de ser muerto.» Por ello es que actúan sin vacilar [3].

Luego vi esto: un jinete llegó al galope dentro de la empalizada, se inclinó muy bajo sobre su cabalgadura y recogió el cuerpo del monstruo muerto por Etchgow y echándolo sobre el cuello del animal se alejó, puesto que, como he señalado ya, estos monstruos de la niebla nunca dejan sus muertos para que los hallen cuando llega el día.

La batalla arreció largo tiempo a la luz del violento incendio que atravesaba la niebla con su resplandor. Vi a Herger empeñado en combate mortal con uno de los demonios. Tomé entonces otra lanza y la clavé muy hondo en la espalda del hombre. Herger, bañado en sangre, levantó un brazo en señal de gratitud y volvió al combate. En aquel instante me sentí muy orgulloso.

Quise después recobrar mi lanza, pero mientras lo hacía, me derribó un jinete al pasar sobre mí y desde aquel momento debo decir que no recuerdo mucho. Vi que estaba ardiendo una de las viviendas de los nobles de Rothgar con llamas que escupían y lamían los muros, pero que el recinto humedecido de Hurot estaba todavía en pie, y me alegré de ello como si yo mismo fuera uno de los nórdicos. Estos fueron los últimos pensamientos que recuerdo.

Amanecía cuando me despertó una especie de baño suave sobre la piel del rostro y me agradó aquella especie de caricia húmeda. No tardé en percibir que era objeto de los cuidados de un perro que me lamía. Me sentí como si hubiese sido un borracho sin sentido, sumamente mortificado, como cabe imaginar [4].

Vi en aquel momento que estaba tendido en el foso, en el cual el agua estaba teñida de sangre. Me levanté y recorrí el campamento humeante, frente a toda especie de escenas

de muerte y destrucción. Vi que la tierra estaba empapada en sangre, como si hubiera llovido, y con numerosos charcos. Vi los cuerpos de nobles muertos y también de mujeres y niños. Vi después tres o cuatro cuerpos que estaban chamuscados o quemados por el fuego. Todos estos cuerpos estaban diseminados en el suelo y me vi obligado a caminar sin apartar los ojos del suelo para evitar pisar a ninguno, tantos de ellos había.
De las obras de defensa, buena parte del cerco de postes había sido quemado. En otros sectores había caballos atravesados y ya fríos. Aquí y allí se veían antorchas. No vi a ninguno de los guerreros de Buliwyf.
No llegaban tampoco lamentos o quejas del reino de Rothgar, ya que los nórdicos no lloran la muerte. Por el contrario, reinaba un silencio inusitado. Oí cantar a un gallo y ladrar a un perro, pero no oí voz humana alguna en el exterior.
Entré entonces dentro del gran hall de Hurot y encontré allí dos cadáveres colocados sobre juncos con sus cascos sobre el pecho. Uno era el de Skeld, noble de Buliwyf, y el otro el de Helfdane, que había sufrido heridas y ahora estaba frío y pálido. Los dos estaban muertos. Estaba también Rethel, el más joven de los guerreros, sentado muy erguido en un rincón y atendido por unas esclavas. Rethel había sufrido heridas con anterioridad, pero tenía una nueva herida en el estómago que sangraba copiosamente. Sin duda le dolía mucho, aunque él se mostraba alegre y sonreía y cambiaba chanzas con las esclavas además de complacerse en pellizcarles el pecho y las nalgas. Por su parte, las esclavas le reprendían porque las distraía y les impedía vendarle las heridas.
He aquí la manera de tratar las heridas, según sea su tipo. Si un guerrero está herido en una extremidad, sea el brazo o la pierna, se le ata una ligadura y se colocan paños hervidos en agua sobre la herida para cubrirla. Me dijeron asimismo que se suele colocar telaraña o vellones de lana sobre la herida para espesar la sangre e impedir que fluya. Esto no lo vi en ninguna oportunidad.
Si un guerrero es herido en la cabeza o en el cuello, se le baña la herida hasta limpiarla y luego las esclavas la examinan. Si la piel está rota, pero los huesos blancos intactos, dicen de este género de herida: «No tiene importancia.» Si, en cambio, los huesos están fracturados o separados de algún otro modo, dicen: «Se le escapa la vida y pronto se le escapará del todo.»
Si un guerrero es herido en el pecho, le palpan las manos y los pies, y si los tiene tibios, dicen de tal herida «no tiene importancia». En cambio si este guerrero tose o vomita sangre, dicen: «Habla con sangre», y consideran esto de suma gravedad. Un hombre puede morir de este mal de hablar con sangre, o bien no morir, según sea su destino.
Si un guerrero es herido en el estómago, se le alimenta con una sopa de cebollas y hierbas. Las mujeres le huelen entonces las heridas, y si huelen a cebolla, dicen: «Tiene la enfermedad de la cebolla», y saben que morirá.
Vi con mis propios ojos a las mujeres preparar una sopa de cebollas para Rethel, quien tomó una buena porción. Las mujeres le olieron las heridas y olieron el olor de la cebolla. Al ver esto, Rethel rió a carcajadas y dijo algún chiste espontáneo, pidiendo luego hidromiel, que le sirvieron. No mostraba el menor signo de preocupación.
Buliwyf, el jefe y todos sus guerreros se congregaron en seguida en otro punto del gran hall. Me uní al grupo, pero nadie me saludó; Herger, a quien había salvado la vida, no reparó en mí, ya que los guerreros estaban absortos en una solemne conversación. Había aprendido algo de la lengua nórdica, pero no lo suficiente como para seguir aquellas palabras pronunciadas en voz baja y con rapidez, en vista de lo cual me alejé y bebí un poco de hidromiel mientras tenía conciencia de mis males físicos. A poco se acercó una esclava a lavarme las heridas. Eran un corte en la pantorrilla y otro en el pecho. Por mi parte no había tenido mucha sensación de dolor en estas heridas hasta que la mujer me las lavó.

Los nórdicos bañan las heridas con agua de mar, por creer que este agua posee mayores propiedades curativas que el agua dulce. Estos lavados con agua salada no son muy agradables para la parte herida. La verdad es que gemí, y al oírme, Rethel echó a reír y dijo a una de las esclavas:
—Sigue siendo un árabe.
Al oír esto, diré que me sentí avergonzado.
También acostumbran los nórdicos bañar las heridas con orina de vaca caliente. Me negué a que lo hicieran cuando me ofrecieron este tratamiento.
Consideran la orina de vaca una sustancia excelente y la guardan en recipientes de madera. Por lo general, la hierven hasta que se concentra y su olor hace arder las fosas nasales. A continuación emplean este líquido vil para el lavado, especialmente de las prendas ásperas de color blanco [5].
Me contaron asimismo que en una u otra época los nórdicos pueden emprender largos viajes por mar y no contar con reservas de agua dulce, en cuyo caso cada hombre bebe su propia orina y puede sobrevivir de esta manera hasta llegar a tierra firme. Me contaron esto, pero nunca lo vi, gracias a Alá.
Se me acercó en aquel momento Herger, por haber terminado la conferencia entre los guerreros. La esclava que me atendía me había hecho arder las heridas en forma atroz. A pesar de ello estaba yo decidido a observar la actitud alegre de cualquier nórdico. Dije, pues, a Herger:
—¿Qué tontería debemos hacer próximamente?
Herger observó mis heridas y me dijo:
—Puedes cabalgar sin dificultad.
Pregunté entonces a dónde iríamos, y la verdad es que inmediatamente perdí toda mi alegría, ya que me sentía muy fatigado y sin fuerzas para nada, salvo descansar. Herger repuso:
—Esta noche el dragón luciérnaga volverá a atacarnos. Desgraciadamente, estamos ahora muy débiles y nuestro número ha sido diezmado. Nuestras defensas están quemadas o destruidas. El dragón luciérnaga nos matará a todos.
Dijo estas palabras con calma. Lo advertí y le dije:
—¿A dónde iremos a caballo entonces? —se me ocurría que a causa de sus fuertes bajas, Buliwyf y sus hombres contemplaban la posibilidad de abandonar el reino de los Rothgar. No me oponía a este proyecto.
—El lobo que permanece en su guarida —dijo Herger— nunca consigue alimento, como tampoco obtiene la victoria el hombre que duerme.
Es éste un proverbio nórdico y por él inferí que el plan era otro. Saldríamos a atacar a los monstruos de la niebla, usando nuestros caballos, en sus propias guaridas en las montañas o en las colinas. De bastante mala gana pregunté a Herger cuándo tendría lugar esto, y él me dijo que hacia mediodía.
En aquel momento vi entrar en el hall a un niño que llevaba en las manos un objeto de piedra que fue examinado por Herger. Era una de esas tallas decapitadas de una mujer encinta, hinchada y fea. Herger lanzó una imprecación y dejó caer la talla de sus manos temblorosas. Llamó entonces a la esclava, quien tomó la talla y la arrojó al fuego, donde el calor de las llamas hizo que se rajara y rompiera en pedazos. En seguida se arrojaron estos fragmentos al mar, o por lo menos así me lo dijo Herger.
Pregunté qué significaba la talla y Herger me dijo:
—Es la imagen de los que se comen a los muertos, de la que preside sus festines y dirige sus comilonas.
Vi entonces que Buliwyf, que estaba en pie en el centro del gran hall, estaba contemplando el brazo de uno de los demonios, colgado aún de las vigas. Miró luego

los cuerpos de sus dos camaradas muertos y luego a Rethel, ya moribundo, y al hacerlo se encorvó y hundió el mentón en el pecho. Por fin pasó junto a ellos y salió por la puerta, y vi que se colocaba la armadura, tomaba su espada y se preparaba una vez más para la batalla.

[1] Este pasaje es, según parece, el origen del comentario hecho en 1860 por el reverendo Noel Harleigh, cuando manifiesta que «entre los vikingos bárbaros la moralidad estaba subvertida de modo tan perverso que su sentido de la limosna se expresaba en el pago hecho a los fabricantes de armas». La gran seguridad, típicamente victoriana, con que se expresa Harleigh superaba sus conocimientos lingüísticos. La palabra nórdica *alm* significa «olmo», madera flexible de la cual los escandinavos confeccionaban sus arcos y flechas. Es sólo por casualidad que este término tenga otro significado en inglés, es decir, el de «donaciones» de caridad, que en general se considera derivado del griego *eleos*, compasión.

[2] *Línea adeps*: literalmente la «línea gorda». Si bien la precisión anatómica del pasaje nunca ha sido cuestionada por hombres de armas en los mil años transcurridos desde entonces, por ser la línea de mayor perímetro del cuerpo el punto donde se hallan los nervios y vasos más vitales, el origen preciso del término es más bien misterioso. En este sentido resulta de interés señalar que una de las sagas islándicas menciona a un guerrero herido en 1030 que se extrae una flecha del pecho y ve trozos de carne adheridos a ella. Comenta entonces que todavía tiene «gordura» alrededor del corazón. La mayoría de los especialistas concuerdan en que se trata de un comentario irónico de un guerrero que sabe que su herida es mortal. Esto tiene sentido desde el punto de vista anatómico.
En 1874 el historiador norteamericano Robert Miller se refirió a este pasaje de Ibn Fadlan al afirmar: «Aunque eran guerreros feroces, los vikingos tenían pocas nociones de la fisonomía. Se instruía a los hombres que buscaran la línea vertical y central del cuerpo del contrincante, pero al hacer esto, como es natural, no alcanzaban el corazón, por estar situado en el sector izquierdo del pecho.»
El poco conocimiento debe atribuirse más bien a Miller y no a los vikingos. Durante varios siglos el común de los hombres de Occidente ha supuesto que el corazón se encuentra situado en el sector izquierdo del pecho. Los norteamericanos se colocan la mano sobre el corazón cuando juran lealtad a su bandera. Existe una tradición folklórica que data de largo tiempo, según la cual muchos soldados han escapado a la muerte por haber llevado en el bolsillo superior izquierdo una Biblia que interceptó la bala fatal, o bien variaciones sobre este tema. En realidad el corazón es un órgano central que se extiende en grado diverso hacia el sector izquierdo del pecho. Una herida inferida allí, pues, siempre perforará el corazón.

[3] Según la ley divina, los musulmanes creen que «El Mensajero de Dios ha prohibido toda crueldad hacia los animales». Esto se extiende a aspectos tan cotidianos como el mandamiento de descargar con rapidez a las bestias de carga para que no sufran indebidamente su carga. Además los árabes se vanagloriaron siempre de criar y domesticar caballos. Los escandinavos no abrigaban sentimientos especiales hacia los animales. Casi todos los observadores árabes han comentado su falta de afecto por los caballos.

[4] La mayoría de los primeros traductores del manuscrito de Ibn Fadlan eran cristianos que desconocían la cultura árabe y su interpretación de este pasaje refleja su ignorancia. En una traducción muy libre el italiano Lacalla, en 1847, dice: «Por la mañana desperté de mi sopor de ebrio como un perro cualquiera y me sentí sumamente avergonzado de mi condición.» Skovmand, en su comentario de 1919, decide sin vacilaciones que «no cabe dar crédito a las historias de Ibn Fadlan, ya que estaba ebrio durante las batallas, cosa que él mismo admite». Con mayor caridad, Du Chatellier, vikingófilo confirmado, dijo en 1908: «El árabe muy pronto se contagió de la ebriedad de la batalla que es la esencia misma del espíritu heroico de los nórdicos.»
Debo manifestar mi gratitud a Massud Fassan, erudito Sufi, por haber aclarado la alusión hecha por Ibn Fadlan en este pasaje. En verdad está comparándose a un personaje de una anécdota jocosa árabe muy antigua:
Un ebrio cae sobre un charco de sus propios vómitos a un lado del camino. Llega un perro y empieza a lamerle la cara. El ebrio supone que alguien de buen corazón está limpiándole la cara y dice, agradecido: «Que Alá haga obedientes a tus hijos.» El perro levanta entonces una pata y orina sobre el ebrio, quien responde: «Y que Dios te bendiga, hermano, por haber traído agua tibia para lavarme la cara.»
Para los árabes, la anécdota encierra la recomendación habitual contra la ebriedad y la sutil advertencia de que el alcohol es khmer, o inmundicia, como la orina.

Ibn Fadlan pretendía, según es probable, que sus lectores supusieran no que estaba alguna vez ebrio, sino más bien que tuvo la suerte de evitar que el perro orinara sobre él, así como antes escapó a la muerte en la batalla. Se trata de una nueva alusión al hecho de haberse salvado por muy poco.

[5] La orina es una fuente de amoníaco, excelente compuesto para limpiar.

EL PARAMO DEL TERROR

Buliwyf pidió siete caballos robustos, y en las primeras horas del día salimos cabalgando del gran hall de Rothgar en dirección a la llanura y a las colinas detrás de ella. Nos acompañaban cuatro galgos de color blanco puro, grandes animales que yo juzgaría se encuentran más cerca de los lobos que de los perros, por ser tanta su fiereza. Era ésta toda nuestra fuerza de ataque, hecho que me llevó a considerar la empresa como un débil gesto contra tan importante enemigo, a pesar de que los nórdicos tienen mucha fe en el elemento sorpresa y en el ataque astuto. Además, según sus propios cálculos, cada uno de ellos equivalía en valor a tres o cuatro de sus contrincantes.

No estaba yo dispuesto a embarcarme en una nueva aventura bélica y me sorprendió sobremanera que los nórdicos no se hicieran eco de tal punto de vista, que surgía, sin duda, de la fatiga que me invadía. Respecto de ello, Herger manifestó:

—Siempre es así, ahora y en Valhalla —su idea del cielo.

En este cielo que ellos imaginan como un gran hall, los guerreros libran combate de la mañana hasta el atardecer. Entonces los muertos resucitan, todos comparten un festín durante la noche con infinita cantidad de comida y de bebida y al día siguiente vuelven a batirse. Y aquellos que mueren resucitan y hay otro festín. Tal es la naturaleza de su cielo por toda la eternidad [1].

Determinó la dirección de nuestra marcha el reguero de sangre dejado durante la noche por los jinetes en retirada. Abrían la marcha los galgos, que corrían siguiendo este rastro de sangre. En una ocasión nos detuvimos en la llanura para recoger un arma dejada por los demonios durante su trayecto. He aquí la naturaleza del arma: era un hacha de mano con un mango de madera y una hoja de piedra afilada y fijada al mando por medio de lazos de cuero. Los bordes eran sumamente afilados y la hoja había sido hecha con destreza, como si esta piedra fuera una joya femenina destinada a satisfacer la vanidad de una dama noble. Hasta este punto llegaba la calidad de la artesanía y era un arma formidable por el filo de su borde. Nunca he visto un objeto semejante en ninguna otra parte del mundo. Me dijo Herger que los wendol hacían sus armas y utensillos de esta piedra, o por lo menos así lo creían los nórdicos.

Seguimos avanzando a buen paso, precedidos siempre por los ruidosos galgos, cuyos ladridos animaban algo. Por fin llegamos a las colinas. Nos internamos en ellas sin vacilar o titubear, cada uno de los guerreros de Buliwyf empeñado en su propósito, todos nosotros un grupo de nombres silenciosos y con el rostro lleno de determinación. También reflejaban algo de temor, pero a pesar de ello ninguno de los hombres se detuvo ni vaciló, sino que prosiguió la marcha a caballo.

Hacía ya mucho frío en las colinas, en los bosques de árboles de color verde oscuro, y el viento helado soplaba entre nuestras ropas. Veíamos además el hálito de la respiración de nuestras cabalgaduras y de nuestros perros, semejantes a penachos blancos. A pesar de todo, seguíamos avanzando. Después de un trayecto que se prolongó hasta mediodía, nos encontramos frente a un paisaje distinto. Había allí una meseta o páramo con maleza áspera, una región desolada, que se parecía más que nada a un desierto, aunque no era arenoso o seco, sino húmedo y anegado, y sobre esta tierra se extendía una ligerísima niebla. Los nórdicos llaman a esta región el páramo del terror [2].

Vi entonces con mis propios ojos que esta niebla estaba esparcida sobre la tierra en pequeños bolsillos o manchas, como nubes diminutas sentadas sobre la superficie. En un sector el aire está despejado. En otro, en cambio, se veían manchas de niebla junto a la tierra, que llegaban hasta las rodillas de los caballos, y en lugares como éstos perdíamos de vista a los perros, que quedaban envueltos en la niebla.. Momentos más

tarde ésta se disipaba y nos encontrábamos otra vez en un espacio abierto. Tal es el paisaje en el páramo.
Hallé este espectáculo notable, aunque los nórdicos no veían en él nada especial. Comentaron que la región tiene muchos lagos de agua amarga y también aguas surgentes a alta temperatura, que proviene de grietas en la tierra. En estos puntos se concentran nieblas aisladas que permanecen allí día y noche. Llaman a esto la región de los lagos hirvientes.
El terreno resulta difícil para las cabalgaduras y debimos avanzar con mayor lentitud. Los perros corrían a su vez más despacio y observé que ladraban con menos energía. Muy pronto el aspecto del grupo había cambiado, y de un galope con perros bulliciosos al frente, pasamos a una marcha lenta, precedida por perros silenciosos que nos conducían de mala gana y aun retrocedían y llegaban a meterse entre las patas de los caballos, lo cual creaba dificultades de cuando en cuando. Hacía aún mucho frío, mucho más, diré, que aquí y allí vi alguna mancha pequeña de nieve en el suelo, si bien estábamos, según mis cálculos, en el período del verano.
Avanzamos una buena distancia a este paso lento y me pregunté si acaso no perderíamos el camino, sin volver a hallar nunca más el de regreso a través de este páramo. Sin embargo, en un lugar determinado los perros se detuvieron. No había diferencias en el terreno, ni tampoco rastros de objetos en el suelo. A pesar de ello los perros se detuvieron como si hubiesen llegado a una valla u obstáculo palpable. El grupo se detuvo allí, y todos miramos en una y otra dirección. No había viento ni se oía ningún ruido, ni aun el de aves o animales vivos, sólo silencio.
—Estamos en la tierra de los *wendol* —dijo Buliwyf, y los guerreros dieron unas palmadas a sus cabalgaduras en el cuello para animarlas, ya que los animales se mostraban aprensivos y nerviosos en esta región. También estaban nerviosos sus jinetes. Buliwyf tenía los labios apretados. Las manos de Etchgow temblaban al aferrar las riendas. Herger estaba sumamente pálido y miraba con ojos inquietos en una y otra dirección. También miraban inquietos los demás.
Los nórdicos suelen decir: «El miedo tiene la boca blanca», y pude comprobar en aquel momento que era verdad, pues todos estaban pálidos alrededor de los labios y la boca. Nadie habló, no obstante, de su temor.
Dejamos atrás a los perros y seguimos cabalgando sobre un terreno más nevado, en el que la nieve era ligera y crujiente a nuestro paso, hasta que nos internamos en una niebla más espesa. Nadie hablaba, salvo para dirigirse a los caballos. Con cada paso que dábamos resultaba más difícil hacer moverse a los animales. Los guerreros optaron entonces por instarlos a seguir mediante susurros o bien hundiéndoles los talones en los lomos. Pronto vimos siluetas borrosas en medio de la niebla frente a nosotros y nos aproximamos con cautela. Vi entonces con mis propios ojos lo siguiente: Sobre ambos lados del sendero y montados muy alto sobre gruesos postes estaban los cráneos de animales enormes con las fauces abiertas como para atacar. Proseguimos y vi que eran los cráneos de osos gigantescos, venerados por los *wendol*. Herger me dijo que los cráneos de oso protegen las fronteras de la tierra de los *wendol*.
Seguidamente avistamos otro obstáculo, gris, lejano y grande. Se trataba de una roca gigantesca también, que llegaba a la altura de nuestras monturas y estaba tallada en forma de una mujer encinta, con abdomen y pechos hinchados, pero sin cabeza, ni brazos, ni piernas. Esta roca estaba salpicada por la sangre de algún sacrificio reciente. En verdad estaba cubierta de regueros de sangre y era muy desagradable mirarla.
Nadie del grupo hizo comentario alguno sobre lo visto. Avanzamos al mismo paso. Los guerreros sacaron sus espadas y las esgrimieron, listas para defenderse. Mencionaré en este punto una cualidad de los nórdicos, la de que previamente mostraron temor, pero

una vez llegados a la tierra de los *wendol*, próximos a la fuente de sus temores, su propia aprensión se disipó. Así es como parecen nacerlo todo al revés y de un modo desconcertante, ya que en verdad en aquel momento parecían estar del todo serenos. Sólo los caballos resultaban cada vez más difíciles de manejar.

Olí entonces el olor a carroña percibido con anterioridad en el gran hall de Rothgar. Al volver a sentirlo, me invadió una ola de miedo. Herger se me aproximó con su cabalgadura y me preguntó:

—¿Cómo te sientes?

Incapaz de dominar mis sentimientos, repuse:

—Tengo miedo.

Herger replicó:

—Es porque piensas en lo que habrá de venir e imaginas cosas terribles, capaces de helarle la sangre a cualquier hombre. No pienses en el futuro y consuélate sabiendo que nadie vive eternamente.

Vi la verdad de sus palabras.

—En nuestra sociedad —dije— tenemos el siguiente dicho: «Gracias a Alá, que en su gran sabiduría colocó a la muerte al final de la vida y no al principio.»

Herger sonrió al oír esto y rió un instante.

—En medio del temor, hasta los árabes dicen la verdad —dijo, y se alejó a repetir mis palabras a Buliwyf, quien rió a su vez. En aquel momento los guerreros de Buliwyf acogieron de buena gana aquel chiste.

Llegamos poco después a una colina y al llegar a su cima hicimos un alto y contemplamos desde allí el campamento de los *wendol*. He aquí cómo apareció debajo de nosotros, pues lo vi con mis propios ojos. Había un valle y en el valle un círculo de chozas primitivas de barro y de paja, de construcción tan rudimentaria como las que podría erigir un niño. En el centro había una gran hoguera que ardía aún. No había en cambio caballos, no había animales, no había movimiento, ni señales de vida de ninguna clase. Pudimos apreciar este hecho a través de los espacios entre la niebla.

Buliwyf desmontó, seguido por sus guerreros y por mí. A decir verdad me palpitaba el corazón con tanta violencia al contemplar desde arriba el salvaje campamento de los demonios, que sentí que me ahogaba. Hablamos todos en un susurro.

—¿Por qué no hay actividad? —pregunté.

—Los wendol son animales nocturnos como las lechuzas y los murciélagos —repuso Herger— y duermen durante las horas del día. Están durmiendo, pues, en este momento, lo cual aprovecharemos para bajar y caer sobre ellos matándolos en medio de sus sueños.

—Somos tan pocos —dije. Había visto gran cantidad de chozas abajo.

—Somos bastantes —replicó Herger, y me dio un trago de hidromiel, que bebí con gratitud mientras alababa a Alá por no haberlo prohibido ni aun hallarlo reprobable [3]. En verdad hallaba en este punto que mi lengua acogía de forma hospitalaria aquella sustancia que antes había considerado vil. Es así cómo las cosas extrañas dejan de serlo a raíz de la repetición. Del mismo modo, no reparaba tampoco en el hedor repugnante de los wendol, por haberlo olido durante tanto tiempo hasta haber dejado de advertirlo.

La gente del Norte es sumamente peculiar en cuanto se refiere a los olores. No son gente limpia, como he dicho ya, y comen toda clase de alimentos y líquidos viles. Sin embargo, es también verdad que valoran la nariz por encima de todas las partes del cuerpo. En la batalla, la pérdida de una oreja no tiene mucha importancia, como no la tiene la de un dedo de la mano o del pie, aunque la tiene algo más la de una mano. Soportan estas cicatrices o pérdidas con gran indiferencia. En cambio, consideran la

pérdida de la nariz como la pérdida de la vida misma, y ello se aplica aun a la pérdida de parte de la punta carnosa, que otra gente consideraría como de menor importancia.
La fractura de los huesos de la nariz en la batalla o bien por golpes es grave para ellos y muchos tienen narices torcidas por esa causa. No conozco, en cambio, el origen de su temor por la pérdida de la nariz [4].
Recobradas las fuerzas los guerreros de Buliwyf y yo entre ellos dejamos nuestros caballos en la colina, pero no fue posible dejarlos solos, pues estaban muy asustados. Uno de nuestro grupo debía quedar junto a ellos y yo abrigué la esperanza de que me eligirían a mí. Sin embargo, fue Haltaf quien quedó, por estar herido y ser de poca utilidad. El resto descendimos, pues, con gran sigilo entre los matorrales escasos y los arbustos marchitos, cuesta abajo en dirección al campamento de los wendol. Nos movimos con gran cautela y nadie se despertó en el campamento, de manera que pronto nos encontramos en el centro mismo de la aldea de los demonios.
Buliwyf no habló en ningún momento, sino que nos daba todas las instrucciones y órdenes por medio de gestos. Me dio a entender mediante dichos gestos que debíamos avanzar en grupos de dos guerreros cada uno, cada par en distinta dirección. Herger y yo debíamos atacar la más próxima de las chozas de barro, y el resto, las otras. Aguardamos todos hasta que los grupos estuvieran apostados junto a la puerta de las chozas y entonces, con un alarido, Buliwyf levantó su gran espada Runding y se lanzó a la cabeza del ataque.
Me abalancé con Herger dentro de una de las chozas, la cabeza palpitante por la sangre agolpada allí, la espada, ligera como una pluma entre mis manos. En verdad estaba dispuesto a librar la batalla más cruenta de mi vida. No vi nada en el interior. La choza estaba desierta y desnuda, salvo por los jergones de paja de aspecto tan primitivo que parecían más bien el lecho de algún animal.
Salimos corriendo al exterior y atacamos la choza siguiente, que volvimos a hallar vacía. Todas las chor zas estaban vacías y los guerreros de Buliwyf se mostraron desilusionados en extremo y se miraron los unos a los otros con expresiones de sorpresa y desconcierto.
Entonces nos llamó Etchgow y nos congregamos todos en una de las chozas, algo mayor que el resto. Y allí pude ver por qué estaba desierta como todas las demás, aunque el interior de ésta no estaba desnudo. Por el contrario, el suelo estaba cubierto de huesos quebradizos que crujían al pisar sobre ellos como huesecillos de pájaros, delicados y frágiles. Me sorprendí al ver aquello y me incliné a mirar los huesos de cerca. Con una sensación de horror vi la línea curvada de una órbita aquí y unos cuantos dientes más lejos. Estaba, en verdad, en pie sobre una alfombra de huesos humanos de caras, y como pruebas más concluyentes de lo que afirmo, esta verdad horrorosa, en un alto montón contra una pared de la choza se encontraban los cráneos, dispuestos con el hueso hacia arriba como otros tantos recipientes de cerámica, pero de un reluciente color blanco. Me sentí enfermo y salí fuera a vomitar y purgarme de esta manera. Herger me dijo que los wendol comen los cerebros de sus víctimas del mismo modo que cualquiera de nosotros podría comer huevos o queso. Tal es su costumbre y, por horrendo que resulte contemplar siquiera semejante hábito, es verdad.
Nos llamó entonces otro de los guerreros y entramos en otra choza. En ella vi lo siguiente: la choza estaba vacía, salvo por un sillón amplio, semejante a un trono, tallado en un solo trozo gigantesco de madera. Tenía el respaldo en forma de abanico y tallado con figuras de serpientes y demonios. Al pie del trono estaban diseminados huesos de cráneos y sobre los brazos del sillón, donde podría haber apoyado las manos su dueño, había sangre y restos de una sustancia blanquecina semejante al queso y que no era otra cosa que sustancia cerebral. El olor que reinaba en aquel recinto era horrible.

Colocadas todo alrededor de este sitial había pequeñas tallas representando a la mujer encinta, tal como las he descrito ya. Las imágenes formaban, pues, una especie de círculo o perímetro en torno de la silla.
Herger dijo:
—Desde aquí reina ella —su voz era baja y temerosa.
No pude comprender qué quería decir, pero me sentí enfermo del corazón y del estómago. Volví a vaciar éste en el suelo mismo. Herger y los otros eran todos presa de la misma repugnancia, pero nadie entre ellos vomitó, sino que tomaron brasas de la hoguera e incendiaron las chozas. Todas ardieron con lentitud, por estar húmedas.
Hecho esto volvimos a trepar a la cima de la colina, montamos nuestras cabalgaduras y abandonando la región de los wendol atravesamos luego la del desierto del terror. Y todos los guerreros de Buliwyf estaban tristes, ya que los wendol los habían superado en cuanto a astucia e inteligencia al abandonar sus guaridas por haber previsto el ataque. Tampoco considerarían gran pérdida la de sus viviendas incendiadas.

[1] Algunas autoridades en mitología señalan que los escandinavos no crearon este concepto de la batalla eterna, sino que se trata más bien de una idea celta. Cualquiera sea la verdad, es del todo razonable que los compañeros de Ibn Fadlan lo hayan adoptado, ya que los escandinavos de la época mantenían contacto con los celtas desde hacía más de ciento cincuenta años.

[2] Literalmente, en árabe, el «desierto del terror». En un trabajo publicado en 1927, J. G. Tomlínson señaló que la misma frase aparece en la *Völsunga Saga*, razón por la cual discurre en forma extensa que se trata de un término genérico para describir regiones que eran objeto de tabúes. Tomlinson ignoraba que la *Völsunga Saga* no dice nada de esto. La traducción hecha en el siglo XIX por William Morris contiene en verdad el siguiente comentario: «Existe un páramo del terror en la parte más alejada del mundo», pero tales palabras son del propio Morris y aparecen en uno de los numerosos pasajes en los cuales habla con gran extensión acerca de la saga germánica original.

[3] La prohibición islámica contra el alcohol se refiere exclusivamente al fruto fermentado de la vid, es decir, el vino. Las bebidas fermentadas de la miel están específicamente permitidas a los musulmanes.

[4] La explicación psiquiátrica habitual de tales temores en cuanto a la pérdida de partes del cuerpo es que expresan el temor a la castración. En un estudio realizado en 1937, «Deformaciones de la Imagen del Cuerpo en las Sociedades Primitivas», Engelhardt observa que muchas culturas son explícitas al respecto. Por ejemplo, los Nanamoni del Brasil castigan a los criminales sexuales cortándoles la oreja izquierda, lo cual reduce, según ellos creen, la potencia sexual. Otras sociedades atribuyen importancia a la pérdida de dedos de la mano o de los pies o bien, en el caso de los nórdicos, de la nariz. Es una superstición común en muchas sociedades que el tamaño de la nariz de un hombre refleja el de su miembro sexual.
Emerson arguye que la importancia acordada a la nariz en las sociedades primitivas refleja una actitud residual de la época en que los hombres eran cazadores y dependían en alto grado del sentido del olfato en la búsqueda de caza y asimismo en la tarea de eludir a sus enemigos. Dentro de una forma de vida como ésta, la pérdida del sentido del olfato era en verdad grave.

EL CONSEJO DEL ENANO

Volvimos como habíamos ido, pero cabalgando a mayor velocidad, ya que los caballos estaban ansiosos, y por fin llegamos al pie de las colinas y avistamos la gran llanura, nuestra población y la gran fortaleza de Rothgar.

En aquel punto, Buliwyf se desvió y nos llevó en otra dirección, hacia un terreno elevado y rocoso azotado por los vientos del océano. Yo cabalgaba junto a Herger y le pregunté la razón del cambio de ruta. Herger me contestó que debíamos ir en busca de los enanos de la región.

Me sorprendió mucho esto, pues los nórdicos no aceptan a los enanos en medio de sus comunidades. Nunca se ve a ninguno en las calles, ni se sientan al pie de los reyes, ni se les ve, en fin, contando dinero o llevando el registro o haciendo las cosas que por lo general sabemos acostumbran hacer [1]. Nunca había mencionado un nórdico a los enanos y yo llegué a suponer que la gente de talla tan gigantesca [2] como la de ellos no podría nunca procrear enanos.

Llegamos así a un paraje lleno de cuevas hondas y azotadas por el viento. Buliwyf bajó de su caballo y todos sus guerreros hicieron lo mismo para proseguir el camino a pie. Oímos luego un sonido sibilante y juro que vi nubes de vapor brotar de una y otra de las cuevas. Cuando entramos en una de ellas, encontramos allí enanos.

Tenían el aspecto siguiente: de la talla habitual de los enanos se diferenciaban de los comunes por sus cabezas de gran tamaño, además de que sus rostros aparentaban ser los de ancianos. Había enanos tanto hombres como mujeres y todos daban la impresión de ser muy viejos. Los hombres tenían barbas y eran muy reposados. También las mujeres tenían vello en la cara, lo cual les daba el aspecto de hombres. Cada enano vestía una prenda hecha de piel o de marta y también llevaba cada uno un fino cinturón de cuero decorado con trozos de oro martillado.

Los enanos nos recibieron con gran cortesía y sin señales de temor. Herger me dijo que estos hombres tienen poderes mágicos y no tienen, por tanto, motivo para temer a nadie en el mundo. Son en cambio muy aprensivos frente a los caballos, y por esta razón habíamos debido dejar los nuestros. Herger me contó asimismo que los poderes de un enano residen en su fino cinturón, de tal manera que si llega a perderlo hará cualquier cosa por recobrarlo.

Herger añadió que el aspecto que tenían de gran edad respondía a la realidad, ya que un enano vivía mucho más que cualquier hombre común. Me comentó luego que estos enanos muestran su virilidad desde una edad temprana, que aun cuando son niños de corta edad tienen vello pubiano y miembros de proporciones inusitadas. En verdad es por esos signos que los padres se enteran de que su hijo es un enano y un ser mágico que debe ser llevado a las colinas para que viva con otros de su género. Hecho esto los padres dan gracias a los dioses y sacrifican algún animal, por cuanto haber engendrado y dado a luz un enano es considerado como un golpe de fortuna.

Tal es la creencia de los nórdicos, según me la explicó Herger, y si bien yo no sé bien cuál es la verdad, me limito a reproducir lo que él me dijo.

Vi en aquel momento que el ruido sibilante y el vapor surgían de grandes calderos en los cuales se hundían hojas de acero martillado para templar el metal, pues los enanos forjan armas sumamente apreciadas por los nórdicos. Debo añadir que vi a los guerreros de Buliwyf examinando con gran interés el interior de las cuevas, tal como lo harían las mujeres en las tiendas del bazar donde se venden sedas preciosas.

Buliwyf hizo algunas preguntas a estos seres, quienes le indicaron que se dirigiera a la cueva más alta, en la cual estaba un solo enano, más viejo que todos los otros, con barba

y pelo blancos como la nieve y un rostro surcado de arrugas. Llamaban a este enano el *tengol*, que significa «juez del bien y del mal» y también adivino.
Este *tengol* tenía seguramente los poderes mágicos que todos le atribuían, porque en seguida saludó a Buliwyf por su nombre y le invitó a sentarse junto a él. Una vez sentado Buliwyf, el resto nos quedamos a cierta distancia y en pie.
Diré que Buliwyf no ofreció presentes al *tengol*. Los nórdicos nunca rinden pleitesía a esta gente de pequeña talla. Creen que los favores de éstos deben ser conferidos en forma espontánea y que no es correcto incitar los favores de un enano ofreciéndole dádivas. Así, pues, Buliwyf permanecía sentado mientras el tengol le miraba. A continuación éste cerró los ojos y comenzó a hablar mientras se mecía hacia adelante y hacia atrás. Hablaba con la voz aguda de un niño, y Herger me tradujo lo que decía.
— ¡Oh, Buliwyf!, eres un gran guerrero, pero has encontrado a tus iguales en los monstruos de la niebla, los caníbales que comen a los muertos. Será ésta una lucha a muerte y necesitarás de toda tu sabiduría y tus fuerzas para vencer el desafío.
El enano siguió hablando en estos términos durante mucho tiempo, meciéndose siempre. La esencia de lo que dijo fue que Buliwyf estaba frente a un adversario difícil, cosa que yo sabía bien ya, como también lo sabía Buliwyf. A pesar de ello Buliwyf no mostró impaciencia.
Vi asimismo que Buliwyf no se ofendió cuando el enano se reía de él, cosa que hacía a menudo. El enano le dijo, en efecto:
—Has acudido a mí porque atacaste a los hombres en el páramo árido y no te dio resultado alguno. Acudes, pues, a mí en busca de consejo y recomendaciones, como acudiría un niño a su padre, diciendo: «¿qué haré ahora, ya que todos mis planes han fracasado?»
El tengol rió largamente de su propio chiste, mas luego su rostro de viejo adquirió una expresión grave.
— ¡Ah, Buliwyf! —dijo—, veo el futuro, pero no puedo decirte más de lo que sabes ya. Tú y todos tus bravos guerreros reunisteis vuestra destreza y valor para lanzar un ataque contra los monstruos que habitan el desierto del terror. En esto se equivocaron, pues no era ésta una empresa de verdaderos héroes.
Oí con asombro estas palabras, pues yo había hallado la empresa bien digna de un héroe.
—No, no, noble Buliwyf —declaró el tengol—. Emprendiste una misión falsa y en lo más profundo de tu corazón de héroe sabías bien que era indigna de ti. También lo fue tu batalla contra el dragón luciérnaga Korgon y te costó unos cuantos guerreros magníficos. ¿Qué objeto tienen tus planes?
Buliwyf seguía sin responder. Sentado junto al enano, aguardaba.
—El gran desafío para un héroe —dijo el enano— se encuentra en el corazón, no en el adversario. ¿Qué habría importado que sorprendieses a los wendol en su guarida y matases a muchos de ellos mientras dormían? Podrías haber matado a muchos, pero ello no habría dado fin a la lucha, como cortar los dedos a un hombre no da cuenta de él. Para matarlo hay que perforarle la cabeza o el corazón, y lo mismo sucede con los wendol. Todo esto lo sabes y no necesitas de mi consejo para saberlo.
En estos términos, mientras se mecía, reprendió el enano a Buliwyf. Y Buliwyf aceptó la reprimenda, ya que no replicó, sino que inclinó la cabeza.
—Has hecho la tarea de un hombre común —prosiguió el enano—, no la de un verdadero héroe. El héroe realiza lo que ningún otro hombre osa realizar. Para matar al wendol tienes que perforarle la cabeza y el corazón. Debes vencer a su madre misma en las cuevas de los truenos.
No comprendí el sentido de estas palabras.

—Tú lo sabes, pues siempre ha sido así, en toda la historia del hombre. ¿Habrán de morir tus guerreros, uno por uno? ¿O bien atacarás a la madre en las cuevas? No se trata de una profecía, sino de la elección entre ser hombre o héroe.
Por fin Buliwyf respondió, pero lo hizo en voz tan baja que no pude oír con los murmullos del viento que barría la entrada de la cueva. Fueran cuales fueran sus palabras, el enano habló otra vez:
—Esta es la respuesta del héroe, Buliwyf, y no habría esperado otra de ti. Por ello te ayudaré en tu empresa.
En aquel momento varios enanos se adelantaron entre los huecos sombríos de la cueva. Todos llevaban muchos objetos.
—Aquí tienes —dijo el tengol— trozos de cuerdas trenzadas con la piel de focas atrapadas cuando se producen los primeros deshielos. Estas cuerdas te ayudarán a llegar por el océano a la entrada de las cuevas de los truenos.
—Gracias —dijo Buliwyf.
—Y aquí tienes siete dagas, forjadas con vapor y magia, para ti y tus guerreros. Las espadas de gran tamaño no tendrán utilidad en las cuevas de los truenos. Llevad estas armas con valor y se cumplirán vuestros deseos.
Buliwyf tomó las dagas y volvió a agradecer al enano. Se puso entonces en pie y preguntó:
—¿Cuándo haremos esto?
—Ayer es mejor que hoy —repuso el tengol—, y mañana es mejor que pasado mañana. Debéis apresuraros y cumplir vuestras intenciones con el corazón firme y la mano vigorosa.
—¿Y qué vendrá después de nuestro triunfo? —preguntó Buliwyf.
—En tal caso el wendol será mortalmente herido y se agitará por última vez en los estertores de la muerte, y pasada esta última agonía, esta tierra tendrá paz y felicidad siempre. Y tu nombre será cantado en loas de gloria en todas las fortalezas del Norte y por la eternidad.
—Así se cantan las proezas de los hombres muertos —señaló Buliwyf.
—Es verdad —dijo el enano, y volvió a reír con la risa del niño o de la muchacha—. Pero también se cantan las de los héroes que sobreviven, mientras que nunca se cantan los hechos realizados por los hombres comunes. Todo esto lo sabes ya.
Buliwyf salió entonces de la cueva y entregó a cada uno de nosotros una daga de los enanos. Descendimos después de los escollos rocosos y batidos por los vientos y volvimos al reino y a la gran fortaleza de Roth-gar al caer la noche.
Todos estos hechos se registraron y yo los vi con mis propios ojos.

[1] En el Mediterráneo, desde la época de los egipcios, se consideraba a los enanos como poseedores de especial inteligencia y como dignos de confianza y se les encomendaban tareas de teneduría de libros y manejo de dinero.

[2] En unos noventa esqueletos que pueden ser decididamente atribuidos al período de los vikingos en Escandinavia, la talla media parece ser de 1,70 metros, aproximadamente.

SUCESOS DE LA NOCHE ANTERIOR AL ATAQUE

Aquella noche no llegó la niebla. Descendió algo de bruma de las colinas, pero quedó suspendida entre los árboles y no se aproximó reptando sobre la llanura. En el gran salón de Rothgar tuvo lugar un gran festín y Buliwyf con todos sus guerreros participó en las celebraciones. Se sacrificaron dos grandes carneros [1], comiéndoselos inmediatamente. Todos bebieron copiosas cantidades de hidromiel. El mismo Buliwyf violó a media docena de jóvenes esclavas, o quizá a un número mayor. Sin embargo, a pesar de todo este regocijo aparente, ni él ni sus guerreros estaban de verdad alegres. De cuando en cuando veía yo a algunos de ellos mirar las cuerdas de piel de foca y las dagas de los enanos, que estaban amontonadas en un sector.

Me incorporé a la fiesta por sentirme ya como uno de ellos después de haber pasado tanto tiempo en su compañía, o por lo menos tenía la sensación de ser uno de ellos. Diré que aquella noche llegué a sentirme como si hubiese nacido nórdico.

Herger, que estaba muy ebrio, me habló sin reservas de la madre de los wendol, diciéndome lo siguiente:

—La madre de los wendol es muy vieja y vive en las cuevas del trueno. Estas cuevas se encuentran en las rocas de los acantilados, no lejos de aquí. Las cuevas tienen dos aberturas, una sobre la tierra firme y otra sobre el mar. La entrada sobre tierra firme, no obstante, está guardada por los wendol, quienes protegen a su anciana madre. Por esta razón no podemos atacarlos por el lado de la tierra, pues nos matarán. Atacaremos, pues, por el mar.

—¿Cómo es esta madre de los wendol? —le pregunté.

Herger me dijo que ningún nórdico lo sabía, pero que se decía entre ellos que era vieja, más vieja que la anciana a quien llaman el ángel de la muerte, que además tenía un aspecto horripilante, que llevaba una corona de serpientes retorcidas y, por último, que tenía una fuerza extraordinaria. Agregó, en fin, que los wendol recurrían a ella para desenvolverse en todas las actividades de su vida [2]. Dicho esto, Herger se volvió y se quedó dormido.

Ahora bien, tuvo lugar el siguiente hecho: En mitad de la noche, cuando terminaban ya las celebraciones y los guerreros iban quedándose dormidos, Buliwyf me llamó aparte. Sentado junto a mí, bebió hidromiel de un cuerno. Vi que no estaba ebrio y que hablaba la lengua nórdica con lentitud para que yo pudiese comprender bien. Primero me preguntó:

—¿Comprendiste bien las palabras del enano?

Repliqué afirmativamente que había comprendido merced a la ayuda de Herger, quien roncaba en este momento cerca de nosotros. Buliwyf dijo entonces:

—Sabes, por tanto, que moriré —pronunció estas palabras mirándome de frente y sin pestañear. No supe qué decirle ni cómo responder, más por fin le dije, según la manera nórdica:

—No creas en profecías hasta que rindan fruto [3].

Buliwyf dijo a su vez:

—Has observado muchas de nuestras costumbres. Dime la verdad, ¿sabes dibujar los sonidos?

Repuse que sí.

—Cuida entonces tu vida y no seas excesivamente valiente. Ahora vistes y hablas como un nórdico y no como un extranjero. Vela por tu vida.

Dichas estas palabras se volvió y dirigió sus atenciones a una esclava a la cual hizo gozar a no más de unos cuantos pasos de donde yo estaba, mientras yo oía los gemidos y la risa de la mujer. Por fin me sumí yo también en el sueño.

[1] Dahlman escribe en 1924 que «en las ceremonias se comía carnero para aumentar la potencia sexual, ya que el macho, provisto de cuernos, era considerado de calidad superior a la de la hembra». De hecho en aquella época tanto los machos como las hembras de la raza ovina tenían cuernos.

[2] Joseph Cantrell observa que "existen versiones en la mitología germana y nórdica que atribuye a las mujeres poderes especiales, cualidades mágicas, y que los hombres deben temerlas y desconfiar de ellas. Los dioses principales son todos hombres, pero las valkirias, palabra que significa literalmente «electoras de los muertos», son mujeres que transportan a los guerreros muertos al Paraíso. Se creían que había tres valkirias, como había asimismo tres «Nornos», o hadas, que estaban presentes en el nacimiento de todos los hombres y determinaban su vida. Estas hadas eran llamadas, respectivamente, Urth, o pasado, Verthandi, o presente, y Skuld, el futuro. Las hadas «tejían» el destino de un hombre y el tejido era tarea de mujeres. En las imágenes populares eran representadas como jóvenes doncellas. Wyrd, deidad anglosajona que regía el destino, era también una diosa. Según se cree, la asociación de la mujer con el destino del hombre era una permutación de los conceptos más antiguos en cuanto a la mujer como símbolo de la fertilidad. Las diosas de la fertilidad controlaban el crecimiento y fructificación del grano y de los seres vivientes de la tierra".
Cantrell señala luego que «en la práctica sabemos que la adivinación, el urdir sortilegios y otras funciones propias de "shamanes" estaban reservadas a las ancianas en la sociedad nórdica. Además los conceptos populares sobre la mujer contenían cierto elemento de suspicacia. Según el Havamal, "nadie debe confiar en las palabras de una muchacha o una mujer casada, ya que sus corazones han sido formados en una rueda y por naturaleza es cambiante"».
Bendixon dice: «Entre los primeros escandinavos había una especie de división de poderes según los sexos. Los hombres regían los asuntos tísicos. Las mujeres, los psicológicos.»

[3] Esta es una paráfrasis de una creencia entre los nórdicos que se expresa así: «No elogies el día hasta que llegue la noche; a una mujer hasta que haya sido quemada; a la espada hasta que haya sido probada; a la doncella hasta que esté casada; al hielo hasta que haya sido atravesado; a la cerveza hasta que haya sido bebida.» Este concepto cauteloso, realista y tal vez algo cínico de la naturaleza humana y del mundo era algo que los escandinavos y los árabes compartían. Como los escandinavos, Los árabes lo expresan a menudo en términos mundanos o satíricos. Existe una historia Sufi sobre un hombre que preguntó una vez al hombre sabio de la tribu: «Supon que esté yo viajando por la comarca y deba hacer mis abluciones en el arroyo, ¿en qué dirección debo mirar mientras cumplo el ritual?» A esto replica el anciano: «En la dirección de tus ropas, para que no te las roben.»

LAS CUEVAS DEL TRUENO

Antes de que las primeras nubes sonrosadas del amanecer tiñeran el cielo, Buliwyf y sus guerreros, conmigo entre ellos, salimos a caballo del reino de Roth-gar y seguimos el camino sobre los acantilados al borde del mar. Aquel día no me sentía bien y me dolía la cabeza. Tenía además acidez de estómago a causa de las celebraciones de la noche anterior. Sin duda los guerreros de Buliwyf estaban como yo, pero a pesar de ello nadie mostró señales de malestar, íbamos a buen paso, siguiendo el borde de los acantilados que en toda esta costa son elevados, impresionantes, además de caer a plomo. Como una sábana de piedra gris, se dejan caer en el mar espumoso y turbulento al pie. En algunos puntos de esta costa hay playas rocosas, pero con frecuencia mar y tierra se unen directamente y las olas rompen con el fragor del trueno contra las rocas. Tal era el caso en casi todo el trayecto.

Vi a Herger, quien llevaba sobre su caballo las cuerdas de piel de foca de los enanos, y fui junto a él para viajar a su lado. Le pregunté qué planes había para ese día. Debo decir que no me importaban mucho, porque el dolor de cabeza que tenía era muy intenso, aparte de mi ardor de estómago.

Herger me dijo:

—Esta mañana atacaremos a la madre de los wendol en las cuevas del trueno. Haremos esto atacando desde el mar, como te dije ayer.

Mientras cabalgaba podía mirar hacia abajo en dirección al mar, que se estrellaba contra las rocas.

—¿Atacaremos utilizando un bote? —pregunté.

—No —repuso Herger a la vez que tocaba las cuerdas de piel de foca.

Interpreté este gesto como que deberíamos bajar al pie de las rocas con ayuda de las cuerdas y de algún modo llegar desde allí hasta la entrada de las cuevas. Me alarmó mucho esta perspectiva, pues nunca me ha agradado permanecer en lugares de gran altura. He llegado a evitar aun los edificios altos de la Ciudad de la Paz. Así se lo dije a Herger, quien me contestó:

—Da gracias, porque eres afortunado. Quise saber el origen de mi fortuna, a lo cual repuso Herger:

—Si temes los lugares elevados, hoy vencerás ese miedo. Además deberás enfrentar un gran desafío, y por último, ello hará que seas considerado un héroe.

—No quiero ser un héroe —le dije.

Herger se echó a reír al oír esto, comentando que opinaba así sólo porque era árabe. Añadió luego que yo era un «cabeza hueca», con lo cual los nórdicos se refieren a las consecuencias de haber bebido en exceso. Era verdad, como lo dije ya.

También es verdad que me sentía muy afligido ante la perspectiva de descender por el acantilado. No puedo dejar de decir lo que sentía. Habría preferido hacer cualquier otra cosa en este mundo, ya hubiese sido acostarme con una mujer en plena menstruación, o beber de una copa de oro, o comer el excremento de un cerdo, o arrancarme los ojos, aun morir... cualquiera de estas cosas habría preferido a bajar por aquel maldito acantilado. Aparte de ello estaba de pésimo humor. Me encaré, pues, con Herger y le dije:

—Tú y Buliwyf y todo el resto podéis ser héroes, si os viene bien, pero yo no quiero tener nada que ver con esta empresa. Ño me contéis entre vosotros.

Herger rió al oír esto y llamando a Buliwyf le habló con rapidez. Buliwyf le respondió, hablando por encima del hombro. Entonces Herger me dijo:

—Buliwyf dice que harás lo que hagamos nosotros.

Me sentí, en verdad, desesperado y objeté:

—No puedo hacer esto. Si me obligáis a ello, estoy seguro de que moriré.
—¿Cómo morirás? —preguntó Herger.
—Soltaré las manos de las cuerdas —repuse.
Esta respuesta provocó una nueva carcajada de Herger, quien repitió mis palabras a todos y todos rieron de lo que yo había dicho. Le tocó entonces hablar a Buliwyf con palabras que Herger me tradujo.
—Dice Buliwyf que perderás pie sólo si sueltas las cuerdas y para hacer esto habría que ser un tonto. Según Buliwyf, eres árabe, pero no tonto.
Quiero señalar aquí un aspecto real de la naturaleza humana, que en aquellos términos Buliwyf dijo que era capaz de bajar con ayuda de las cuerdas y que como consecuencia de lo que dijo, lo creí tanto como él y me sentí algo más animado en el fondo de mi corazón. Herger advirtió esto y habló así:
—Todo hombre abriga algún temor que le es peculiar. Un hombre teme los espacios cerrados y otro teme ahogarse. Cada uno de los dos se burla del otro y lo llama tonto. Ello quiere decir que el temor no es más que una preferencia que cabe considerar igual a la preferencia por una determinada mujer u otra, por la carne de carnero o de cerdo, por el repollo o las cebollas. Nosotros decimos que el temor es el temor.
No estaba en estado de animo de escuchar sus disquisiciones filosóficas y así se lo dije, aunque en verdad me sentía más próximo al enfado que al temor. Esta vez Herger se echó a reír en mis barbas y dijo estas palabras:
—Loado sea Alá, quien puso la muerte al final de la vida y no al principio.
Le señalé en términos lacónicos que no veía ninguna ventaja en apresurar este final.
—La verdad es que ningún hombre la ve —repuso Herger, añadiendo—: Mira a Buliwyf. Mira qué erguido cabalga. Mira cómo marcha hacia adelante, porque sabe que pronto habrá de morir.
—Yo no sé si va a morir —observé.
—Tienes razón, pero Buliwyf lo sabe —Herger no volvió a hablarme y todos seguimos cabalgando durante un período bastante largo hasta que el sol se levantó bien alto y radiante sobre nuestras cabezas. Por fin Buliwyf dio la señal de alto y todos los jinetes desmontaron y se prepararon para buscar las cuevas del trueno.
Bien sabía yo, diré aquí, que los nórdicos son valientes en extremo, pero cuando contemplé aquel abismo debajo del acantilado, se me retorció el corazón dentro del pecho y temí que al instante me purgaría vomitando. La pared del acantilado era absolutamente vertical y carecía del menor saliente al cual aferrarse con pies o manos, cayendo a plomo a través de una distancia de unos cuatrocientos pasos. Es verdad que las violentas olas estaban tan debajo de nosotros que parecían olas en miniatura, diminutas como las que dibuja el más delicado de los artistas. Sabía yo, no obstante, que eran tan altas como cualquiera otra en el mundo cuando se descendía al nivel del mar.
Para mí el descenso por la pared del acantilado era una locura peor que la locura de un perro rabioso. Los nórdicos, en cambio, actuaban con la mayor serenidad. Buliwyf dirigió la tarea de clavar estacas de madera dura en la tierra, a las cuales ató las cuerdas de piel de foca, dejando colgar sueltos los extremos hacia abajo.
Las cuerdas no eran en realidad suficientemente largas y fue necesario volver a recogerlas y añadirlas hasta tener una sola cuerda de largo suficiente para llegar hasta las olas en el fondo.
A poco tuvimos dos cuerdas del largo necesario colgando paralelas a la pared del acantilado. Entonces Buliwyf se dirigió a los hombres:
—Primero bajaré yo, de modo que cuando llegue al fondo todos vosotros sabréis que las cuerdas son resistentes y que es posible hacer el descenso. Os esperaré abajo, en aquel saliente que veis.

Miré este estrecho saliente. Llamarlo estrecho es como decir que un camello es bondadoso. Era, a decir verdad, un estrechísimo trozo de roca aplanada que las olas barrían y golpeaban sin cesar.
—Cuando todos hayamos llegado al fondo —dijo Buliwyf—, podremos atacar a la madre de los wendol en las cuevas del trueno.
Dijo esto con un tono tan tranquilo como si estuviera ordenando a una esclava la preparación de un guisado común o de cualquier otra tarea doméstica. No dijo después nada más y emprendió el descenso.
Describiré cómo efectuó este descenso, que yo hallé notable, aunque los nórdicos no lo consideren nada extraordinario. Me dijo Herger que utilizan este método para recolectar huevos de aves marinas en ciertas épocas del año, cuando estas aves construyen sus nidos en la pared del acantilado. He aquí cómo proceden. Se rodea con un cinto suelto la cintura del hombre que hará el descenso y el resto de los hombres se esfuerza por bajarlo despacio. Entre tanto, el hombre aferra, para sostenerse, la segunda cuerda que cuelga contra la pared del acantilado. Además lleva un grueso palo de madera de roble que tiene en un extremo una lengua o estribo de cuero con el cual se lo cuelga de una muñeca. Este palo es utilizado a manera de bastón para desplazarse en un sentido u otro, a medida que baja por la superficie rocosa [1].
A medida que bajaba Buliwyf aparecía cada vez más pequeño ante mis ojos y vi que manipulaba el cinto, la cuerda y el palo con gran destreza. Diré que no me había equivocado al juzgar la empresa extremadamente peligrosa, pues comprobé en aquel momento que reguería mucha práctica.
Por fin llegó, sano y salvo, al pie del acantilado y se colocó sobre el estrecho saliente lavado por la espuma. Se le veía tan pequeño que apenas pude ver que estaba agitando una mano para comunicarnos que estaba bien. En seguida se procedió a izar el cinto y también el palo de roble. Herger se volvió entonces hacia mí y me dijo:
—Ahora bajarás tú.
Le dije que no me sentía bien. Añadí que preferiría ver cómo descendía otro con el fin de estudiar mejor la manera de hacerlo.
Herger respondió:
—Cada descenso resulta más difícil, porque queda aquí un número de gente para bajar menor del que desciende. El último de los nombres no puede valerse del cinto y este hombre será Etchgow por tener brazos de hierro. Es en señal de nuestro favor hacia ti que te permitimos ser el segundo hombre que baja. Baja, pues. Vi en la expresión de sus ojos que no había esperanzas de postergar la empresa. Me colocaron, pues, el cinto, tomé el palo entre las manos, que estaban resbaladizas de sudor, como todo mi cuerpo y, tiritando en medio del fuerte viento, salvé el borde del acantilado y por última vez vi a los cinco nórdicos que quedaban arriba sosteniendo la cuerda, hasta que los perdí de vista. Empecé a descender.
Había tenido intención de elevar numerosas plegarías a Alá, así como de registrar en el ojo de mi mente, en la memoria de mi alma, las muchas experiencias que vive un hombre mientras cuelga de una cuerda al bajar junto a un acantilado rocoso y azotado por el viento. Sin embargo, tan pronto como dejé de ver a mis amigos del Norte allí arriba, olvidé todas mis intenciones y sólo pude repetir «Loado sea Alá» una y otra vez, como un demente o alguien tan anciano que su cerebro ha dejado de funcionar o, en fin, un niño o un tonto.
En verdad recuerdo poco de lo que ocurrió. Sólo lo siguiente: que el viento empuja a una persona de un lado a otro junto a las rocas con tal velocidad que el ojo no logra enfocar la pared y ésta aparece como una mancha gris y borrosa, que muchas veces me golpeé contra la piedra, dándome en los huesos, cortándome la piel, que en una

oportunidad me golpeé en la cabeza y vi puntos blancos y brillantes como estrellas frente a los ojos y creí desmayarme, pero no me desmayé. Al cabo de un tiempo, que en verdad se me antojó toda una vida, llegué por fin al pie del acantilado. Y Buliwyf me aferró de un hombro y me dijo que lo había hecho muy bien.

Volvieron a izar el cinto y las olas rompían sobre mí y sobre Buliwyf, a mi lado. Debía ahora luchar por mantener el equilibrio sobre aquella roca resbaladiza y concentré tanto mi atención en ello que no observé el descenso de los otros. Mi único deseo era evitar que me arrastrasen las olas mar afuera. Vi en verdad, con mis propios ojos, olas tan altas como tres hombres en pie el uno sobre los hombros del otro, y cada vez que rompía una de ellas me quedaba un instante semidesmayado en medio de un torbellino de agua helada que giraba en torno de mí. Muchas veces me derribaron y estaba empapado y tiritando de tal manera que me castañeteaban los dientes como el ruido de cascos de caballo al galope. El castañeteo era tan intenso que no podía hablar.

Por fin todos los guerreros de Buliwyf hicieron el descenso y todos estaban sanos y salvos, siendo Etchgow el último en bajar, utilizando la fuerza bruta de sus brazos. Cuando por fin estuvo en pie junto a nosotros, le temblaban las piernas, sin control, como las de un nombre en los estertores de la muerte. Debimos esperar algunos minutos hasta que se recobró.

Entonces habló Buliwyf:

—Entraremos en el agua y nadaremos hasta la cueva. Yo iré el primero. Llevar las dagas entre los dientes, dejando así los brazos libres para luchar contra la corriente.

Estas palabras llenas de nueva locura me llegaron en momentos en que. no podía soportar nada más. A mis ojos el plan de Buliwyf era una insensatez infinita. Vi las olas que se batían, rompían contra las rocas agudas. Las vi retirarse con el impulso que da la fuerza de un gigante, sólo para recobrar luego su poder y volver a romper con un fragor de trueno. En verdad observaba y no podía creer que nadie pudiese nadar en esas aguas, sino que, por el contrario, se estrellarían en mil astillas de huesos al instante.

Con todo, no opuse resistencia, ya que estaba más allá de toda posibilidad de comprender nada. Según creía, estaba tan próximo a la muerte que no importaba que me aproximase más aún. Tomé, pues, la daga y me la metí en el cinturón, ya que me castañeteaban los dientes de tal manera que no podía llevarla entre ellos. En cuanto a los nórdicos, no dieron muestras de sufrir de frío o de fatiga, sino que acogían cada nuevo golpe de olas como si fuera un baño vigorizante. Además sonreían llenos de entusiasmo al pensar en la batalla próxima y esto último me hizo odiarlos en aquel momento.

Buliwyf estudiaba el movimiento de las olas, esperando el momento oportuno, y cuando éste llegó, dio un salto dentro de la espuma. Titubeé y alguien, según he creído siempre desde entonces Herger, me empujó. Caí muy hondo en un mar enfurecido de una frialdad paralizante. Sentí que giraba en varios sentidos y no vi nada más que agua verde. Entonces distinguí a Buliwyf agitando los pies bajo el agua. Yo le seguí y juntos atravesamos una especie de pasaje entre rocas. Todo lo que él hacía lo hacía yo. He aquí lo que hicimos:

Durante unos momentos, el oleaje tiraba de él tratando de arrastrarle mar afuera y también a mí. En estos momentos Buliwyf se aferraba con ambas manos a una roca para resistir la corriente. También yo hice esto. Me aferraba con todas mis fuerzas a las rocas y sentía que se me reventaban los pulmones. En el instante siguiente cambiaba la dirección del oleaje y tiraba en el sentido contrario, como antes, y me sentía empujado a una velocidad increíble, rebotando sobre rocas y obstáculos. Otra vez cambiaba la dirección de las olas y me veía obligado a seguir el ejemplo de Buliwyf y aferrarme a las rocas. Puedo asegurar que me ardían los pulmones como si estuvieran incendiándose, aparte de que sabía en el fondo de mi ser que no soportaría mucho más

tiempo aquel mar glacial. Mas otra vez las olas me impulsaron hacia adelante y me sentí arrojado de cabeza, con golpes aquí y allí en el trayecto, hasta que de pronto me encontré sentado y respirando aire puro.
En verdad esto sucedió con tanta rapidez que al verme tan sorprendido no se me ocurrió sentir alivio, sentimiento que habría sido apropiado. Tampoco se me ocurrió alabar a Alá por mi buena fortuna al haber sobrevivido. Aspiraba grandes bocanadas de aire y a mi alrededor los guerreros de Buliwyf asomaron la cabeza fuera del agua y también aspiraron profundamente.
Relataré a continuación lo que vi. Estábamos en una especie de laguna o embalse dentro de una cueva con una cúpula lisa y una salida al mar por la cual nos habíamos introducido en ella. Frente a nosotros había un espacio rocoso aplanado. Alcancé a distinguir tres o cuatro figuras borrosas acurrucadas alrededor de una hoguera. Estos individuos cantaban con voces chillonas. Comprendí entonces por qué llamaban a esta cueva la cueva del trueno, porque cada vez que rompía el oleaje, el ruido dentro de la cueva reverberaba con tal poder que hacía doler los oídos, y el aire mismo daba la impresión de temblar y de abrumarnos.
En este lugar, esta cueva, Buliwyf y sus guerreros lanzaron su ataque y yo me uní a ellos, y con nuestras cuatro dagas matamos a los cuatro demonios sentados allí. Los vi por primera vez con claridad bajo la luz incierta de la lumbre, cuyas llamas se levantaban enloquecidas cada vez que rompían las olas atronadoras. Él aspecto de estos demonios era como sigue: parecían ser hombres en todo su aspecto, pero no se asemejaban a otros hombres sobre la faz de la tierra. Eran seres bajos, anchos y cuadrados, cubiertos de vello en todas partes, salvo la palma de la mano, las plantas de los pies y el rostro. Tenían caras muy grandes y boca y mandíbula prominentes y eran muy feos. Tenían asimismo cabezas de mayor tamaño que la de los hombres comunes. La base de su frente era saliente, pero no en virtud del vello de las cejas, sino del espesor del hueso. También tenían dientes grandes y afilados, aunque es verdad que los dientes de muchos de ellos estaban limados y aplanados.
En los demás aspectos de sus características físicas y en cuanto a órganos sexuales y orificios diversos, eran asimismo como cualquier hombre [2]. Uno de estos seres tardó en morir y pronunció algunos sonidos con la lengua que para mis oídos sonaron como una forma de articulación sonora, pero no puedo decir a ciencia cierta si lo era, de modo que lo relato ahora sin convicción alguna.
Buliwyf examinó a estos cuatro cadáveres con su vello espeso y enmarañado. Oímos entonces un canto lúgubre y semejante a un eco, un sonido que aumentaba y disminuía conforme con el ritmo de los golpes atronadores de las olas, un sonido que provenía desde las profundidades de la cueva. Buliwyf nos condujo a todos en esa dirección.
Allí nos vimos junto a tres de los seres postrados en el suelo, con el rostro apretado contra la tierra y las manos levantadas en un gesto de súplica hacia otro personaje de edad muy avanzada que acechaba en las sombras. Los suplicantes estaban cantando y no advirtieron nuestra presencia, pero la vieja nos vio y lanzó unos alaridos horribles al aproximarnos nosotros. Deduje que esta mujer monstruosa era la madre de los wendol, pero si era mujer, no resultaba en verdad cierto, ya que era tan vieja que había perdido todos los caracteres de su sexo.
Buliwyf se lanzó solo sobre los suplicantes y los mató a todos, mientras el ser-madre retrocedía hacia las sombras gritando siempre. No la veía bien, mas puedo asegurar esto: que estaba rodeada de serpientes que se le enroscaban en los pies, en las manos, alrededor del cuello, silbando y mostrando sus lenguas. La rodeaban en tal cantidad, sobre el cuerpo y también en el suelo en torno de ella, que ninguno de los guerreros de Buliwyf se atrevía a avanzar.

Entonces la atacó Buliwyf, y cuando le clavó profundamente la daga en el pecho, ella lanzó otro alarido horripilante, pues él no había hecho caso de las serpientes. Muchas veces hundió la daga en la madre de los wendol. Y la mujer no caía, sino que seguía en pie, a pesar de brotar de ella la sangre como de una fuente, de todas las heridas infligidas por la daga de Buliwyf.

Todo el tiempo, en fin, gritaba ella con un estrépito que provocaba horror.

Por fin cayó y quedó muerta allí. Buliwyf se volvió hacia sus guerreros. Vimos entonces que esta mujer, la madre de los wendol, le había herido. Tenía enterrado en el estómago un alfiler de plata, semejante a los usados para sujetarse el cabello. El alfiler temblaba con cada latido del corazón de Buliwyf. Cuando él se lo arrancó brotó un chorro de sangre. Con todo, no cayó de rodillas, mortalmente herido, sino que permaneció en pie y dio orden de que abandonáramos la cueva.

Así lo hicimos por la entrada sobre tierra firme. No obstante haber estado guardada por los wendol, éstos habían huido al oír los gritos de su madre agonizante. Partimos sin hallar obstáculos. Buliwyf nos condujo lejos de las cuevas hasta donde estaban nuestros caballos. Sólo una vez allí cayó al suelo.

Etchgow, con una expresión de dolor poco habitual entre los nórdicos, nos dirigió en la construcción de una litera [3] y en ella trasladamos a Buliwyf de regreso a través de los campos hacia el reino de Rothgar. Y durante todo el trayecto Buliwyf se mostró de buen humor y alegre. Muchas de las cosas que dijo no pude comprender, pero en una ocasión le oí decir:

—Rothgar no estará contento de vernos, pues deberá ofrecer otro banquete y para esta fecha es un anfitrión algo arruinado —pude ver que los guerreros al oír esto, así como otras bromas de Buliwyf, reían de verdad.

Llegamos, pues, al reino de Rothgar, donde nos acogieron con ovaciones y júbilo, sin tristeza, no obstante estar Buliwyf tan gravemente herido, de un color grisáceo y con el cuerpo tembloroso y los ojos encendidos por el resplandor de un alma enferma y febril. Conocía yo muy bien estos síntomas, como también les eran familiares a los nórdicos.

Llevaron a Buliwyf una escudilla llena de sopa de cebollas, pero él la rechazó diciendo:

—Tengo la enfermedad de la sopa. No se tomen molestias por mí —seguidamente propuso que se celebrara el regreso e insistió en presidir la fiesta, sentado y sostenido sobre un lecho de piedra junto al rey Rothgar, bebiendo hidromiel y mostrándose lleno de alegría. Estaba yo junto a él cuando oí que decía al rey Rothgar; en mitad de las celebraciones:

—No tengo esclavos.

—Todos mis esclavos son tus esclavos —le dijo Rothgar.

—No tengo caballos —dijo entonces Buliwyf.

—Todos mis caballos son tuyos —repuso Rothgar—. No pienses más en ello.

Y Buliwyf, con sus heridas cubiertas ya, se mostró contento y sonrió y volvió el color a sus mejillas. En verdad, daba la impresión de ganar fuerzas con cada minuto que transcurría de esa noche. Y aunque nunca lo habría creído yo posible, tomó por la fuerza a una joven esclava y después me dijo con tono de chanza:

—El hombre muerto no es útil a nadie.

A poco, Buliwyf se quedó dormido y sus colores se volvieron más pálidos y su respiración menos profunda. Temí que nunca despertase de aquel sueño. Tal vez él también lo temía, porque mientras dormía conservó su espada aferrada a una mano.

[1] En ias islas Faeroe de Dinamarca se practica aun hoy un método semejante para juntar huevos de aves marinas, importante alimento para los habitantes de dichas islas.

[2] Esta descripción de los aspectos físicos de los wendol ha desencadenado un debate que cabía prever. Véase Apéndice.

[3] Lectulus.

ESTERTORES DE MUERTE DE LOS «WENDOL»

Así, pues, también yo me quedé dormido. Herger me despertó con estas palabras:
—Debes venir ahora mismo —oí entonces el rumor de un trueno lejano. Miré por la ventana cubierta de vejiga [1]. No había amanecido todavía, pero a pesar de ello tomé mi espada. En verdad me había dormido con mi armadura puesta, por no haber tenido ganas de quitármela. Me apresuré a salir. Era la hora que precede el alba y el aire estaba brumoso y espeso, cargado del rumor de cascos lejanos.
Herger me dijo:
—Vienen los wendol. Se han enterado de las heridas mortales de Buliwyf y buscan una última venganza por la muerte de su madre.
Cada uno de los guerreros de Buliwyf, entre quienes me contaba yo, ocupamos nuestro puesto en el perímetro de las fortificaciones que habíamos levantado contra los wendol. Eran defensas muy precarias, pero no teníamos otras. Escudriñamos la niebla para ver a los jinetes que se aproximaban. Había supuesto que sentiría miedo, pero no lo sentí, pues había visto ya a los wendol y sabía que eran seres, si no hombres, bastante semejantes a los hombres, como lo son los monos. Sabía entonces que eran mortales y que morían.
Por ello no sentía miedo, aparte de la expectativa de esta batalla final. En este sentido estaba solo, porque los guerreros de Buliwyf mostraban mucho temor, a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo. Es verdad que habíamos matado a la madre de los wendol, su conductora, y que habíamos perdido también a Buliwyf, nuestro propio conductor. No había por tanto mucha alegría mientras esperábamos.
Oí entonces un fuerte tumulto a mis espaldas, y al volverme vi lo siguiente: Buliwyf, pálido como la niebla, estaba en pie sobre la tierra del reino de Rothgar. Y sobre sus hombros estaban dos cuervos, uno de cada lado. Y al ver esto los nórdicos lanzaron gritos, levantaron sus armas por los aires y gritaron pidiendo guerra [2].
Buliwyf, diré, no habló en ningún momento, ni tampoco miró hacia un lado u otro. Tampoco mostró signos de haber reconocido a nadie, sino que avanzó con paso majestuoso, atravesó la línea de fortificaciones y, una vez fuera de ellas, esperó el ataque de los wendol. Los cuervos huyeron volando y Buliwyf, aferrando su espada Runding, hizo frente al ataque.
No existen palabras capaces de describir el ataque final de los wendol en aquel amanecer de niebla. No hay palabras para describir la sangre derramada, los alaridos que rasgaban el aire espeso, los caballos y jinetes que morían en horrible agonía. Con mis propios ojos vi a Etchgow, el hombre de los brazos de hierro, ser decapitado por la espada de un wendol y su cabeza rodar y rebotar como si fuera una pelota, la lengua asomaba aún por la boca. Vi asimismo a Weath atravesado por una flecha en el pecho y aprisionado por ella en el suelo, donde se agitaba como un pez extraído del mar. Vi a una niña pisoteada por los cascos de un caballo, su cuerpo totalmente aplastado y la sangre brotándole por un oído. También vi a una mujer, esclava del rey Rothgar, cuyo cuerpo fue cortado en dos partes cuando corría tratando de huir de un jinete. Vi a muchos niños muertos del mismo modo. Vi caballos encabritarse y levantarse, ya desmontados sus jinetes, para caer luego sobre ancianos y ancianas que mataban a los animales desde su posición caída en el suelo y a pesar de estar atontados. Vi, en fin, a Wiglif, el hijo de Rothgar, correr lejos de la batalla y ocultarse como un cobarde. No vi al heraldo ese día.
Yo mismo maté a tres wendol y recibí un flechazo en un hombro que me provocó un dolor semejante a una quemadura. Me hervía la sangre en toda la longitud del brazo y también en el pecho. Temí desmayarme, pero continué peleando.

El sol había perforado ya la niebla y el amanecer estaba sobre nosotros. A poco la niebla se disipó y los jinetes se alejaron. Bajo la luz cruda del día vi cadáveres en todas partes, y también muchos cadáveres de wendol, pues en esta oportunidad no habían recogido a sus muertos. Este hecho era en verdad prueba de su jferrota, pues su huida se había efectuado en desorden y no podían volver a atacar a Rothgar. Y todos los habitantes del reino de Rothgar lo comprendieron así y se regocijaron.

Herger me lavó la herida y se mostró jubiloso, pero sólo hasta que trasladaron el cuerpo de Buliwyf al gran hall de Rothgar. Buliwyf había muerto mil muertes. Tenía el cuerpo destrozado por las espadas de una docena de adversarios y su rostro y su cuerpo estaban cubiertos de sangre todavía tibia. Al ver esto Herger se echó a llorar y ocultó el rostro de mí, pero no era necesario, porque yo mismo sentí que las lágrimas me empañaban los ojos.

Buliwyf fue depositado ante el rey Rothgar, quien tenía el deber de pronunciar un discurso. El viejo rey, no obstante, no pudo hacerlo. Dijo sólo esto:

—He aquí un guerrero y un héroe digno de los dioses. Enterrarlo como un gran rey —y abandonó el recinto.

Creo que se sentía avergonzado por no haber participado él mismo en la batalla. También su hijo Wiglif había huido como un cobarde y muchos habían sido testigos de ello y lo llamaban una acción de mujer. Esta circunstancia contribuyó, quizá, a avergonzar aún más al padre. O bien puede haber existido algún otro motivo que yo desconocía. La verdad es que era sumamente anciano.

Sucedió entonces que en voz muy baja Wiglif habló al heraldo:

—Este Buliwyf nos ha rendido grandes servicios, tanto mayores por haber muerto él después de haberlos prestado.

En estos términos habló Wiglif cuando su padre se retiró del gran hall.

Herger oyó estas palabras y también yo. Fui el primero en desenvainar la espada. Herger me dijo entonces:

—No te batas con este hombre, porque es un zorro y tú tienes heridas.

—¿Qué importa? —repliqué, y rápidamente desafié al hijo de Wiglif sin vacilar. Wiglif sacó su espada, pero en el mismo instante Herger me asestó un puntapié u otro golpe violento desde atrás, y como no lo esperaba caí tropezando. Entonces Herger se trabó en combate con el hijo Wiglif. También el heraldo se dispuso a batirse y avanzó con sigilo, con la intención de colocarse detrás de Herger y matarle por la espalda. Yo mismo maté al heraldo hundiéndole la espada en el abdomen, y el heraldo lanzó un grito en el instante en que le atravesé. El hijo Wiglif le oyó, y a pesar de haber luchado con aparente valor hasta entonces, mostró gran temor mientras se batía con Herger.

Ocurrió entonces que el rey Rothgar oyó el entrechocar de las espadas. Volvió entonces al gran hall y suplicó que cesara el duelo. Sus esfuerzos fueron inútiles, Herger tenía un propósito firme. Llegué a verlo, en verdad, a horcajadas sobre el cuerpo de Buliwyf y esgrimir la espada contra Wiglif hasta que lo mató. Cayó sobre la mesa de Rothgar, y tomando la copa del rey, intentó llevársela a los labios. La verdad es que murió sin haber bebido. Así quedó terminado este asunto.

Del grupo de Buliwyf, que había sido de trece hombres, quedábamos solamente cuatro. Junto con ellos ayudé a trasladar a Buliwyf debajo de un techado de madera y allí depositamos su cuerpo con una copa de hidromiel en la mano. Herger dijo entonces a la multitud congregada allí:

—¿Quién morirá junto a este noble guerrero?

Y una mujer, una esclava del rey Rothgar, dijo que ella moriría junto a Buliwyf. Se iniciaron los preparativos habituales entre los nórdicos [3].

Se preparó seguidamente un barco junto a la orilla, debajo de la fortaleza de Rothgar, y en él se dejaron tesoros de oro y de plata, además de dos caballos muertos. Se levantó una tienda y Buliwyf, con la rigidez de la muerte ya, fue colocado dentro de ella. Su cadáver tenía el color negro de la muerte en este clima tan frío. Llevaron entonces a la esclava a cada uno de los guerreros de Buliwyf y también yo, cuando me la trajeron, tuve conocimiento carnal de ella. Me dijo luego:

—Mi amo te lo agradece.

Tenía una expresión radiante en el rostro y sus modales eran mucho más cordiales de lo que ocurre en general entre estas gentes. Mientras volvía a ponerse sus ropas, entre las que contaba además con espléndidos adornos de oro y de plata, le dije que la hallaba llena de felicidad.

Estaba pensando yo que era una muchacha bonita y joven y que pronto habría de morir, cosa que ella, como yo, sabía. Me dijo entonces:

—Estoy contenta porque pronto veré a mi amo.

No había bebido hidromiel todavía y hablaba con una sinceridad que le brotaba del corazón. Tenía el rostro radiante como el de una niña feliz o como el de ciertas mujeres cuando están encintas. Es así como puedo describirlo mejor.

En vista de ello, le dije:

—Dile a tu amo cuando le veas que yo he sobrevivido para escribir —no sé si ella comprendió bien estas palabras. Añadí—: Era el deseo de tu amo.

—Se lo diré —dijo ella, y con la mayor alegría fue junto al guerrero siguiente de los Buliwyf. No sé si había comprendido lo que quise decir, ya que el único sentido de la escritura que tienen estos nórdicos es el del tallado sobre la madera o la piedra, al cual tampoco se dedican con gran frecuencia. Mi discurso, además, en la lengua nórdica no era claro. A pesar de ello, la muchacha se mostró satisfecha y se alejó de mí.

Al atardecer, cuando el sol comenzó su descenso hacia el mar, se dispuso el barco de Buliwyf en la playa y se llevó a la muchacha a la tienda sobre el barco y la vieja llamada el ángel de la muerte le coloco una daga entre las costillas y Herger y yo tiramos dej la cuerda que la estranguló. Después de sentarla al lado de Buliwyf, nos alejamos.

En todo aquel día no había tomado yo alimento ni bebida, por saber que debía participar en estas actividades y no desear sufrir la vergüenza de vomitar eri presencia de todos. Sin embargo, no sentí repulsión frente a los hechos registrados más tarde, ni tampoco estuve a punto de desmayarme ni sentí que me dab vueltas la cabeza. En secreto, me sentí orgulloso de mí mismo. También es verdad que en el momento de morir la joven esclava estaba sonriendo y que quedó muerta con esa sonrisa, de tal manera que más tarde pude verla sentada junto a su amo con la misma sonrisa sobre el rostro pálido. El de Buliwyf estaba negruzco y tenía los ojos cerrados, pero su expresión era serena. Así fue como vi por última vez a estos dos miembros de la raza de los nórdicos.

Se puso fuego, por último, al barco de Buliwyf y se le impulsó hacia el mar, mientras los nórdicos, en pie en la costa rocosa, hacían muchas invocaciones a sus dioses. Con mis propios ojos vi cómo las corrientes se llevaban al barco, como una pira ardiente, y por fin lo perdí de vista y las tinieblas de la noche descendieron sobre las tierras del Norte.

[1] Fenestra porcus: literalmente, «ventana de puerco». Los nórdicos utilizaban membranas estiradas en lugar de vidrio para cubrir sus estrechas ventanas. Estas membranas eran translúcidas. No era posible ver mucho a través de ellas, pero permitían el paso de la luz dentro de las viviendas.

[2] Esta parte del manuscrito ha sido compilada con fragmentos del manuscrito de Razi, cuyo principal interés era el de las técnicas bélicas. Se ignora si Ibn Fadlan conocía o no, o si registró, el significado de la reaparición de Buliwyf. Sin lugar a dudas Razi no la incluyó, no obstante la importancia de dicha reaparición. En la mitología nórdica, Odin es representado popularmente como portador de un cuervo en cada uno de los hombros. Estas aves le traen las noticias del mundo. Odin era la principal deidad del panteón nórdico y considerado como el padre universal. Regía principalmente en materia de guerra. Se creía que periódicamente aparecía entre los hombres, aunque rara vez en su forma de dios, pues prefería asumir el aspecto de un simple viajero. Se afirmaba que su presencia sola era capaz de ahuyentar al enemigo.
Es un hecho interesante que exista una historia sobre Odin según la cual es matado, pero resucita a los nueve días. La mayoría de las autoridades cree que esta leyenda es anterior a toda influencia cristiana. De todos modos, el Odin resucitado seguía siendo mortal y se creía que algún día moriría definitivamente.

[3] A pesar de que Ibn Fadlan no especifica que haya transcurrido ningún período de tiempo, probablemente pasaron varios días antes de celebrarse la ceremonia funeraria.

REGRESO DE LAS TIERRAS DEL NORTE

Pasé unas semanas más en la compañía de los guerreros y nobles del reino de Rothgar. Fueron días gratos, porque las gentes se mostraron amables y hospitalarias, cuidando con gran atención de mis heridas, que cicatrizaron bien, loado sea Alá. No tardó en llegar el día, no obstante, que sentí deseos de volver a mi tierra natal. Revelé entonces al rey Rothgar que era el emisario del Califa de Bagdad y que debía completar la misión que él me había encomendado, pues de lo contrario, sería objeto de su ira.

Nada de esto hizo mucha impresión a Rothgar, quien dijo que yo era un noble guerrero y que deseaba que permaneciera en su dominio para vivir la vida que merece semejante guerrero. Rothgar manifestó entonces que me ofrecía su amistad eterna y que me daría todo lo que yo deseara y que estuviera dentro de sus posibilidades darme. No estaba dispuesto, en cambio, a permitir que marchara y se ingenió para crear toda clase de excusas y retrasos. Dijo que debía cuidarme las heridas, no obstante estar éstas evidentemente cicatrizadas. Señaló después que debía recobrar las fuerzas, aunque ellas estaban también visiblemente restablecidas. Por fin dijo que debía esperar hasta que se equipase un barco, empresa que no era fácil. Cuando le pregunté cuánto tiempo podría llevar esto, el rey me dio una respuesta vaga, como si no le interesara mucho. Todas las veces que le preguntaba cuándo podría partir se irritaba y me preguntaba a su vez si estaba yo insatisfecho con la hospitalidad que recibía. A ello me veía obligado a responder con toda suerte de expresiones de alabanza por su cortesía y de gratitud por mi parte. No tardé en caer en la cuenta de que el rey era menos tonto de lo que yo había supuesto hasta entonces.

Acudí, pues, a Herger, le hablé de mi situación y le dije:

—El rey no es el tonto que yo imaginaba.

—Estás equivocado —replicó Herger—. Es un tonto y no actúa con sensatez.

Me prometió entonces ocuparse de mi partida y hablar con el rey.

He aquí cómo debió proceder. Solicitó una audiencia privada al rey y le dijo que era un gobernante grande y sabio cuyo pueblo le amaba y le respetaba en virtud de la manera en que cuidaba de los intereses del reino y velaba por el bienestar de sus subditos. Estas lisonjas ablandaron al anciano. Herger le recordó que de los cinco hijos que había tenido, sólo le quedaba uno, Wulfgar, quien había ido en busca de Buliwyf como emisario y a la sazón seguía alejado. Era necesario llamar inmediatamente a Wulfgar y organizar una partida para que le trajera de regreso, ya que no había otro heredero que Wulfgar.

Dijo todo esto al rey. Creo, además, que mantuvo una conversación privada con la reina Weilew, quien tenía mucha influencia sobre su marido.

Sucedió poco después que una noche, durante un banquete, Rothgar anunció que se equiparía un barco con su tripulación para llevar a cabo un viaje que traería a Wulfgar de regreso al reino. Le solicité que me permitiera formar parte de esa expedición y esta vez el viejo rey no pudo negarse a dejarme marchar. La preparación del barco se prolongó por espacio de varios días. Durante ese intervalo pasé buena parte del tiempo con Herger. Herger había decidido quedarse.

Un día estábamos en pie en el acantilado, contemplando el barco en la playa, mientras lo preparaban para el viaje y cargaban en él las provisiones. Herger me dijo entonces:

—Vas a emprender un largo viaje. Elevaremos plegarias por tu seguridad.

Le pregunté a quién pensaban elevarlas, y Herger repuso:

—A Odin, a Freya, a Thor, a Wyrd y a todos los demás dioses que pueden influenciar la suerte de tu viaje.

Eran éstos los nombres de los dioses de los nórdicos.

Repliqué en estos términos:
—Creo en un solo dios, que es Alá, todo misericordioso y magnánimo.
—Lo sé —dijo Herger—. Es posible que en tu país sea suficiente tener un solo dios, pero no ocurre lo mismo aquí. Aquí tenemos muchos dioses y cada uno de ellos tiene su importancia, de modo que rogaremos a todos ellos por tu buena fortuna.
Se lo agradecí en seguida, ya que las plegarias de un pagano son igualmente eficaces cuando son sinceras, y no dudaba en la sinceridad de Herger.
Ahora bien, Herger sabía desde hacía largo tiempo que mis creencias eran distintas a las suyas, pero a medida que se aproximaba la fecha de mi partida, me preguntó muchas veces acerca de estas creencias. Lo hacía, además, en momentos inesperados, con la intención de sorprenderme y enterarse de la verdad. Yo tomaba muchas de sus preguntas como una especie de prueba, tal como Buliwyf puso a prueba en una oportunidad mis conocimientos de escritura. Invariablemente le respondía en los mismos términos, hecho que aumentaba su perplejidad.
Un día me dijo sin recordar, en apariencia, que ya había hecho la pregunta:
—¿Cuál es la naturaleza de tu dios Alá?
—Alá —dije— es el dios único, que lo gobierna todo, que lo ve todo, que lo sabe todo y que lo dispone todo —le había dicho ya estas palabras con anterioridad.
Al cabo de unos instantes, Herger me preguntó:
—¿Nunca provocas la ira de este Alá?
—Sí que la provoco —repuse—, pero El es misericordioso y magnánimo.
—¿Cuando ello conviene a sus fines? —preguntó Herger.
Respondí afirmativamente y Herger reflexionó sobre mi respuesta. Por fin hizo el siguiente comentario, moviendo la cabeza:
—Es demasiado arriesgado. Un hombre no puede poner tanta fe en una sola cosa, sea mujer, caballo, arma u otro objeto por sí solo.
—Yo la pongo —señalé.
—Como quieras —repuso Herger—, pero hay demasiadas cosas que el hombre ignora. Y todo lo que el hombre ignora está dentro del dominio de los dioses.
Comprendí entonces que nunca podría persuadir a Herger de mis creencias ni yo tampoco llegar a aceptar las suyas, de modo que nos separamos. Fue en verdad una despedida triste, pues me causaba gran pesar separarme de Herger y de los guerreros que quedaban. Herger también lo sentía así. Le cogí por un hombro y él a su vez me cogió el mío, y en seguida me embarqué en la nave negra, que me llevó a la tierra de los daneses. Al alejarse el barco, con su vigorosa tripulación, de las costas de Venden, pude ver los techados relucientes de la gran fortaleza de Hurot, y al volverme, el océano gris e infinito delante de nuestros ojos. Ahora bien, ocurrió entonces que... [1]

[1] El manuscrito se interrumpe bruscamente en este punto, el final de una página transcrita, con las palabras finales y lacónicas de *nunc fit*, y si bien el manuscrito debía contener mucho más material, no se han descubierto otros pasajes. Ello se debe, sin duda, a una casualidad exclusivamente histórica, pero todos los traductores han comentado el carácter adecuado de este final abrupto, que sugiere el comienzo de una nueva aventura, una nueva visión insólita, que por las razones más arbitrarias del último milenio nos serán negadas.

APÉNDICE
LOS MONSTRUOS DE LA NIEBLA

Como lo ha destacado William Howells, los acontecimientos capaces de provocar la muerte de un animal vivo de tal manera que se conserve como fósil durante siglos son sumamente raros. Esto es aplicable en especial a un animal tan pequeño, frágil y terrestre como el hombre, siendo por ello el volumen de fósiles de los hombres primitivos con que contamos hoy inusitadamente escaso.

Los diagramas de los textos en los que figura el «árbol de la raza humana» implican una certidumbre en cuanto a conocimientos que resulta poco clara. Cada tantos años se poda y se corrige este árbol. Una de las ramas más difícil y mayormente sujetas a controversias en este árbol es la que se suele denominar «el hombre de Neanderthal».

El nombre de Neanderthal proviene del valle en Alemania donde se hallaron por primera vez restos de este tipo en 1856, tres años antes de la publicación del Origen de las especies. Al mundo Victoriano no le agradaron estos restos de esqueletos y subrayó los aspectos crudos y brutales del hombre de Neanderthal, hasta el punto de que hoy en día es para la imaginación popular sinónimo de todo lo que es primitivo y bestial en la naturaleza humana.

Fue, pues, con una especie de alivio que los expertos de la primera época llegaron a la conclusión de que el hombre de Neanderthal había «desaparecido» hace unos treinta y cinco mil años, para ser reemplazado por el Cro-Magnon, cuyos esqueletos indican, según se supone, tanta delicadeza, sensibilidad e inteligencia como mostraba el cráneo de hombre de Neanderthal aquella brutalidad monstruosa. La creencia general era que el hombre Cro-Magnon, superior y más reciente, exterminó al hombre de Neanderthal.

Ahora bien, la verdad es que tenemos pocos ejemplares satisfactorios del hombre de Neanderthal entre nuestros esqueletos. De unos ochenta o más fragmentos conocidos, sólo aproximadamente una docena son suficientemente completos o están fechados con suficiente exactitud como para justificar un estudio serio. No podemos afirmar, en realidad, con ninguna certeza nada acerca de la posible extensión de esta variedad ni de lo que le sucedió en definitiva. La revisión reciente del material óseo ha tendido a poner en tela de juicio, en cambio, la creencia victoriana de que estos hombres tenían un aspecto monstruoso e infrahumano.

En su estudio publicado en 1957, Straus y Cave dicen: «Si le fuera posible reencarnarse y encontrarse en un subterráneo de la ciudad de Nueva York, claro es que bañado, afeitado y vestido con prendas modernas, cabe dudar que atrajese mayor atención que muchos de sus congéneres de hoy.»

Otro antropólogo lo expresa en términos más claros aún: «Podríamos haberlo hallado de aspecto tosco, pero no habríamos tenido objeción de que nuestra hermana se casara con él.»

Desde este punto no hay más que un paso hasta la creencia abrigada ya por muchos antropólogos. El hombre de Neanderthal, como variante anatómica del hombre moderno, no ha desaparecido ni mucho menos, sino que se encuentra aún entre nosotros.

La nueva interpretación de los restos culturales asociados con el hombre de Neanderthal tiende a favorecer una visión benévola de éste. Los antropólogos del pasado se mostraron altamente impresionados por la belleza y profusión de las pinturas de las cavernas que aparecieron por primera vez con la aparición del hombre de Cro-Magnon. Estas pinturas contribuyeron casi tanto como los materiales óseos a reforzar el concepto de que una sensibilidad nueva y maravillosa había reemplazado con ellos «la quintaesencia de la ignorancia bruta».

Sin embargo, el hombre de Neanderthal fue notable por derecho propio. Su cultura, llamada Musteriense, y una vez más debemos el nombre a un lugar llamado Le Moustier, en Francia, se caracteriza por el trabajo en piedra de excelente calidad, muy superior a cualquier otro nivel cultural anterior. En la actualidad se acepta asimismo que el hombre de Neanderthal tenía instrumentos de hueso además de los de piedra.

Un hecho más impresionante que todos es que el hombre de Neanderthal fue el primero de nuestros antepasados que enterró a sus muertos según un ritual. En Le Moustier se había colocado a un adolescente en una zanja y en posición de dormir, provisto de varios instrumentos de sílex, un hacha de piedra y carne asada. El hecho de que estos materiales estaban destinados a un uso por parte del muerto en una vida ulterior no es disputado por la mayoría de los antropólogos.

Hay otra prueba de su sentimiento religioso. En Suiza existe un altar al oso de las cavernas, animal venerado, respetado y también consumido. En una cueva llamada Shanidar en Iraq se halló enterrado a un hombre de Neanderthal con flores dentro de la tumba.

Todo esto señala cierta actitud frente a la vida y a la muerte, una visión del mundo centrada en el hombre, elemento que se encuentra en el fondo de lo que según creemos distingue al hombre del resto del mundo animal. Sobre la base de la evidencia con que contamos, debemos llegar a la conclusión de que el primer hombre que adoptó esta actitud fue el de Neanderthal.

La revelación general del hombre de Neanderthal coincide con el descubrimiento renovado del contacto de Ibn Fadlan con «los monstruos de la niebla». Su descripción de estos seres sugiere la anatomía de los hombres de Neanderthal y plantea el interrogante acerca de si la variedad Neanderthal desapareció en realidad de la tierra hace varios milenios, o bien estos hombres primitivos perduraron hasta épocas históricas.

Los argumentos basados en analogías pueden sustentar conceptos opuestos. Existen ejemplos históricos de grupos reducidos de gente poseedora de una cultura tecnológicamente superior que ha destruido a otra más primitiva en pocos años. Tal es en gran parte la historia del contacto europeo con el Nuevo Mundo. Existen, además, ejemplos de sociedades primitivas que habitaban zonas aisladas y eran desconocidas para los pueblos más avanzados y civilizados que vivían cerca de ellas. En fecha reciente se descubrió una tribu con estas características en las Filipinas.

La controversia académica alrededor de los hombres descritos por Ibn Fadlan puede resumirse en los conceptos expresados por Geoffrey Wrightwood, de la Universidad de Oxford, y por E. D. Goodrich, de la Universidad de Filadelfia. Wrightwood afirma en 1971 que «La crónica de Ibn Fadlan nos proporciona una descripción perfectamente válida de los hombres de Neanderthal, coincidente con la evidencia de material fósil y con nuestras suposiciones en cuanto al nivel cultural de estos hombres primitivos. Cabría aceptarla en seguida si no hubiésemos decidido ya, de antemano, que estos hombres desaparecieron sin dejar rastros unos treinta o cuarenta mil años antes. Conviene recordar que creemos que tal desaparición tuvo lugar sólo porque no hemos hallado material fósil de fechas posteriores y que la falta de dicho material no significa que no exista de hecho.

Desde el punto de vista objetivo, no existe razón a priori para negar que un grupo de nombres de Neanderthal haya podido sobrevivir mucho tiempo en una región aislada de la península escandinava. De cualquier manera, ésta sería la hipótesis mejor adaptada a la descripción hecha en el texto árabe.»

Goodrich, paleontólogo bien conocido por su escepticismo, adopta la posición opuesta (1972): «La exactitud general de la crónica de Ibn Fadlan puede tentarnos a pasar por

alto ciertas exageraciones en su manuscrito. Hay varias de ellas y surgen ya sea de un precondicionamiento social o bien de la tendencia del narrador a impresionar a sus lectores. Así, llama a los vikingos gigantes cuando distaban mucho de serlo. Destaca los aspectos de suciedad y ebriedad de sus anfitriones, que otros observadores menos exigentes no hallaron inusuales. En su informe sobre la sociedad de los llamados wendol, atribuye gran importancia a su apariencia hirsuta y brutal, cuando en realidad puede que no hayan sido tan velludos ni tan brutales. Bien pueden haber constituido una tribu de Homo Sapiens que vivía aislada y sin el nivel de logros culturales manifestados por los escandinavos.

»Hay evidencia interna, dentro del volumen principal del manuscrito de Ibn Fadlan, en apoyo de la hipótesis de que los wendol son en realidad Homo Sapiens. Las figurinas de mujeres embarazadas que describe el árabe sugieren en forma marcada las tallas y figurinas prehistóricas halladas en las excavaciones de la región industrial de Aurignac, en Francia, así como los hallazgos de Gravett en Willensdorfg, Austria, en el nivel 9. Tanto los niveles culturales de Aurignac como los de Gravett están asociados con un hombre esencialmente moderno y no con el de Neanderthal.

»No debemos olvidar que para el observador inexperto las diferencia culturales se interpretan a menudo como diferencias físicas y no es necesario pecar de excesiva ingenuidad para incurrir en este error. Por ello en época tan reciente como en la década entre 1880 y 1890 era posible hallar europeos educados que preguntaban abiertamente si los negros de las sociedades africanas primitivas debían ser considerados como seres humanos o bien representaban una expresión de la insólita combinación sexual de hombres y primates. Tampoco conviene olvidar el grado en el cual ciertas sociedades con grados de adelanto cultural diametralmente distintos pueden coexistir muy cerca la una de la otra. Estos contrastes aparecen hoy en día, por ejemplo, en Australia, donde es posible observar a la edad de piedra y a la edad del avión de propulsión a chorro, en estrecha proximidad. En vista de estos hechos no es necesario, al interpretar las descripciones de Ibn Fadlan, argüir en favor del hombre de Neanderthal, a menos que deseemos hacerlo por simple capricho.»

En definitiva, los argumentos tropiezan con una limitación bien conocida en el método científico mismo. El físico Gerhard Robbins observa que «en términos precisos no es posible probar ninguna hipótesis o teoría. Sólo es posible probar que no es verdad. Cuando afirmamos creer en una teoría, lo que queremos significar, en realidad, es que no podemos demostrar que la teoría es equivocada, en lugar de poder demostrar, sin lugar a dudas, que la teoría es correcta.

»Una teoría científica puede tener vigencia durante años y aun siglos, y acumular centenares de elementos de prueba para apoyarla. A pesar de ello, una teoría es siempre vulnerable, y un solo hallazgo que la pone en tela de juicio es suficiente para alterar la hipótesis y dar lugar a una nueva teoría. Nadie puede saber nunca cuándo aparecerán estos elementos de prueba conflictivos. Tal vez surjan mañana, tal vez nunca. La historia de la ciencia, no obstante, está sembrada de ruinas de edificios magníficos derribados por un accidente o una trivialidad.»

Es esto lo que quiso decir Geoffrey Wrightwood cuando dijo en el Séptimo Symposium Internacional de Paleontología Humana celebrado en Ginebra en 1972: «Sólo necesito un cráneo, o un fragmento de cráneo, o un trozo de mandíbula. En verdad sólo necesito un diente en buen estado para con ello dar fin al debate.»

Hasta hallar esta prueba de material óseo continuarán las conjeturas y cada uno podrá adoptar la posición que satisfaga su sentido individual de la armonía de las cosas.

FUENTES

I. FUENTES PRIMARIAS

Yakut Ibn-Abdallah (Manuscrito), léxico geográfico, 1400 de la Era Cristiana. Números 1.403-1.589 A, Archivos de la Biblioteca, Universidad de Oslo, Noruega.

Trad.: Blake, Robert, y Frye, Richard; en Byzantina-Meta-byzantina: Journal of Byzantine and Modern Greek Studies, Nueva York, 1947.
Cook, Albert S. Nueva York, 1947.
Fraus-Dolus, Per, Oslo, 1959-1960.
Jorgensen, Olaf; 1971, inédito.
Nasir, Seyed Hossein; 1971, inédito.

St. Petersburg (Manuscrito), Historia local, publicada por la Academia de San Petersburgo, 1823. Números 233 M-278 M, Archivos de la Biblioteca, Universidad de Oslo, Noruega.

Trad.: Fraus-Dolus, Per; Oslo, 1959-1960.
Stenuit, Roger: 1971, inédito.
Sletsky, V. K.: 1971, inédito.

Ahmad Tusi (Manuscrito), una geografía, 1047 de la Era Cristiana, documentos de J. H. Emerson. Números LV 01-114, Archivos de la Biblioteca, Universidad de Oslo, Noruega.

Trad.: Fraus-Dolus, Per; Oslo, 1959-1960.
Nasir, Seyed Hossein; 1971, inédito.
Hitti, A. M.; 1971, inédito.

Amin Razi (Manuscrito), Historia de la guerra, 1585-1595 de la Era Cristiana, documentos de J. H. Emerson, números LV 207-244, Archivos de la Biblioteca, Universidad de Oslo, Noruega.

Trad.: Fraus-Dolus, Per; Oslo, 1959-1960.
Bendixon, Robert; 1971, inédito.
Porteus, Eleanor; 1971, inédito.

Xymos (Manuscrito), geografía fragmentaria, fecha, donación del patrimonio de A. G. Gavras, Números 2.308 T-2.348 T, Archivos de la Biblioteca, Universidad de Oslo, Noruega.

Trad.: Fraus-Dolus, Per; Oslo, 1959-1960.
Bendixon, Robert; 1971, inédito.
Porteus, Eleanor; 1971, inédito.

II. FUENTES SECUNDARIAS

Bendt, E., y Berndt, R. H. «An Annotated Bibliography of References to the Manuscript of Ibn Fadlan from 1974 to 1970». Acta Archeologica, VI: 334-389, 1971.

Esta notable recopilación, dirigida al lector interesado a todas las fuentes secundarias referentes al manuscrito, aparecidas en inglés, noruego, sueco, danés, ruso, francés, español y árabe entre las fechas mencionadas. El número total de fuentes citadas alcanza a 1.042.

III. OBRAS DE REFERENCIA EN GENERAL

Las siguientes obras son recomendadas al lector que no posee una formación especializada en arqueología o historia.

Se citan sólo obras en inglés.

Wilson, D. M.: The Vikings, Londres, 1970.

Brondsted, J.: The Vikings, Londres, 1960, 1965.

Arbman, H.: The Vikings, Londres, 1961.

Jones, G.: A History of the Vikings, Oxford, 1968.

Sawyer, P.: The Age of the Vikings, Londres, 1962.

Foote, P. G., y Wilson, D. M.: The Viking Achievement, Londres, 1970.

Kendrick, T. D.: A History of the Vikings, Londres, 1930.

Azhared, Abdul: Necronomicon (Ed. H. P. Lovecraft), Providence, Rhode Island, 1934.